Juan Carlos Herrera Hermosilla

EL MUNDO ESCINDIDO

Historia de la Guerra Fría

El mundo escindido. Historia de la Guerra Fría

Juan Carlos Herrera Hermosilla

PUNTO
DE VISTA
EDITORES

ISBN: 978-84-15930-76-1

© Juan Carlos Herrera Hermosilla, 2015

© Punto de Vista Editores, 2015

http://puntodevistaeditores.com

info@puntodevistaeditores.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

ÍNDICE

BIOGRAFÍA DEL AUTOR

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO 1. Los antecedentes de la Guerra Fría

- La intervención aliada en la Guerra Civil rusa
- La lucha de dos ideologías
- La economía: primer nexo de unión
- El ascenso de los fascismos
- La Segunda Guerra Mundial: segundo nexo de unión

CAPÍTULO 2. El inicio de un mundo bipolar

- Grecia y Oriente Próximo. Las primeras crisis de la Guerra Fría
- La palabra como consolidación de la rivalidad
- Bajo la esfera soviética
- El Plan Marshall
- Y desde el bloque comunista… la doctrina zhdanovista
- La cuestión alemana
- Una “caza de brujas” en Estados Unidos
- El triunfo del comunismo en China
- Primer “conflicto caliente” en Asia: la guerra de Corea

CAPÍTULO 3. El viaje a ninguna parte

- Revuelta en Berlín Oriental
- La guerra de Indochina
- La voz del Tercer Mundo
- Argelia, al final, no es Francia
- Intervenciones encubiertas de la CIA: los golpes de Estado en Irán y Guatemala
- Cambios en Europa
- Revueltas en la esfera soviética
- Carros de combate soviéticos en Budapest
- La crisis de Suez

Cuba: la revolución de “los Barbudos”
La invasión de Bahía de Cochinos
Berlín dividida: El muro de la vergüenza
La escalada atómica y la carrera espacial
La crisis de los misiles cubanos
Capítulo 4. De la distensión diplomática al renacimiento de la Guerra Fría
Vietnam: la guerra que conmocionó Estados Unidos
La escalada militar del presidente Johnson
Oriente Próximo en el atolladero bélico
Las revueltas del 68
Un sueño roto: el asesinato de Martin Luther King
La masacre de Tlatelolco
El Mayo francés
La Primavera de Praga
La Revolución Cultural China
La crisis de los dos gigantes comunistas
En busca de la distensión
Movimientos terroristas en Europa
De la Masacre de Múnich a la Guerra del Yom Kippur
La primera crisis del petróleo
Del sah al ayatolá
Irán se convierte en República Islámica
La Guerra de Afganistán
Capítulo 5. El final de la Guerra Fría
El final de la crisis de los rehenes
Ronald Reagan: el renovado orgullo estadounidense
Latinoamérica y la administración Reagan (y la guerra de las Malvinas)
Los fantasmas de la Guerra Fría: la “Guerra de las Galaxias”
Aires de cambio en el bloque comunista: Solidaridad

Mijaíl Gorbachov o el triunfo reformista en la Unión Soviética
La hora del cambio
1989: Europa del Este cambia el rumbo
Cae el muro de Berlín
La “Revolución de Terciopelo” frente a la sangrienta revolución rumana
Hacia una Alemania unida
Yugoslavia se desintegra. La URSS también
Capítulo 6.Herederos de la Guerra Fría
La desaparición del orden bipolar
Una herida no cerrada de la Guerra Fría
Del unipolarismo al multipolarismo
¿Hacia una nueva Guerra Fría?
La crisis ucraniana se recrudece
El último deshielo
BIBLIOGRAFÍA

BIOGRAFÍA DEL AUTOR

Juan Carlos Herrera Hermosilla (Madrid, 1963) es **licenciado en Filología Clásica** por la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid. Es autor de diversos artículos sobre mitología, lingüística, retórica e historia. **Profesor de Secundaria**, en 2000 publicó *De diosas, dioses y héroes en Madrid: la mitología como recurso didáctico* con la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid (2000). Ese mismo año redactó y desarrolló los DVD "Códigos secretos", "Los orígenes de la Humanidad", "Desapariciones", "Los mayores cataclismos de la Historia", "Misterios de las expediciones", "Maestros del espionaje", "Guerras", "Misterios del futuro", "Monstruos míticos" y "Monumentos mágicos", dentro de la colección *Enigmas de la Historia* (Océano Editorial).

En el año 2002 publicó *La soledad del dios*, en el libro colectivo *ReCuento*. Su interés por la historia se ha centrado fundamentalmente en el siglo XIX. Fruto de ese interés han sido la publicación en 2004 de ***El sueño ilustrado. Biografía de Francisco Javier de Balmis*** (Paraninfo), y la traducción y edición de las ***Memorias de la Guerra de España*** **escritas por el barón Henri-Antoine de Jomini**, publicadas en 2011 por el Servicio de Publicaciones del Ministerio de Defensa. Colaborador de la revista ***Anatomía de la Historia***, de 2012 es su ***Breve historia del espionaje*** publicado por la editorial Nowtilus.

INTRODUCCIÓN

Se conoce como *Guerra Fría* el conjunto de relaciones internacionales entre Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialista Soviéticas (URSS, también denominada habitualmente Unión Soviética), marcado por la tensión ideológica, política y militar, que tuvo lugar desde la inmediata posguerra de la Segunda Guerra Mundial hasta el final de la década de los ochenta y el principio de los años noventa del siglo XX.

En lo que respecta al comienzo de la Guerra Fría se han barajado diversas fechas. Algunos historiadores retrasan su origen a 1917, momento en el que triunfa la revolución de Octubre en Rusia, con lo que se iniciaron los enfrentamientos entre el bloque comunista y el capitalista. Otros pensadores hacen coincidir el inicio de la Guerra Fría con el mismo término de la Segunda Guerra Mundial, 1945, año en el que ya se han celebrado todas las reuniones entre las grandes potencias y se ha determinado cómo será el mundo de posguerra. Por último, la fecha más admitida para el inicio de este periodo es 1947; es la que ha contado con mayor aceptación entre los historiadores, ya que en ese momento se estableció la ocupación de Alemania y la división de Berlín, que eran perfectos símbolos de la escisión del mundo en dos bloques.

El término *Guerra Fría* lo acuñó por vez primera el periodista estadounidense Herbert Bayard Swope, ocasional escritor de los discursos de Bernard Mannes Baruch, el asesor del entonces presidente estadounidense Harry S. Truman. Baruch utilizó dicha expresión en un discurso escrito por Swope el 16 de abril de 1947, para describir las relaciones entre Estados Unidos y la URSS, como contraste con la guerra “caliente” que había finalizado dos años antes. La expresión, no obstante, fue popularizada por el columnista Walter Lippmann en una serie de artículos titulados “Guerra Fría” (*Cold War*), que fueron publicados posteriormente en un libro con el mismo título

en 1947. Sin embargo, la primera referencia a la contraposición a la llamada guerra "caliente", la encontramos muchos años antes, siglos atrás, en un texto del infante castellano Don Juan Manuel, el *Libro de los estados*, escrito entre 1327 y 1332. En él establece una clara diferenciación entre la *guerra caliente*, que es la que "se acaba aína, o por muerte o por paz", y la *guerra tibia*, que "ni trae paz ni da honra a quien la hace"; con esta distinción Don Juan Manuel describía los tipos de enfrentamiento que se daban por aquel entonces en la frontera entre el islam y los reinos cristianos de la península Ibérica.

Algunos estudiosos han querido parangonar la Guerra Fría del siglo XX con algunos periodos anteriores de la Historia. Unos han querido ver un paralelismo entre el enfrentamiento de la Unión Soviética y Estados Unidos con la lucha entre Roma y Cartago; otros lo han comparado con la Guerra Anglo-española en tiempos de Felipe II e Isabel I; incluso se ha llegado a equipar a la propia *reconquista* del territorio de Al-Andalus, es decir, la larguísima y nunca continua contienda entre los reinos cristianos y los musulmanes. Sin embargo, las propias características de la Guerra Fría diferencian estos enfrentamientos del pasado con el periodo de oposición entre las dos superpotencias del siglo XX. La distinción capital entre estas etapas históricas radica en que mientras que las rivalidades entre las potencias anteriores al siglo XX mencionadas anteriormente terminaron en todos los casos con el conflicto bélico directo entre ambas, en la Guerra Fría, las dos superpotencias nunca llegaron a la guerra entre ellas. Esto se debió a que, al estar tanto la URSS como Estados Unidos equipados con armas nucleares, se desarrolló el denominado equilibrio del terror de la destrucción mutua asegurada.

La Guerra Fría se caracterizó por el establecimiento de un nuevo equilibrio de poder, distinto al de los años previos a la Segunda Guerra Mundial, estructurado en un sistema internacional bipolar liderado por las dos superpotencias surgidas tras el conflicto mundial, Estados Unidos y la Unión Soviética.

Entre los rasgos más relevantes de este periodo destaca, como acabamos de ver, la reducción de los principales actores de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos, la Unión Soviética y Gran

Bretaña, a dos, debido al desgaste británico, a los problemas que le ocasionó su proceso de descolonización, lo que le condujo a delegar en cierta manera sus responsabilidades internacionales en la nueva potencia estadounidense. Este rígido sistema bipolar no permitía posiciones intermedias, sino que los países debían alinearse en un bloque u otro, dividiendo así a las restantes naciones entre aliados y enemigos forzosos, sin la posibilidad de declaración de neutralidad al margen del beneplácito de ambos colosos.

Esta tensión permanente entre los dos polos condujo a una política de riesgos calculados. A pesar de que en ningún momento hubo un enfrentamiento bélico directo y declarado entre ambas naciones, la Guerra Fría se caracterizó por que las guerras y conflictos se desplazaron a la periferia de Estados Unidos y de Europa. Cuatro son los conflictos-tipo que se dieron en este periodo de la historia: la guerra de Corea (25 de junio de 1950-27 de julio de 1954), la crisis de los misiles de Cuba (14 de octubre-28 de octubre de 1962), la guerra de Vietnam (1 de noviembre de 1965-30 de abril de 1975) y la guerra de Afganistán (24 de diciembre de 1979-15 de febrero de 1989).

Otro de los rasgos fundamentales de la Guerra Fría fue la escalada del armamento nuclear por parte de las dos superpotencias, lo que sumió al mundo en un terror global ante la posibilidad de un Apocalipsis atómico al que llevaría sin remedio una Tercera Guerra Mundial.

Asimismo, la Organización de Naciones Unidas a menudo fue un organismo ninguneado por la actitud de las superpotencias En más de una ocasión se manifestó como un árbitro incapaz y débil ante la defensa de la paz y de los derechos humanos en el mundo Sin embargo, fue el más importante foro de discusión entre los bloques, puesto que era el último recurso ante las crisis a las que estaban abocados las potencias mundiales.

La Guerra Fría sirvió como una verdadera legitimación de ambos bloques, ya que de una manera totalmente maniquea cada una de las potencias veía a su contraria como la encarnación de todos los males que aquejaban al mundo. Mientras Estados Unidos consideraba a la Unión Soviética como un país que defendía el totalitarismo y la falta

de libertades individuales, la Unión Soviética veía a Estados Unidos como un país de tendencia imperialista y antidemocrática, que no permitía a los países que no comulgan con su ideología seguir libremente su camino lejos de la égida estadounidense.

Una de los rasgos que caracterizó el periodo de la Guerra Fría fue la utilización por parte de ambas potencias de la desinformación y la propaganda. En realidad, se produjo una guerra cultural entre ambos polos que intentaba influir ideológicamente en la población que vivía bajo el dominio del bloque contrario.

Pero si hubo una verdadera "guerra caliente" entre los dos bloques antagónicos, fue la guerra del espionaje. La utilización de agentes encubiertos para disponer de la información necesaria sobre el enemigo fue una constante durante todo el periodo de la Guerra Fría, desde sus inicios, nada más terminar la Segunda Guerra Mundial. La lucha de los espías llegó a ser una verdadera obsesión en ambos polos ideológicos que llevó a una verdadera paranoia donde parecía que todos espiaban a todos.

En fin, entender la Guerra Fría no solo es necesario para poder comprender la política mundial de la segunda mitad del siglo XX, sino que es fundamental para entender los acontecimientos políticos que acaecen y que sucederán a lo largo del siglo XXI.

Capítulo 1

Los antecedentes de la Guerra Fría

Aunque es habitual situar los orígenes de la Guerra Fría en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, lo cierto es que los antecedentes de la guerra de ideologías entre el régimen comunista soviético y los países capitalistas se sitúan en el mismo momento en el que los bolcheviques, con su líder Vladimir Ivanovich Lenin al frente, tomaron el poder el 26 de octubre de 1917. El nacimiento del régimen que cambiaría el rumbo de la historia tuvo como primera consecuencia la Guerra Civil rusa entre el Ejército Rojo de los bolcheviques y el Ejército Blanco, compuesto por los opositores al bolchevismo. El miedo en el bloque capitalista a la intención bolchevique de extender su revolución por todo el mundo empujó a los países aliados, en un principio, a los ejércitos británico y francés, a intervenir en el conflicto intestino ruso, en apoyo del denominado Ejército Blanco. Asimismo, durante la Primera Guerra Mundial, la firma del Tratado de Brest-Litovsk el 3 de marzo de 1918, entre la República Socialista Federativa Soviética de Rusia y Alemania, que finalizó la contienda en el Frente Oriental, fue el otro desencadenante de la intervención aliada en Rusia, ya que el ejército alemán podía fijar todos sus esfuerzos operativos en el Frente Occidental.

La intervención aliada en la Guerra Civil rusa

Las tropas enviadas por los aliados eran muy parcas y limitadas, ya

que esperaban que la oposición rusa pudiera acabar por sí misma con el gobierno bolchevique. La fuerza contraria al bolchevismo más importante era la Legión Checoslovaca, formada por prisioneros de guerra de las tropas austrohúngaras, de origen checo y eslovaco. A pesar de este apoyo, los británicos y franceses pidieron al presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson, que enviara tropas para dicha intervención. El contingente estadounidense se dividió entre los soldados de la "Expedición Oso Polar" destinados a la ciudad rusa de Arjángelsk y los combatientes que fueron dirigidos hacia Vladivostok. A pesar de toda esta fuerza multinacional (otras naciones que enviaron tropas fueron Japón, Italia, Rumania, Grecia, Polonia, Serbia…), la intervención aliada en Rusia y el Ejército Blanco no consiguieron sus objetivos principales, es decir, derrocar al gobierno bolchevique y acabar con la propagación del comunismo por el territorio ruso. Antes bien, el gobierno de Lenin salió fortalecido de esta guerra, totalmente impopular porque el pueblo ruso la consideró una agresión de las potencias extranjeras, una verdadera invasión, y porque veía en el gobierno bolchevique el único con fuerza suficiente para mantener unida a Rusia, lo que le proveyó del apoyo mayoritario del ejército ruso y de su oficialía.

Por su parte, como consecuencia de la Conferencia de Paz de París, celebrada en 1919 y a la que asistieron el presidente estadounidense Woodrow Wilson, el primer ministro británico David Lloyd George, el primer ministro francés Georges Benjamin Clemenceau y el primer ministro italiano Vittorio Emanuele Orlando, se crearon un conjunto de países independientes (Finlandia, Estonia, Lituania, Letonia, Polonia y Checoslovaquia) en el Este de Europa. Dos razones llevaron a las potencias aliadas vencedoras de la Primera Guerra Mundial al establecimiento de estos nuevos estados; en primer lugar, proporcionar una soberanía legítima a las distintas nacionalidades y territorios que habían sido gobernados por los ya vencidos imperios ruso, alemán y austro-húngaro; en segundo lugar, crear un "cordón sanitario" de estados no comunistas que pudieran aislar y contener a la Rusia bolchevique de Occidente. Esta precaria frontera, verdadero antecedente de la división en bloques de Europa tras la Segunda Guerra Mundial, no pudo contener la influencia revolucionaria en los países occidentales.

Las ideologías en conflicto tenían un origen secular. Pronto se polarizaron en dos bandos representados por los líderes de cada potencia, Woodrow Wilson como presidente de Estados Unidos y Vladimir Ilich Ulianov, como el líder de la revolución bolchevique, y por las dos doctrinas que imperaban en cada una de estas facciones: el liberalismo estadounidense, que hundía sus raíces en las teorías de John Locke, y el comunismo soviético, cuya base ideológica eran las teorías de Karl Marx.

La lucha de dos ideologías

El enfrentamiento entre ambas ideologías se debió a las propias características de cada una de ella. Las dos eran universalistas, es decir, ambas mantenían que su concepto de sociedad se podría aplicar a todas las naciones y pueblos. Ambas naciones se enorgullecían de su modernidad, que buscaba acabar con las tradiciones políticas anquilosadas y moribundas de Europa, y transformar de esta manera el mundo. Ambas naciones, además, consideraban progresistas a sus respectivas ideologías y a la historia como una irreversible marcha hacia el perfeccionamiento que definían como la propagación de su propia influencia; por lo tanto, el avance de una suponía el retroceso de la otra. Por último, ambas ideologías mostraban una tensión entre determinismo y mesianismo. Aunque los líderes de cada ideología creían que la historia estaba de su lado al estar ellos mismos en poder de la razón política, no querían mantenerse al margen del curso de la historia y estaban dispuestos a influir directamente en ella. Por esta razón, Estados Unidos y la Rusia soviética representaban nuevas formas de política internacional.

Al proclamar su universalismo y su mesianismo, cada una intentaba transformar el mundo entero como un medio para el progreso social. Con tal altas aspiraciones, la coexistencia estable, como se demostró posteriormente, era imposible. Las líneas de la política exterior soviética se institucionalizaron en la III Internacional, fundada en marzo de 1919. Tras relegar a las relaciones diplomáticas

tradicionales al uso entre naciones, se estableció a los obreros de las distintas naciones capitalistas como los interlocutores válidos de las relaciones soviéticas, mediante los órganos dirigentes de los partidos comunistas de las diversas naciones del mundo, incluido obviamente Estados Unidos, como paradigma de sociedad capitalista. Este era el método ideado desde Moscú para internacionalizar la revolución soviética y la pretendida unión de todos los proletarios del mundo.

Por otro lado, la política exterior estadounidense giraba alrededor del planteamiento internacionalista de la doctrina wilsoniana. El presidente Wilson configuró sus relaciones internacionales a través de la redacción de sus Catorce Puntos, es decir, de las propuestas presentadas por él el 8 de enero de 1918. En ellas preconizaba, además de la creación de una asociación general de naciones, la conveniencia de promover un internacionalismo liberal basado fundamentalmente en la garantía de la independencia política y de integridad territorial para todos los estados, así como la expansión del libre comercio, pilar fundamental del capitalismo. Los líderes estadounidenses veían la Revolución Rusa como una amenaza para su libertad y para el “modo de vida americano”, puesto que la influencia bolchevique se había infiltrado con fuerza y extensamente en Estados Unidos. La sociedad estadounidense sufrió una verdadera fiebre antibolchevique bajo el mandato de Woodrow Wilson que afectó a los emigrantes europeos, porque se les culpaba de haber introducido en el país las ideologías izquierdistas revolucionarias. El presidente estadounidense presionó al Congreso para que aprobara la Ley de Sedición el 16 de mayo de 1918, que permitía en tiempos de guerra imponer una multa de 10.000 dólares o prisión por no más de veinte años, o ambas penas, a cualquier ciudadano que profiriese, imprimiese, escribiese o publicase cualquier contenido desleal, profano, difamatorio o abusivo contra la política del gobierno estadounidense. Esta ley no fue la única que se promulgó contra los miembros de la izquierda más radical; el 16 de octubre de 1918 se ratificó la Ley de Inmigración, que endurecía sobremanera la legislación contra los extranjeros que pretendían ser acogidos en Estados Unidos, amparándose en la necesidad de deportar a los anarquistas de origen europeo que eran contrarios a la participación del país en la Primera Guerra Mundial; también impedía la entrada en

territorio estadounidense de todo europeo susceptible de ser anarquista o del ala izquierdista radical. De esta manera comenzaba el llamado “Primer Terror Rojo” en Estados Unidos.

Aunque todas estas decisiones no evitaron la radicalización anarquista en dicho país, las medidas preventivas llevadas a cabo por Wilson continuaron con el nombramiento de Alexander Mitchell Palmer como fiscal general, el 27 de febrero de 1919, cargo que ocupó desde el 5 de marzo del mismo año. Al mes siguiente una serie de atentados con cartas bomba perpetrados por seguidores del anarquista de origen italiano Luigi Galleani, intentaron acabar con la vida de treinta hombres de negocio y políticos; entre ellos estaba el propio Palmer. Otra oleada de atentados, esta vez con paquetes bomba, tuvo lugar el 2 de junio; Palmer, de nuevo, sufrió un ataque terrorista, cuando explotó uno de los artefactos en el porche de su propia casa.

Estos atentados fueron el punto de partida de las famosas “redadas de Palmer”, una serie de detenciones masivas de presuntos activistas anarquistas, seguidores o simpatizantes de dicha ideología. Las primeras se realizaron en Buffalo, Nueva York, en julio de 1919. El 1 de agosto de 1919, Palmer puso a un joven John Edgar Hoover, convencido anticomunista, a cargo de la División de Inteligencia General, también conocida como División Radical, que era una nueva división de la Oficina de Investigación del Departamento de Justicia. Edgar J. Hoover se encargaría de investigar los programas ideológicos de los grupos radicales (de ahí el nombre del departamento a su cargo) y de identificar a sus miembros. Demostrando su capacidad de organización y de trabajo, Hoover y sus agentes consiguieron tener en su poder en noviembre de 1919 una lista con el nombre de 60.000 sospechosos de la izquierda radical. Este ingente conjunto de datos permitió que los arrestos de presuntos saboteadores ascendieran a 6.000 en enero de 1920; unos meses después, los arrestados llegaban a 10.000, de los que solo 3.500 permanecieron encarcelados con pruebas fehacientes de su culpabilidad, mientras que 556 residentes extranjeros en Estados Unidos fueron expulsados a sus países de origen. Entre estas masivas deportaciones, uno de los casos que más expectación causó fue la expulsión de la activista anarquista de origen lituano Emma

Goldman, que fue repatriada junto a otros 248 rusos en el *Buford*, barco que fue apodado despectivamente por la prensa del momento como el "Arca Soviética", o el "Arca Roja". Esta política de persecuciones masivas se basaba en la exagerada e incluso paranoica creencia en una supuesta e inminente revolución de ideología bolchevique en Estados Unidos, que nunca llegó a producirse. La opinión pública empezó a criticar esta actividad antirradical por los continuos arrestos sin cargos de tantos ciudadanos en tiempos de paz.

Sin embargo, la política oficial de Estados Unidos con respecto a la Rusia Soviética era la de no reconocimiento diplomático, debido a la ya mencionada intención de la III Internacional comunista o Komintern de extender su revolución por todo el mundo. Por el contrario, donde la política frenaba las relaciones bilatelares, la economía sirvió como nexo de unión entre ambos bloques, a partir de la Nueva Política Económica, también llamada capitalismo de Estado, propuesta por Vladimir Lenin y decretada el 21 de marzo de 1921. No obstante, fue un terrible acontecimiento que asoló el territorio ruso el que contribuyó al acercamiento del mundo occidental a la Rusia Soviética: la hambruna de 1921. Al llamamiento del gobierno soviético y de destacados intelectuales como el escritor Máximo Gorki, Occidente acudió en ayuda del pueblo ruso, encabezado por el Comité Internacional de la Cruz Roja, y por el alto comisionado de la Sociedad de Naciones, el noruego Fridtjof Nansen, cuyo comportamiento solidario en este desastre humanitario le proporcionaría la concesión del Premio Nobel de la Paz en 1922. Estados Unidos ante el llamamiento de ayuda respondió con una campaña de apoyo dirigida por el futuro presidente Herbert Hoover, en esos momentos director de la Administración de Ayuda Americana (ARA, en sus siglas originales correspondientes a *American Relief Administration*). Los llamados "chicos de Hoover", es decir, los cooperantes estadounidenses que desembarcaron de los primeros barcos de ayuda en la ciudad rusa de Petrogrado, fueron de los primeros extranjeros en romper el aislamiento internacional de la Rusia soviética.

La economía: primer nexo de unión

Los líderes bolcheviques, con Lenin a la cabeza, impulsaron como ya hemos mencionado su Nueva Política Económica. Con ella redujeron el control de la economía por parte del estado, lo que permitió una mayor liberalización del mercado y la coexistencia del sector público y del sector privado, en una suerte de "economía mixta", y alentó el uso de las concesiones económicas con firmas extranjeras. Los acuerdos económicos soviéticos y estadounidenses no entraron en conflicto pese a la falta de relaciones diplomáticas entre las dos naciones. La Nueva Política Económica sería abandonada a raíz de la entrada en vigor del primer plan quinquenal (1928-1932), bajo el liderazgo de Jósif Stalin, con el propósito de industrializar rápidamente a la URSS, de la que aquél era su secretario general desde el 3 de abril de 1922. A pesar de que los más recalcitrantes bolcheviques criticaron la Nueva Política Económica, por considerarla un paso atrás en la marcha imparable del comunismo, para poner en marcha los planes quinquenales no dudaron en pedir ayuda y esfuerzo económico al buque insignia del capitalismo estadounidense, que no era otro que Henry Ford. El magnate de la industria automovilística aceptó de buen grado la invitación de Stalin el 31 de mayo de 1929 para montar una planta de automóviles, la NAZ, hoy llamada GAZ o *Gorkovsky Avtomobilny Zavod*, 'Planta Automovilística de Gorky', en dicha ciudad rusa, hoy Bajo Nóvgorod, donde envió Ford a sus ingenieros y técnicos para ponerla en funcionamiento. También se establecieron relaciones comerciales entre la URSS y la *Radio Corporation of America*, la RCA, para que la empresa estadounidense proveyera a la patria del comunismo de equipos de radio con el fin de construir redes de emisoras para el gobierno soviético. Esto hizo que las visitas a la URSS de los técnicos e ingenieros de la empresa estadounidense se multiplicaran.

Esta tímida apertura al capitalismo de la URSS fue vista por los políticos estadounidenses como su primer paso para alejarse del comunismo. Sin embargo, el crack de la Bolsa de 1929 que inició la Gran Depresión en Estados Unidos se consideró en la URSS como el comienzo del fin del capitalismo, ya que la crisis económica de

Occidente era el primer paso de su última fase. Parecía que el determinismo histórico que caracterizaba a ambas ideologías era una doctrina acertada a la luz de los acontecimientos. El presidente de Estados Unidos, Franklin Delano Roosevelt, que juró su cargo el 4 de marzo de 1933, propuso para salir de la crisis el denominado *New Deal* o 'Nuevo Trato'. Con él se desarrollaba una política económica intervencionista del Estado y el desarrollo de una importante política social de asistencia a las capas más desfavorecidas de la población, que se habían incrementado exponencialmente debido al gran desempleo.

La URSS había abandonado por un tiempo sus ambiciones de la revolución global, para centrarse en el desarrollo de su industria pesada, con el fin de salir de una economía puramente agrícola. Ante la crisis del capitalismo, muchos inversores y hombres de negocios estadounidenses promovieron el reconocimiento diplomático de la URSS, ya que era una nación que les ofrecía vastas posibilidades económicas y comerciales a dichos financieros, frente a la recesión imperante en Estados Unidos. Razones económicas y políticas llevaron al presidente estadounidense Franklin Delano Roosevelt y al comisario del pueblo para Asuntos Exteriores soviético, Máximo Litvinov, a establecer relaciones diplomáticas el 16 de noviembre de 1933.

El ascenso de los fascismos

El miedo a la extensión del comunismo y la situación económica derivada de la Gran Depresión en la economía europea tuvieron una serie de consecuencias en Europa que cambiaron la historia del mundo. El ascenso de los regímenes totalitarios, en Italia el conducido por Benito Mussolini, un socialista renegado, y en Alemania el liderado por Adolf Hitler, un antiguo y oscuro cabo en la Primera Guerra Mundial, fueron las muestras palpables de la crisis del liberalismo en la Europa en los años posteriores a la Gran Guerra. La crisis económica que aquejó a Italia y a Alemania, como al resto de países

europeos beligerantes en la Primera Guerra Mundial, afectó a toda la población, que vio cómo el sistema político de las democracias liberales era incapaz de solucionarla. Las clases medias y medias bajas abrazaron los ideales totalitarios de los líderes fascistas, que se presentaban como anticomunistas, antiliberales, nacionalistas y defensores de la patria. Este apoyo de los pequeño-burgueses al fascismo se debió a dos factores fundamentalmente. En primer lugar, a su temor al poder cada vez mayor de las clases obreras, que reclamaban una revolución como la bolchevique en la antigua Rusia zarista; en segundo lugar, al descontento de dichas clases tras la Primera Guerra Mundial, que no se habían visto recompensadas en el caso italiano al salir victoriosas, y que, en el caso de Alemania, se habían sentido defraudadas tras la derrota que para ellos había sido totalmente deshonrosa, pues sus ideales de heroísmo y nacionalismo habían sido pisoteados.

Las democracias europeas también tuvieron movimientos de apoyo a estos ideales, como fue el caso de la Unión Británica de Fascistas, el partido político liderado por sir Oswald Mosley en Gran Bretaña, que incluso gozó del apoyo durante un tiempo de rotativos como el *Daily Mail*.

Las democracias occidentales tuvieron una actitud de cierta laxitud ante la política que adoptó la Alemania hitleriana. El primer ministro británico Neville Chamberlain y el francés Édouard Daladier adoptaron una política de apaciguamiento con los regímenes totalitarios surgidos en Alemania y en Italia. Conscientes del agotamiento económico y moral que habían sufrido sus respectivas sociedades por el horror de la Primera Guerra Mundial, ambos dirigentes intentaron mantener la paz con la Alemania del III Reich y con la Italia de los fascistas. Para ello, permitieron todas las violaciones que realizó Hitler al Tratado de Versalles, que se había hecho efectivo a partir del 10 de enero de 1920. Así, Hitler remilitarizó Renania, una zona fronteriza con Francia, cuando ordenó a sus tropas ocupar dicha zona el 7 de marzo de 1936. Ante el golpe de Estado del general Franco y otros militares en España en julio de 1936, Alemania e Italia dieron apoyo militar a las tropas sublevadas. En octubre de ese mismo año, Italia y Alemania firmaban el Eje Roma-Berlín. Un mes

después, el 25 de noviembre, el gobierno Imperial de Japón y el gobierno alemán firmaron el Pacto Antikomintern, para frenar la Internacional Comunista soviética; de esta manera, Hitler se había asegurado la adhesión, de manera separada, de los dos regímenes totalitarios más poderosos después del suyo. Posteriormente, el régimen nazi se anexionó Austria, el 12 de marzo de 1938, lo que supuso el principio de la Gran Alemania; a través de esta política de anexiones o *Anschluss*, Hitler pretendía conseguir el 'espacio vital' o *Lebensraum* que había preconizado en su obra *Mi lucha*, libro programático de la política nazi. El siguiente paso del régimen nacionalsocialista fue reclamar la región checoslovaca de los Sudetes, territorio con población germanoparlante. Siguiendo con su política de apaciguamiento, Chamberlain y Daladier firmaron el 30 de septiembre de 1938 los Acuerdos de Múnich, ante el Führer alemán, Adolf Hitler, y el Duce italiano, Benito Mussolini, con la ausencia del entonces presidente de Checoslovaquia, Edvard Beneš. En esta conferencia se reconoció la aspiración alemana de anexionarse los Sudetes. a cambio de no dominar ninguna otra zona de Checoslovaquia. Sin embargo, Hitler no cumplió con los acuerdos y el 15 de marzo de 1939 las tropas alemanas entraban en Bohemia-Moravia, que pasaron a ser un protectorado alemán. En una maniobra política y diplomática sorprendente, el gobierno alemán, representado por su ministro de Asuntos Exteriores, Joachim von Ribbentrop, firmó el 23 agosto de 1939 un pacto de no agresión mutua con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, representada por su ministro homólogo, Viacheslav Mólotov. Con este pacto, la suerte de Polonia estaba echada, pues habían establecido entre ambas potencias el reparto de dicha república. El 1 de septiembre de 1939 las tropas alemanas invadían el territorio polaco. Había comenzado la Segunda Guerra Mundial.

La Segunda Guerra Mundial: segundo nexo de unión

A la invasión alemana de Polonia, respondieron Francia y Gran Bretaña declarando la guerra a Hitler. La política de apaciguamiento

de Chamberlain y de Daladier resultó un total fracaso porque no sirvió para mantener una paz que el *führer* alemán no había querido nunca. El fulgurante avance de las tropas nazis por Europa es imparable, gracias a la táctica militar de la *Blitzkrieg* o 'Guerra Relámpago'. Alemania invade Dinamarca y Noruega, el 9 de abril de 1940 en la operación *Weserübung*. El 10 de mayo de ese mismo año las tropas de Hitler inician la ofensiva contra los Países Bajos, Luxemburgo y Bélgica, lo que les permite un paso por las Ardenas para evitar la línea fortificada Maginot en territorio francés, a lo largo de la frontera con Alemania e Italia, y así atacar al país galo. París cayó el 14 de junio de 1940. Una vez dominada Europa occidental, Hitler atacó Gran Bretaña durante la *Operación León Marino*, aunque su intento de invadir el Reino Unido no prosperó y fue abandonado. En el Mediterráneo, Italia, que se había sumado al Pacto Antikomintern en 1937, junto a Alemania y a Japón, se anexionaba Albania el 14 de abril de 1939. Un año después iniciaba la invasión de Grecia. Con la ayuda del ejército alemán, consiguieron expulsar a los británicos del país heleno y someter bajo su fuerza a Yugoslavia.

Por su parte, el tercer miembro del Pacto Antikomintern, Japón, dominaba Corea; tras la invasión de Manchuria había creado el estado títere de Manchukuo, en el interior de China, y en 1937 inicia la invasión de dicho país; en 1940 había ocupado la Indochina francesa. Todo indicaba que la guerra estaba decantada del lado de los totalitarismos.

Sin embargo, con la llegada del año 1941, todo iba a cambiar. Hitler, sin respetar el Pacto de Hierro firmado entre Mólotov y Von Ribbentrop, inicia la *operación Barbarroja* con la que dio comienzo el 21 de junio de 1941 la invasión de la URSS. El 7 de diciembre del mismo año, la aviación japonesa ataca la flota estadounidense atracada en Pearl Harbor. "La fecha que pervivirá en la infamia", como definió el entonces presidente estadounidense Franklin Delano Roosevelt al día del ataque nipón, tuvo como consecuencia la entrada de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, que en esos momentos ya se convertía en una verdadera guerra global. El paso subsiguiente de Hitler fue declarar la guerra a Estados Unidos el día 11 de diciembre. En menos de una semana, Roosevelt y el pueblo

estadounidenses, que se habían mantenido al margen del conflicto mediante una política aislacionista, aunque el Congreso estadounidense aprobara en marzo de 1941 la Ley de Préstamos y Arriendos para servir de ayuda a Gran Bretaña, ya agotada económicamente, tenía dos enemigos y dos frentes bélicos abiertos: el Pacífico y Europa. De una manera muy acertada, los dirigentes estadounidenses decidieron centrar sus mayores esfuerzos militares en derrotar a la Alemania de Hitler.

Las dos potencias que representaban sendas ideologías contrapuestas, Estados Unidos y la URSS, se unían, bien que a la fuerza, contra un enemigo común: el totalitarismo mundial. El final de la guerra en Europa se firmó entre el 7 y el 8 de mayo de 1945. Japón por su parte capituló el 9 de septiembre de 1945. Pero estas victorias conjuntas no consiguieron unir a las dos superpotencias que salieron triunfantes de la guerra más cruel y brutal que el hombre ha conocido.

Capítulo 2

El inicio de un mundo bipolar

El año 1945 no hacía prever cómo se desarrollarían los acontecimientos entre las potencias aliadas posteriormente. En febrero, entre los días 4 y 11, ante el inexorable fin de la guerra contra el nazismo, el primer ministro británico, Winston Churchill, el presidente de Estados Unidos, Franklin Delano Roosevelt, y el líder soviético, Jósif Stalin, celebraron una cumbre en la ciudad de Yalta, en la península de Crimea, con el fin prioritario de definir la organización del mundo de posguerra. Cinco fueron los asuntos principales que se debatieron durante la Conferencia de Yalta.

En primer lugar, los líderes aliados abordaron la cuestión de Alemania, de tal manera que decidieron que fuera dividida en tres zonas de ocupación por parte cada uno de sus ejércitos y administradas por las tres potencias vencedoras. Churchill abogó por la creación de una cuarta zona de ocupación bajo el mando francés. Stalin no se opuso a ello, siempre y cuando dicha zona saliera de las que les habían asignado a los estadounidenses y a los británicos. En cuanto a Berlín, la antigua capital de la Alemania nazi, sufrió una división similar en cuatro sectores, administrados por los estadounidenses, los británicos, los franceses y los soviéticos. Asimismo, se determinó que Alemania sería desmilitarizada, desnazificada y que se celebraría un juicio sumarísimo para castigar los crímenes de guerra cometidos por los líderes nazis. Por último, también en relación a Alemania, se establecieron las compensaciones que se le exigirían y la forma de pago.

En segundo lugar, otro de los temas candentes que se trataron en

Yalta fue la fijación de las fronteras de Polonia y su futuro gobierno tras la contienda. Esta última cuestión dividía irreconciliablemente a Churchill y a Stalin. El líder soviético apoyaba al Consejo Nacional de Lublin, formado en julio de 1944 y compuesto en su mayor parte por comunistas bajo el control soviético. Churchill y Roosevelt, al contrario, apoyaban al gobierno exiliado en Londres, que defendía postulados prooccidentales. Al final, el acuerdo fue más ventajoso para Stalin que para los otros Dos Grandes; Polonia tendría un gobierno de unidad nacional cuyo núcleo fundamental sería el comité de Lublin, en el que entrarían en el gobierno dirigentes demócratas o exiliados; así mismo se establecerían elecciones generales de forma inmediata.

De la misma manera que Churchill, Roosevelt tenía fundadas preocupaciones sobre Polonia. La cuestión de la Europa del Este planteada en Yalta era otro de los escollos en la negociación, puesto que la URSS había ocupado casi por entero los territorios al oeste de sus fronteras. Mediante la Declaración sobre la Europa Liberada firmada en Yalta, los "Tres Grandes" se comprometieron a establecer el orden en Europa y reconstruir las economías nacionales de los pueblos de Europa liberados de la dominación de la Alemania nazi mediante medios que establecieran instituciones democráticas y elecciones en sus territorios. Como el tiempo demostró, la Declaración se convirtió en papel mojado.

En tercer lugar, se determinó la declaración de guerra entre la Unión Soviética y Japón, lo que era del interés de Roosevelt para acortar el conflicto y salvar miles de vidas de soldados estadounidenses. A cambio de esta intervención, la URSS sería compensada con las islas Kuriles, la parte meridional de la isla de Sajalín y todas las islas vecinas, la internacionalización del puerto comercial de Dairen y el restablecimiento del arrendamiento de Port Arthur como base naval soviética; asimismo se mantendría el *statu quo* de la República Popular de Mongolia, independiente de China.

Por último, Roosevelt, Churchill y Stalin aprobaron la creación de la ONU. La fundación de la Organización de las Naciones Unidas, se hizo efectiva el 24 de octubre de 1945 en San Francisco, tras la firma

de paz con Japón. Previamente se había organizado en la Conferencia de San Francisco, entre el 25 de abril y el 26 de junio de 1945, en la que intervinieron delegados de cincuenta naciones. En esta convención se firmó la Carta de las Naciones Unidas, es decir, el tratado internacional que fundó la ONU y que establecía su constitución interna. En el Preámbulo se fijaron los fines de la organización, entre los más importantes de los cuales destacaban la reafirmación de los derechos humanos, la unión de las fuerzas de los países firmantes para mantener la paz y la seguridad internacionales.

Tras la Conferencia de Yalta, que marcó el momento culmen de la colaboración aliada durante la guerra, los acontecimientos se precipitaron. El 12 de abril muere el presidente de Estados Unidos Franklin Delano Roosevelt y lo sucede su vicepresidente, el oscuro Harry S. Truman. Diez días después, Adolf Hitler se suicida en su búnker, antes de caer en manos del Ejército Rojo que rodeaba Berlín. El 7 de mayo de 1945, en la francesa Reims, el jefe del Alto Mando del ejército alemán, el general Alfred Jodl, firmó el acta de rendición incondicional para todas las fuerzas alemanas ante los aliados. Un día después, el mariscal de campo alemán Wilhelm Keitel ratificó la rendición total del ejército nazi en Karlshorst, en el distrito berlinés de Lichtenberg, ante el general soviético Gueorghi Zhúkov, comandante en jefe de las tropas soviéticas en Alemania. Esta firma de la paz por separado fue el temible presagio del mundo escindido que nació tras la Segunda Guerra Mundial.

La guerra en Europa había terminado. Las tres potencias vencedoras celebraron una nueva y crucial conferencia en Potsdam, cerca de Berlín, entre el 17 de julio y el 2 de agosto de 1945. Sus líderes habían cambiado; Truman, el presidente de Estados Unidos, había sustituido al fallecido Franklin Delano Roosevelt; el primer ministro británico Churchill, que perdió las elecciones a favor del laborista Clement Atlee, sólo asistió a las primeras sesiones. El único líder que participó en las dos grandes conferencias finales fue Jósif Stalin. Los acuerdos de Potsdam fueron, en su mayoría, una evolución de los tratados ya en Yalta. Así, en cuanto a Polonia, las líderes mundiales establecieron sus fronteras en la línea de los ríos Oder-Neisse. La Unión Soviética se anexionó también la zona norte de

Prusia Oriental, alrededor de la ciudad de Königsberg, rebautizada Kaliningrado, y la parte sur fue otorgada a Polonia. Alemania perdió el 25 % de su territorio de 1938. Más de siete millones de alemanes habitantes de Silesia, Pomerania y Prusia Oriental fueron expulsados de esos territorios; esta situación se perpetuó con la firma entre la URSS y Polonia de un acuerdo de delimitación fronteriza.

Con respecto a Alemania, se ratificó la división planteada en la conferencia de Yalta, así como la de Austria y la de su capital, Viena.

Igualmente, se acordó la desmilitarización, la desnazificación y la democratización de Alemania, así como las compensaciones que debía pagar a los aliados por las pérdidas de la guerra. Además se estableció un tribunal excepcional con sede en Núremberg, para juzgar a los dirigentes nazis y a los colaboradores con el régimen de Hitler.

Tal como se comprometió en Yalta, Stalin entró en guerra contra Japón el 8 de agosto de 1945. Dos días antes, el bombardero B-29 *Enola Gay* había lanzado la primera bomba atómica sobre la ciudad japonesa de Hiroshima. El día 9 de agosto fue arrojada sobre Nagasaki la segunda bomba atómica, apodada *Fat Man*, con el doble de potencia que la primera, *Little Boy*. El rápido avance de las tropas soviéticas en la Operación tormenta de Agosto o batalla de Manchuria, que consiguió conquistar los territorios de Manchuria, estado títere de Japón, el sur de la isla de Sajalín, el sur de las islas Kuriles y el norte de Corea, así como, el terrible poder de destrucción atómico desplegado por las fuerzas del presidente Truman, obligaron a Japón a rendirse incondicionalmente el 15 de agosto de 1945, día en que el emperador Hiro Hito retransmitía a sus súbditos el rescripto imperial anunciando el final de la guerra. La rendición formal se realizó a bordo del *USS Missouri* el 2 de septiembre.

Sin embargo, la victoria de las tropas aliadas no consiguió un periodo de colaboración y buenas relaciones entre la URSS y Estados Unidos. El primer acto de desconfianza lo protagonizó el ejército norteamericano a través de su servicio de inteligencia militar, OSS, la Oficina de Servicios Estratégicos. Este servicio secreto no dudó en enviar secretamente el 20 de septiembre de 1945 a Reinhard Gehlen,

el jefe del *Abteilung Fremde Heere Ost*, el departamento de la Abwehr encargado del Ejército Extranjero del Este, y a tres de sus colaboradores a Estados Unidos con el fin de que trabajaran para el servicio secreto estadounidense, ya que este organismo sabía que, acabado el poder de la Alemania nazi, la siguiente amenaza a la que tendrían que enfrentarse los estadounidenses era el gigante soviético, un verdadero desconocido para ellos.

Asimismo, los lanzamientos de las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki, además de crear un gran recelo y miedo en el líder soviético Jósif Stalin, iniciaron la carrera de armamento más peligrosa a la que se ha tenido que enfrentar la humanidad. Por otro lado, esta demostración de fuerza por parte de la administración Truman tenía dos objetivos claros; en primer lugar, conseguir la inmediata capitulación del imperio japonés; el segundo objetivo era la Unión Soviética, a la que había que demostrar la superioridad del poderío militar armamentístico de Estados Unidos.

Grecia y Oriente Próximo. Las primeras crisis de la Guerra Fría

El primer conflicto entre las distintas ideologías que defendían occidentales y soviéticos se había producido en Irán. En 1941 el sur y el centro del territorio iraní fueron invadidos por tropas británicas, mientras que el Ejército Rojo ocupaba el norte. Ambos países se comprometieron a que las tropas aliadas se retirarían seis meses después de que terminase la Segunda Guerra Mundial. Pero, debido a las riquezas petrolíferas de la zona, la empresa británica Anglo-Iranian Oil y la estadounidense Standard Oil firmaron un acuerdo en 1944 para repartirse el petróleo extraído en Irán. Esto incitó a Stalin a crear una empresa paralela irano-soviética con el mismo fin en el norte del país. Presionado por las potencias occidentales, el gobierno de Teherán, la capital iraní, rechazó la propuesta soviética. La conflictiva situación política de la zona se complicó aún más al declararse oficialmente la república de Mahabad el 15 de diciembre de 1945,

liderada por Qazi Muhammad, que en poco tiempo llegó a apoderarse del control del Azerbaiyán Occidental con el apoyo económico y militar de la Unión Soviética. Estados Unidos reaccionó mediante su secretario de Estado, James Byrnes, que exigió al ministro de Asuntos Exteriores soviético Viacheslav Molotov, la retirada de sus tropas de Irán. La cuestión iraní fue llevada ante el consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Ante una condena internacional, y la posibilidad de un enfrentamiento con sus antiguos aliados, Stalin ordenó la retirada de sus tropas de la zona el 26 de marzo de 1946. Por su parte, Truman envió a la Sexta Flota estadounidense al Mediterráneo oriental. La primera crisis de la Guerra Fría se saldó con una “victoria pacífica” del bloque occidental.

El segundo enfrentamiento de la posguerra se produjo en un país que sufría una atroz guerra civil: Grecia. Después de la ocupación británica del país heleno, el general en jefe del ejército Ronald Scobie, partidario de las fuerzas conservadoras monárquicas griegas, ordenó la disolución de los movimientos guerrilleros que habían combatido contra los alemanes. Entre estos destacaba fundamentalmente el Ejército Nacional de Liberación Popular, dominado por el Partido Comunista Griego y apoyado por la Unión Soviética. Tras el regreso del exilio, el gobierno griego, formado de manera unilateral por parte de los monárquicos y presidido por Giorgio Papandreu, tuvo que enfrentarse a la oposición de los partisanos comunistas por el control del país. La situación obligó a viajar a Atenas a Winston Churchill y a enviar un ingente número de tropas británicas de apoyo al gobierno griego, que pudo negociar una tregua con los comunistas en el Pacto de Varkiza, firmado el 12 de febrero de 1945. Con el cese de las hostilidades el regente griego, el arzobispo Damaskinos, ofreció una amnistía y se comprometió a realizar una cierta apertura democrática. Sin embargo, una gran cantidad de guerrilleros comunistas se refugió en Albania, Bulgaria y Yugoslavia. Se acordó realizar unas elecciones controladas por los aliados de las que salió elegido el monárquico Konstantinos Tsaldaris y se aprobó la llegada del rey exiliado Jorge II. La situación no mejoró. Una terrible hambruna se cernió sobre Grecia, al tiempo que aumentaron los combates contra las guerrillas comunistas. Este hecho preocupaba sobremanera a los británicos y estadounidenses, que sabían que sería un gran peligro para sus

intereses que Grecia cayera en la esfera de los países comunistas. Sin embargo, Gran Bretaña, principal valedor de los monárquicos griegos, estaba exhausta por el desgaste de la Segunda Guerra Mundial; por ello, tuvo que suspender la ayuda al gobierno heleno y cedió su puesto a la potencia estadounidense. Este relevo fue el principio del fin del Imperio británico y el inicio del poder mundial estadounidense, cuyo ejército se convirtió en la "policía" del orbe. En 1949, el general griego Aléxandros Papagos, con el apoyo estadounidense, realizó una enérgica ofensiva contra los guerrilleros comunistas, que se vieron empujados hacia el norte. La falta de apoyo de Josip Broz Tito, jefe de Estado de Yugoslavia, tras su ruptura con Stalin, llevó al cese de hostilidades en octubre de 1949, después de la huida de gran parte de los guerrilleros comunistas griegos hacia territorio albano y búlgaro. Grecia se alineó finalmente junto a Estados Unidos.

La palabra como consolidación de la rivalidad

La desconfianza mutua, el mutuo desconocimiento de ambas potencias y su temor entre sí fueron las características que marcaron el devenir de la Guerra Fría. Todo esto se reflejó en el lenguaje empleado en la política desde mediados de la década de los cuarenta del siglo XX.

En el Teatro Bolshoi, en Moscú, Stalin se dirigió a 4.000 miembros del Partido el 9 de febrero de 1946 afirmando que la victoria contra los nazis había sido un triunfo del sistema soviético, no de los aliados. Arremetió contra el sistema económico capitalista acusándolo de ser el culpable de que estallara la Segunda Guerra Mundial.

Dieciocho días después del discurso de Stalin, el 22 de febrero, el principal experto en asuntos soviéticos de Estados Unidos, director del equipo de Planteamiento Político del Departamento de Estado, el diplomático George Frost Kennan, dirigió desde la embajada estadounidense de Moscú un telegrama en que daba su análisis del

derrotero que había tomado la Unión Soviética. Según Kennan la política soviética se había orientado desde siempre hacia la revolución mundial y la dominación del mundo por los comunistas y así continuaría en el futuro. También afirmaba en su telegrama que el comunismo tenía una consigna fundamental: la hostilidad a la democracia occidental, al capitalismo, al liberalismo, a la socialdemocracia y a todos los grupos y elementos que no estuvieran completamente sometidos al Kremlin.

De entre todos los discursos, mensajes o alocuciones emitidos en los primeros compases de la Guerra Fría, hubo uno que fue el que más impacto y repercusión tuvo en todo el mundo. El 5 de marzo de 1946, en la Universidad de Fulton, en el estado de Misuri, el ex primer ministro británico Winston Churchill pronunció un discurso, al que asistió el presidente de Estados Unidos, Harry S. Truman. En él describía la situación europea de una manera temible con una ominosa metáfora: el *Telón de Acero* que "desde Stettin, en el Báltico, a Trieste, en el Adriático, había caído sobre la Europa central y oriental" y la sometía "no sólo a la influencia soviética, sino a una altísima y, en muchos casos, creciente medida de control por parte de Moscú". Por último, advertía de la necesidad de que los pueblos de habla inglesa se unieran "con urgencia para impedir a los rusos toda tentativa de codicia o aventura". El discurso de Churchill recibió en el seno de Estados Unidos diferentes opiniones. Por un lado, se encontraban los que consideraban que había que seguir manteniendo a la URSS como un aliado tras la guerra, y, por otro, los que pensaban que la visión de Churchill era la línea que había que seguir, llevando al extremo el concepto de contención por el que abogaba Kennan en su telegrama. Truman adoptó la línea dura; había que parar a la Unión Soviética. En un discurso ante el Congreso de Estados Unidos, el 12 de marzo de 1947, pidió el apoyo para conseguir cuatrocientos millones de dólares destinados a que las facciones griega y turca prooccidentales consiguieran cortar de raíz el avance de los comunistas en sus territorios, tal como hemos visto que ocurrió. Asimismo, anunció la llamada Doctrina Truman, en la que se incluía la ayuda a los pueblos libres para preservar sus instituciones y su integridad nacional frente a los movimientos agresivos que trataban de imponerles regímenes totalitarios.

Bajo la esfera soviética

En su discurso en el Congreso, Truman aseveró que casi todas las naciones del mundo debían elegir entre modos alternativos de vida. Pero que esa decisión de los pueblos no era libre, ya que en países como Polonia, Rumania y Bulgaria se habían implantado regímenes comunistas por la fuerza.

Ciertamente, Europa Oriental estaba controlada por la Unión Soviética, a través de los distintos partidos comunistas y la conversión en los distintos territorios europeos del Este en satélites de la URSS. Truman adujo que la URSS había incumplido los acuerdos de Yalta, ratificados posteriormente en Potsdam. Sin embargo, diversas causas motivaron este proceso de transformación en un sistema de democracias populares. Los países del Este de Europa no tenían tradición democrática a lo largo de su historia, ni una burguesía amplia que pudiera canalizar una transformación hacia un sistema de libertades. Las excepciones eran Checoslovaquia y Hungría. Además, la lucha guerrillera contra los nazis había sido dirigida por grupos revolucionarios de ideología comunista en su mayor parte, por lo que eran considerados los verdaderos artífices de la liberación del yugo fascista. Estas circunstancias no favorecían la aplicación de la Declaración sobre la Europa Liberada. Los partidos comunistas de los países del Este tuvieron una actuación paralela en cada uno de los territorios. Al principio colaboraron en la creación de gobiernos de coalición en los que los representantes comunistas ocuparan puestos relevantes, respetando las reglas de la democracia. Sin embargo, a partir de 1947, los comunistas despojaron del poder a los aliados gubernamentales, estableciéndose así su pleno dominio en los países del Este, con el apoyo de la Unión Soviética. Así, en Rumania los comunistas apoyaron al rey Miguel I en el derrocamiento de los dirigentes colaboracionistas el 23 de agosto de 1944. Se creó un gobierno de coalición en el que estaba incluido el Partido Comunista Rumano. Su líder Petru Groza terminó por excluir al resto de los dirigentes. En las elecciones generales celebradas el 19 de marzo de

1946, la victoria del Frente Popular, con comunistas, socialistas y campesinos, fue tan abrumadora que dominaban casi por entero la Asamblea General, lo que obligó al rey a abdicar y a exiliarse.

En Bulgaria los comunistas eran la fuerza política mayoritaria. Habían dirigido la resistencia a partir del Frente Patriótico con la ayuda de la Unión Soviética. Cuando llegaron al poder, formaron un gobierno de Unidad Nacional presidido por el coronel Kimon Georgiev. El 15 de septiembre de 1946, los búlgaros eligen por una inmensa mayoría (93% de los votos) la creación de una república socialista, lo que provocará el exilio de Simeón II y de toda la familia real búlgara. El líder comunista Georgi Dimitrov fue elegido un mes después primer ministro. La sovietización de Bulgaria era total.

Hungría entró en la esfera soviética tras un proceso político más lento. Después de la liberación del poder alemán y la posterior ocupación soviética, se celebraron en Hungría las primeras elecciones el 15 de noviembre de 1945. El triunfo recayó en el moderado Partido de los Pequeños Propietarios, liderado por Zoltán Tildy y Ferenc Nagy. En el gobierno de coalición entraron cuatro ministros comunistas. Hungría parecía caminar hacia una democracia de corte occidental. Sin embargo, los comunistas, que controlaban el Ministerio de Interior y el de Defensa, comenzaron a actuar contra el gobierno, presionando a los ministros del Partido de los Pequeños Propietarios , hasta tal punto que encarcelaron a algunos de sus dirigentes. El propio Nagy, primer ministro húngaro hasta el 31 de mayo de 1947, tuvo que pedir asilo político a Estados Unidos, tras las elecciones de agosto de ese mismo año convocadas por los comunistas, que obtuvieron una amplia mayoría y dominaron la vida política.

La evolución política de Polonia fue paralela a la del resto de naciones de Europa Oriental. El 28 de junio de 1945 se formó un gobierno de coalición, dominado por los comunistas. Dos posturas fueron las tomadas por el gobierno polaco. Por un lado, se acometieron reformas profundas mediante nacionalizaciones, una importante reforma agraria y un proceso de industrialización, todo bajo el amparo y ayuda de la URSS. Por otro lado, se respetó la decisión tomada en Yalta de celebrar elecciones libres que tuvieron lugar el 18

de enero de 1947 y les dieron un clamoroso triunfo a los comunistas, que se presentaron en coalición con los socialistas en la Alianza Democrática de Izquierdas y con el Partido Democrático y el Partido Popular Polaco que representaba a los agricultores de izquierdas; en total obtuvieron 350 escaños. Washington acusó oficialmente al gobierno polaco de haber realizado unas elecciones fraudulentas. Sin embargo, se limitó a lanzar tres propuestas: mantener su máximo interés a favor del bienestar del pueblo polaco; conservar una completa libertad de acción para determinar su actitud futura con respecto al gobierno polaco; y continuar informándose del desarrollo de los acontecimientos en Polonia por medio de su misión diplomática acreditada en Varsovia. Aun así, Polonia ya estaba dentro de la órbita soviética.

Yugoslavia presentaba una diferencia fundamental con respecto a los restantes países del Este, ya que su liberación de la ocupación nazi la habían realizado las propias fuerzas partisanas yugoslavas, sin intervención de tropas extranjeras. El líder y héroe de la independencia fue Josip Broz Tito, secretario del Partido Comunista desde 1937. El 5 de marzo formó un gobierno interino que fijó elecciones políticas para el 11 de noviembre, siguiendo las directrices de los acuerdos de Yalta. Su triunfo fue aplastante; el frente Popular que lideraba consiguió el 90 % de los votos. La nueva asamblea constituyente proclamó la Republica Popular Federativa de Yugoslavia el 29 de noviembre y eligió a un nuevo gobierno con Tito a su cabeza. Aunque el líder yugoslavo era visto en Occidente como la mano derecha de Stalin, lo cierto es que dirigió su país con una cierta independencia del gigante soviético, fundamentalmente en el plano económico, cuyo modelo era el de la URSS, pero desarrollado de manera diferente en Yugoslavia. Esto conduciría a la ruptura con Stalin y a un cierto y tímido acercamiento a Estados Unidos.

El caso de Albania fue en cierta manera paralelo en su origen al de Yugoslavia, ya que los partisanos comunistas, liderados por Enver Hoxha, fueron la fuerza que liberó al país de la ocupación alemana. Hoxha, a la sazón secretario general del Partido Comunista albanés, formó un Frente Democrático que ganó las elecciones celebradas el 2 de diciembre de 1945 con un 93 % de los votos e instauró un gobierno

estrictamente estalinista. El 11 de enero de 1946 se proclamó la República Popular de Albania, con lo que se abolía la monarquía en Albania y se deponía al rey en el exilio Zog I.

Checoslovaquia era un país que sí tenía una cierta tradición democrática y que, a su vez, mantenía una buena relación con Moscú. Tras la finalización de la Segunda Guerra Mundial, el presidente en el exilio Edyard Beneš, ocupó de nuevo su cargo y constituyó un nuevo gobierno, en el que los comunistas no eran mayoría, pero ocupaban carteras muy importantes como la de Interior. El 26 de mayo de 1946 se celebraron elecciones democráticas en Checoslovaquia en las que triunfó abrumadoramente el Partido Comunista de Checoslovaquia. El nuevo gobierno, cuyo primer ministro era el comunista Klement Gottwald, nombró como presidente de la República de Checoslovaquia a Edvuard Beneš y como ministro de Asuntos Exteriores a Jan Masaryk, que no eran comunistas. Checoslovaquia se mantenía fuera de la sovietización de los países del Este. Todo cambió el 21 de febrero de 1948, cuando las presiones de los ministros comunistas llevaron a la dimisión de los demócratas del gobierno. Estos creyeron que la crisis gubernamental conduciría a unas nuevas elecciones en las que los comunistas serían relegados, pero se equivocaron fatalmente. El partido comunista organizó concentraciones masivas de sus correligionarios y les entregó armas. La situación se volvió caótica; por ello, Gottwald presionó a Beneš para que dimitiera. Gottwlad se convirtió en el primer presidente de la República Socialista de Checoslovaquia. El Golpe de Praga había triunfado.

El Plan Marshall

La Segunda Guerra Mundial había devastado Europa. El viejo continente no había sufrido nunca una destrucción parecida, con la pérdida de más de sesenta millones de vidas humanas, aunque la cifra de bajas podría ser mucho más alta, ciudades arrasadas, los centros industriales destruidos, los campos devastados…. Para mayor

desgracia, el invierno de 1946-1947 fue especialmente duro. Por ello, la posguerra en Europa fue aún más terrible. Ante esta precaria situación, ante la creciente influencia de la Unión Soviética tanto en los países de su propia esfera, como en los países occidentales en los que los partidos comunistas cada vez adquirían una mayor importancia e influencia, Estados Unidos fortaleció su política de ayudas a Europa.

El principal actor de este cambio de rumbo fue el general George Marshall, el antiguo jefe del Estado Mayor del ejército estadounidense durante la Segunda Guerra Mundial y desde el 8 de enero de 1947 secretario de Estado. Ya en posesión de ese cargo, el 5 de junio de 1947 pronunció en la Universidad de Harvard una de las más importantes conferencias de la posguerra, porque sentaría las bases teóricas de lo que se denominaría el *Plan Marshall*. En su ponencia planteó la necesidad de la ayuda a Europa por la pérdida de su tejido económico y de sus recursos básicos y por hallarse sin medios financieros para recuperarse. El viejo continente debía recuperarse de la guerra y sus habitantes habían de confiar en su futuro. Subrayó que no debería haber ningún condicionamiento ideológico para la obtención de la ayuda, pero atacó duramente las pretensiones del expansionismo soviético que afianzaban cada vez más su poderío. Marshall abogó por la necesidad de un plan europeo de recuperación económica, que debería ser solicitado desde Europa y por los europeos. Todo este plan se discutió en la conferencia de París celebrada entre el 27 de junio al 2 de julio por los ministros de Asuntos Exteriores de la URSS, Viacheslav Mólotov, de Gran Bretaña, Ernest Bevin, y de Francia, Georges Bidault. La Unión Soviética se negó a adherirse a dicho plan y con ella toda la Europa del Este bajo su tutela.

Truman y el Congreso de Estados Unidos no tardaron en dar una respuesta. El 3 de abril de 1948, el presidente estadounidense firmaba el Programa de Recuperación Económica (*Foreign Assistance Act*), más conocido como Plan Marshall. El monto al que ascendía la ayuda del Congreso a Europa fue de 12.400 millones de dólares repartidos en cuatro años. Los países destinatarios de la ayuda del Plan Marshall (Portugal, Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia, Países Bajos,

Bélgica, Luxemburgo, Austria, Dinamarca, Noruega, Grecia, Suecia, Suiza, Turquía, Irlanda e Islandia, formaron la OECE, es decir, la Organización Europea para la Cooperación Económica, institución que, a partir de del 16 de abril de 1948, se ocupó de aplicar la ayuda estadounidense y de facilitar el comercio, conceder créditos y fomentar la liberalización del capital. De esta manera, Truman se aseguraba de que todos estos países asumieran el sistema capitalista del que Estados Unidos era el principal valedor, e impedía que cayeran en el bloque comunista. El Plan Marshall sirvió, pues, para reforzar el poder hegemónico de Estados Unidos.

Y desde el bloque comunista… la doctrina zhdanovista

La respuesta del bloque comunista no se hizo esperar. Entre el 22 y el 27 de septiembre de 1947, en la ciudad polaca de Szklarska-Poręba, se reunieron los dirigentes de los partidos comunistas de la Unión Soviética, los de los países satélites de la URSS, Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Polonia, Rumanía y Yugoslavia, junto con los líderes de los dos partidos comunistas más importantes, influyentes y con mayor poder de la Europa no sovietizada, el de Italia y el de Francia. El presidente del Sóviet de la Unión, Andréi Zhdánov, pronunció un discurso en el que describía las dos principales direcciones de la política mundial de la posguerra. Por un lado, el bloque imperialista y antidemocrático, liderado por Estados Unidos, y por otro, el bloque antiimperialista y democrático, cuya fuerza dirigente era la URSS. Asimismo, estableció las premisas de la nueva política internacional de la Unión Soviética en lo que se denominó la doctrina zhdanovista o zhdanovismo. Un punto fundamental de dicha doctrina fue la creación de la Kominform, u Oficina de Información, para fortalecer la unidad ideológica de los países del área soviética y de los dirigentes de los partidos comunistas en los países occidentales. No obstante, aunque su primera sede fue la ciudad yugoslava de Belgrado, actual capital de la república de Serbia, la Kominform condenó oficialmente al régimen de Jósip Broz Tito por separarse de la ortodoxia marxista-leninista, y, en verdad, por no seguir los dictados

de Stalin. La sede se trasladó a Bucarest, la capital rumana.

Esta ruptura con el gobierno de Tito impidió que Yugoslavia entrara en el organismo comunista que sirvió como alternativa económica al Plan Marshall: el COMECON. El 4 de enero de 1949 la URSS, junto con las repúblicas populares de Polonia, Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría y Rumanía, crearon el Consejo de Ayuda Mutua Económica, o COMECON, al que se unió en febrero de 1949 Albania. Este organismo, además de obligar a los países miembros a aceptar las políticas impuestas por los planes soviéticos, tenía como fin reforzar las relaciones económicas entre los países comunistas mediante el intercambio de experiencias económicas, la extensión de la ayuda técnica mutua y la prestación de asistencia de unos países a otros con respecto a materias primas, alimentos, equipos y máquinas.

La cuestión alemana

A su vez, Alemania, así como su antigua capital, Berlín, ambas divididas en dos territorios, uno bajo dominio soviético y otro bajo gobierno del resto de los aliados, con una zona de influencia estadounidense, otra británica y una tercera francesa, se convirtieron en el símbolo del mundo escindido, del mundo bipolar que había descrito Winston Churchill en su discurso de Fulton. El Plan Marshall generó la máxima tensión entre las relaciones entre los dos bloques y tuvo su reflejo más claro en Alemania, dividida en dos zonas irreconciliables. Tras la victoria, el horror de los campos de concentración nazi generó una gran animadversión contra todo lo alemán, no solo contra la maldad del nazismo. Este enconado sentimiento hizo que se plantearan algunos proyectos que sirvieran para reeducar al pueblo alemán. Entre estas propuestas destacó la que planteó Henry Morgenthau Jr., secretario del Tesoro de Estados Unidos, que tenía como finalidad evitar que Alemania volviera a convertirse en una potencia industrial que alcanzara suficiente poder militar para amenazar a los países vecinos. El Plan Morgenthau proponía la total destrucción del material de guerra alemán; en cuanto

a la zona del Ruhr, que era considerada el motor de la industria armamentística nazi, debería ser totalmente desmantelada de toda las plantas industriales, bien mediante el traslado a otras zonas, bien destruyéndolas, e incluso la población de esa zona susceptible de tener conocimientos técnicos debería ser expulsada de allí permanentemente y dispersada. En cuanto a la reeducación del pueblo alemán se sugería que todas las universidades e institutos fueran clausurados hasta que una comisión de educación aliada hubiese formulado un programa efectivo de reorganización educativa. Alemania, según Morgenthau, debería convertirse en un país meramente agrícola. Sin embargo, la realidad del pueblo alemán, las imágenes de la destrucción, de las masas de niños, mujeres y ancianos hambrientas en ciudades totalmente devastadas, hicieron cambiar la perspectiva de los aliados. Asimismo, la propia evolución de la Alemania dividida necesitaba una solución. Alemania, territorio situado al oeste de la línea de los ríos Oder y Neisse, que limitaba con el territorio polaco, estaba gobernada por el Consejo de Control Aliado, pero se volvió cada vez más incapaz para poder funcionar como un órgano de coordinación, debido a que las diferencias eran totalmente insalvables entre los dos bloques que habían dividido Alemania, y a que los gobiernos de las distintas zonas actuaban cada vez de manera más independiente. La Unión Soviética organizó políticamente su zona, la oriental, autorizando el establecimiento de partidos, para que de una manera u otra, tuviera más poder el Partido Comunista Alemán, que se unió con los socialdemócratas, fundando el Partido de Unidad Socialista, el cual acabó dominando la política de la Alemania Oriental. De esta manera, los soviéticos realizaron toda una serie de reformas radicales en el plano social y económico, nacionalizando la industria y realizando una profunda reforma agraria. En la zona occidental, los estados ocupantes, Francia, Estados Unidos y Gran Bretaña, restablecieron los partidos políticos, e iniciaron una serie de cambios políticos y organizativos en sus respectivas zonas. El cambio de fondo y radical suponía la unión de la Alemania Occidental, para crear un Estado alemán independiente. La primera medida fue la creación de la Bizona, la unión económica de las zonas de ocupación británica y estadounidense, hecho que tuvo lugar el 2 de diciembre de 1946. Francia se oponía a una unificación alemana porque temía la generación de otra Alemania fuerte, que

pudiera resultar un peligro en un futuro. Sin embargo, unió su zona de ocupación a la Bizona, formándose así la Trizona en abril de 1949.

Previamente, un cambio económico fundamental se produjo en la zona alemana occidental, al introducir los británicos y los estadounidenses una nueva moneda, el marco alemán o *Deutsche Mark*, que sustituyó al *Reischmark*. Esta reforma monetaria sólo tenía validez en las tres zonas de los países aliados, pero no en la zona soviética. De igual manera, únicamente se implantó en la zona aliada de Berlín, no en la comunista. Este cambio tuvo consecuencias inmediatas. El 20 de marzo de 1948 se celebró una reunión, a la que asistieron los miembros de la Comisión de Control Aliado, el mariscal soviético Vasili Sokolovski, el general estadounidense Lucius Clay, el general británico Brian Robertson y el general francés Pierre Koenig. Cuando el representante soviético exigió una aclaración sobre la reforma monetaria de la Alemania occidental, se le negó tal información, por haberse mantenido la URSS indiferente ante tal medida. Ante esta situación, Sokolovski abandonó la reunión, dando fin así *de facto* a la Comisión de Control Aliado. La respuesta soviética fue inmediata. Poniendo como pretexto dificultades técnicas, los controles soviéticos empezaron a entorpecer el tráfico ferroviario hasta la zona aliada de Berlín, que era el esqueleto mastodóntico de una ciudad anclada como un islote dentro de la zona soviética. Las restricciones del transporte iniciaron una escalada imparable. El 3 de abril de 1948 se cortaron las rutas de aprovisionamiento de Berlín desde Hamburgo y Múnich. El 20 de abril se iniciaron las restricciones al tráfico fluvial. El 19 de junio el tráfico de pasajeros hacia Berlín por carretera y tren fue prohibido. Cuatro días después se suspendieron los servicios de correos y el tráfico hacia y desde Berlín se paralizó totalmente. El suministro eléctrico fue cortado. Berlín occidental estaba totalmente bloqueado. Los soviéticos ofrecieron a los berlineses de la zona occidental abundantes raciones y acabar con la penuria de alimentos y de productos de primera necesidad, si accedían a empadronarse en el sector oriental, tras abandonar el occidental. Esta zona de la ciudad alemana necesitaba para la subsistencia de sus habitantes 4.000 toneladas diarias de provisiones. Para evitar la inanición del pueblo berlinés, el 26 de junio empezó a funcionar un puente aéreo entre los aeropuertos situados en las zonas

británica y estadounidense. El transporte de víveres fue una verdadera hazaña técnica y de organización. En ella intervinieron más de cuatro mil hombres y 357 aviones, fundamentalmente el modelo Douglas C-54 Skymaster. Con la apertura del aeropuerto de Tegel, en la zona francesa, que se unió al de Tempelhof, en el sector estadounidense, y al de Gatow, en el sector británico, se consiguió llegar a la 10.000 toneladas diarias. El bloqueo estaba superado. Paralelamente, el alcalde de Berlín occidental, Ernst Reuter, secundado por el político democristiano Ferdinand Friedensburg, y un joven socialista de nombre Willy Brandt, representó la resistencia del pueblo berlinés ante la presión soviética, la cual llegó a conseguir que cien mil berlineses abandonaran la zona occidental. Tras 403 días el bloqueo de Berlín terminó el 11 de mayo de 1949.

A finales de 1948, las potencias occidentales acordaron la creación de una asamblea constituyente en Alemania para que estructurase el país según un modelo federal y procediera a redactar la constitución del nuevo estado. El 23 de mayo de 1949 se creó la República Federal de Alemania, en el territorio que pertenecía a la Trizona occidental. Su capital se estableció en Bonn, ya que los soviéticos expulsaron a todos los miembros de los organismos burocráticos del incipiente país, cuyas sedes se encontraban en el sector oriental de Berlín. El sector oriental de esta ciudad se convirtió en la capital de la República Democrática Alemana, que se fundó el 7 de octubre de 1949. Esta división del antiguo territorio alemán en dos Alemanias antagónicas era la culminación de la escisión de Europa y del mundo en la Guerra Fría.

Otros acontecimientos sirvieron para profundizar en la brecha existente entre las dos grandes potencia. El 4 de abril de 1949 se firmaron en Washington los acuerdos constitutivos que conformaron la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), la alianza militar que reunió a países como Canadá, Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Islandia, Italia, Luxemburgo, Países Bajos, Noruega y Portugal. Esta organización militar no arredró a la URSS, que continuó la escalada militar y armamentística hasta conseguir el equilibrio atómico con Estados Unidos al lanzar la primera bomba nuclear el 29 de agosto de 1949 en el sitio de pruebas de

Semipalatinsk, en Kazajistán. El mundo entraba en una nueva etapa en la que los dos gigantes rivales iniciaban la era atómica.

Una "caza de brujas" en Estados Unidos

La demostración del poder atómico soviético en Kazajistán fue el argumento irrefutable de que en el seno de Estados Unidos había una quinta columna de espías que trabajaba a las órdenes del Kremlin. En este ambiente de obsesión por el espionaje tuvo lugar el suceso con más relevancia, más dramático y polémico a nivel mundial: el caso Rosenberg. Julius Rosenberg había estado relacionado con el espionaje atómico junto con su mujer Ethel y el hermano de ésta, David Greenglass. Este último trabajaba como sargento en el Laboratorio Nacional de Los Álamos en Nuevo México y, dadO su privilegiado destino, empezó a espiar para los soviéticos desde noviembre de 1944 hasta que dejó el ejército en 1946, por instigación de su hermana y su cuñado, con el fin de recabar información sobre la bomba atómica. Las investigaciones del FBI condujeron al arresto de David Greenglash el 15 de junio de 1950. Presionado por los agentes federales, declaró que Julius Rosenberg, su cuñado, fue el que le pidió información sobre la bomba atómica para pasársela a los soviéticos y que su propia hermana, Ethel Rosenberg, colaboraba pasando a máquina todos los informes. El 17 de julio fue detenido el matrimonio Rosenberg. Ambos fueron declarados culpables. Julius y Ethel Rosenberg murieron electrocutados en la silla eléctrica del penal de Sing Sing, en Nueva York, la madrugada del 20 de julio de 1953.

El juicio de los Rosenberg fue un exponente de la política interna estadounidense, protagonizada por el Comité de Actividades Antiamericanas o HUAC (*House of Un-American Activities Committee*) que, tras ser creado en mayo de 1938, se había convertido en un comité permanente en 1945, bajo la presidencia de Edward J. Hart, cuya misión se centró en el control e investigación de todos los sospechosos de subversión o propaganda que atentaran contra el gobierno y la Constitución de Estados Unidos. Su frente de actuación

se circunscribió en la persecución de posibles comunistas en todas las esferas de la sociedad estadounidense. Este afán por encontrar elementos subversivos le granjeó un enorme éxito cuando la HUAC consiguió que fuera condenado Alger Hiss, antiguo miembro del Departamento de Estado de Estados Unidos, que había sido acusado de espionaje, al haber entregado secretos del gobierno a los soviéticos.

Paralelamente al Comité de Actividades Antiamericanas, en esta cruzada contra el comunismo destacó por su encono el senador republicano por el estado de Wisconsin, Joseph Raymond McCarthy. Su obsesión por los agentes infiltrados en la administración pública o en el ejército, le condujo a acusar públicamente a 205 supuestos colaboradores soviéticos en febrero de 1950. Su política anticomunista, denominada “macartismo”, produjo toda una serie de delaciones, acusaciones falsas sin fundamentos jurídicos en la mayoría de los casos, listas negras de individuos considerados antiamericanos. Esta actitud política dio lugar a uno de los episodios más vergonzosos de la historia de las libertades en Estados Unidos.

En 1947, bajo la presidencia de Parnell Thomas, el Comité de Actividades Antiamericanas convirtió al mundo del cine hollywoodiense en uno de sus blancos. La “caza de brujas” en Hollywood comenzó en septiembre cuando el Comité citó a 41 profesionales del cine para que comparecieran en Washington al mes siguiente. De los convocados, 19 “testigos inamistosos” se negaron a responder ante el Comité. Como réplica ante esta situación los profesionales del cine contrarios a la HUAC decidieron crear el Comité de la Primera Enmienda. Las sesiones del Comité de Actividades Antiamericanas se iniciaron el 20 de octubre de 2007 y provocaron una clara división entre los cineastas; por un lado estaban los que colaboraron con el Comité, como los actores Gary Cooper y el futuro presidente de Estados Unidos, Ronald Reagan; por otro, estaba el grupo formado por los “diez de Hollywood”, guionistas, directores y productores de cine que al final fueron condenados a un años de prisión y a pagar una multa de mil dólares. Con las siguientes sesiones del Comité en 1951, las delaciones entre los profesionales del cine se multiplicaron hasta llegar a los 354 nombres de activistas

antiamericanos en 1952. Estados Unidos libraba su propia “guerra fría” dentro de su territorio.

El triunfo del comunismo en China

Asia fue otro escenario importante durante los primeros años de la Guerra Fría. Dos puntos calientes como China y Corea protagonizaron el cambio y las tensiones propias de la división del mundo en los dos bloques antagónicos, cada vez más alejados entre sí y más irreconciliables.

Hasta la caída de la dinastía Ming a manos de la revolución Xinhai, China se mantuvo durante milenios como un gran imperio feudal. La República de China oficialmente se instauró el 1 de enero de 1912, aunque no fue ratificada hasta el 12 de febrero cuando el último emperador manchú, Puyi, abdicó. Los años que siguieron a la instauración de la República fueron muy convulsos. El primer presidente de la República, Sun Yat-sen, entregó al hombre fuerte de la revuelta, Yuan Shikai, la presidencia el 10 de marzo de 1912. Sin embargo, la ambición de Yuan y sus aspiraciones autocráticas hicieron que disolviera el parlamento el 4 de noviembre de 1913 y así logró aunar todo el poder en su persona. Su autoritarismo fue tal que se proclamó emperador el 13 de diciembre de 1915, con el nombre de reinado de Hongxian. La oposición de los rebeldes contrarios a la instauración de la monarquía le obligó a abandonar el trono el 22 de marzo de 1916. El país estaba totalmente dividido. Sun Yat-sen, exiliado por Yuan Shikai, regresó a China y apoyado por el Partido Nacionalista Chino, el Kuomintang, estableció un gobierno paralelo al de Pekín en Cantón. A su vez en 1921 se creó el Partido comunista de China. Al principio, ambos partidos se aliaron contra el gobierno de Pekín; pero, tras la muerte de Yat-sen, su sucesor Jiang Jieshi lanzó la Expedición del Norte, pero antes tomó la determinación de purgar a los miembros del Partido Comunista para unificar toda China bajo el Kuomintang. Esta acción dio inicio a la Guerra Civil china. El incipiente enfrentamiento se complicó con la intervención del Japón imperial,

que acabará por invadir el territorio chino en la Guerra chino-japonesa, declarada el 7 de julio de 1937.

Tras la derrota japonesa en la Segunda Guerra Mundial, continuó en China la guerra civil entre los nacionalistas, dirigidos por Jiang Jieshi, y los comunistas, liderados por Mao Zedong, que había sido elegido presidente del Partido Comunista Chino el 20 de marzo de 1943, a pesar de las conversaciones de paz que se celebraron en la primavera de 1946, bajo el auspicio del gobierno estadounidense representado por el general Marshall. La guerra se fue decantando del lado del Ejército Popular de Liberación, que bajo las órdenes del general comunista Lin Biao, consiguió en menos de dos mese, desde el 12 de septiembre, al 2 de noviembre de 1948, conquistar Manchuria, en manos del Kuomintang. La victoria del ejército de Lin Biao causó más de 400.000 bajas entre las tropas nacionalistas. Pekín cayó en enero de 1949, y el día 21 del mismo mes, Chiang Kai-shek dimitió como presidente de la República. Tras su huida de la China continental a la isla de Taiwán, los partidarios de Jiang Jieshi consiguieron mantener el régimen de la República de China. Finalmente, la guerra civil terminó con la victoria de los comunistas. El 1 de octubre de 1949, en la plaza de la Puerta de la Paz Celestial (*Tian'anmen*), Mao proclamó el nacimiento de la República Popular China. Los comunistas heredaron un país devastado por las continuas guerras y, por lo tanto, su primera iniciativa política era la reconstrucción nacional. En 1950 se aceleró el proceso de cambios, tanto sociales, como la emancipación de la mujer, a la que se le concedió igualdad de derechos que al hombre, como económicos, con la reforma agraria, punto esencial del maoísmo, que daba gran importancia al campesinado como clase revolucionaria.

El triunfo de Mao en China había sorprendido a los líderes de las dos potencias, los cuales no esperaban que el comunismo pudiese salir victorioso ante las tropas nacionalistas del Kuomintang. Aun así, los funcionarios del Departamento de Estado estadounidense no consideraron en primera instancia que la llegada de Mao al poder suponía una ganancia para Stalin, pues consideraban que el líder chino no sería un títere de los soviéticos, ya que había conseguido el poder en China sin apenas ayuda de la URSS. Sin embargo, aunque

para Mao el objetivo principal era su país, consideraba que Stalin había de ser la cabeza del movimiento comunista internacional. En un discurso pronunciado el 1 de julio de 1949, Mao fue muy claro antes su posición entre los dos bloques ideológicos; China debía inclinarse a un lado y el elegido era el lado del socialismo. No había un tercer camino, como demostraría un año después en la guerra de Corea.

Primer "conflicto caliente" en Asia: la guerra de Corea

Corea, el "país de la calma matinal", estaba sometida al imperio japonés desde 1910, año en que Japón se anexionó dicho país e instauró un gobierno general militar en Seúl, su capital. La Segunda Guerra Mundial puso fin a la dominación japonesa de la península coreana. Al entrar los soviéticos en guerra contra Japón, lanzaron una gran ofensiva desde Manchuria hasta el norte de Corea, el 8 de agosto de 1945. Las tropas japonesas que se encontraran al norte del paralelo 38 se rendirían a los soviéticos. Las que estuvieran al sur de dicho paralelo lo harían ante los estadounidenses. La rendición de Japón llegó después del segundo lanzamiento de la bomba atómica, esta vez sobre Nagasaki, el 9 de agosto. Corea se hallaba desde ese momento en la misma situación que Alemania en Europa: el paralelo 38 era una frontera provisional (no como divisoria política) entre las esferas de influencia soviética, al norte, y estadounidense, al sur. Los soviéticos llegaron al paralelo el 26 de agosto, mientras que los estadounidenses no llegaron hasta el 8 de septiembre.

La situación de Corea tras la guerra se debatió en la Asamblea General de la ONU. A tal efecto se realizó una votación, en noviembre de 1947, en la que se dispuso la creación de una comisión para que supervisara la celebración de elecciones en Corea. Sin embargo, la URSS, de una manera unilateral, ya había acelerado la formación de un gobierno provisional en su zona de corte totalmente prosoviético. En el sur, las elecciones tuvieron lugar en mayo de 1948, y Syngman Rhee, que había formado ya en abril de 1919 en la ciudad china de Shanghai un gobierno coreano en el exilio, fue proclamado presidente

nominal de todo el país, la República de Corea, el 13 de julio. Poco después, el 25 de agosto, se convocaron elecciones en el Norte. El 8 de septiembre de 1948 Kim Il-sung reclamó para sí la autoridad suprema sobre todo el país, como presidente de la República Popular Democrática de Corea. Un país, unido desde milenios, quedaba divido en dos estados enemigos, ya que cada uno de ellos tenía el convencimiento de que el otro era el usurpador. Corea era un polvorín que tarde o temprano explotaría.

Así ocurrió tras la retirada de las tropas de ocupación soviética en diciembre de 1948, y la de las fuerzas estadounidenses el 29 de junio de 1949. Sin embargo, estas últimas dejaron a quinientos asesores militares en el sur de Corea.

La madrugada del 25 de junio de 1950, las tropas norcoreana iniciaron el ataque contra Corea del Sur. A las 11 de la mañana, las tropas comunistas ya habían cruzado el paralelo 38 y avanzaban hacia Seúl, la capital de la República de Corea. Sin embargo, el gobierno de la República Popular atribuyó los primeros ataques a las fuerzas de Syngman Rhee. Con todo, el avance de los norcoreanos era imparable.

La reacción de la ONU no se hizo esperar. Ese mismo día 25 el Consejo de Seguridad de la Naciones Unidas votó una resolución en ausencia de la URSS en la que se condenaba al supuesto agresor y se urgía el alto el fuego y la retirada norcoreana. Dos días después, una nueva resolución decía textualmente que los estados miembros tenían la obligación de ayudar a repeler la agresión del ejército norcoreano.

Estados Unidos, por su parte, ya había actuado sin esperar la cobertura de la ONU. Su presidente, Truman, tomó una serie de medidas preventivas que consistieron en la evacuación de los estadounidenses que se encontraran en Corea, incluidos los 500 asesores militares; ordenó al general Douglas MacArthur, comandante en jefe de las fuerzas estadounidenses en Japón, que diera cobertura aérea y marítima a la zona en conflicto, sin traspasar los límites del paralelo 38; envió a la VII Flota a las aguas próximas a Corea; reforzó las defensas de las Islas Filipinas; y, por último aumentó el apoyo a

las tropas francesas que luchaban en Indochina desde 1946, lo que en un futuro cercano les llevaría a otra sangrante escalada bélica.

El día 28 de junio, tras días después del ataque, las tropas del Ejército de la República Popular de Corea tomaron Seúl. Ante esta situación, MacArthur, nombrado comandante en jefe de las fuerzas en Corea, obtuvo permiso para que el VIII Ejército, acantonado en Japón, entrara en combate. El ejército estadounidense acantonado en Japón no era una fuerza preparada para entrar en combate; solo una pequeña parte de la tropa estaba formada por veteranos de guerra, ya que su única misión en Japón durante ya cinco años, eran tareas de ocupación. Aun así, las tropas estadounidenses movilizadas en Corea tuvieron que defender la línea del río Naktong, que no era más que el perímetro exterior de Busan, la ciudad más al sur de la península de Corea, el mayor puerto del país y la única ciudad importante que les quedaba a los surcoreanos. En menos de tres meses, las tropas de Kim Il-sung habían arrollado al ejército del Sur y habían ocupado casi la totalidad de Corea. No obstante, una vez que las tropas estadounidenses estabilizaron la línea en el Natkong, la ofensiva norcoreana pudo ser frenada y superada.

El general MacArthur concibió entonces una maniobra militar magistral, al planear para el 15 de septiembre el desembarco en Inchon, ciudad portuaria a unos 30 km al sudoeste de Seúl y a unos trescientos del perímetro defensivo de Busan. Era el lugar más impensable para un desembarco anfibio, ya que había que realizarlo en menos de tres horas, durante la marea baja, debido a los escollos y arrecifes de la costa. Previamente, el 15 de septiembre se situó ante Inchon una formidable flota de 230 buques, entre los que había numerosas unidades aliadas, con 70.000 hombres a bordo. La flota realizó un formidable y terrible bombardeo de la ciudad, que quedó reducida a cenizas, antes del desembarco. El día 16, los marines iniciaban el avance hacia Seúl, en la que entraban el día 22. Cuatro días después se encontraban con las tropas que avanzaban desde Busan. En menos de dos semanas se le había dado la vuelta a la guerra. Las fuerzas del “Viejo Mac”, como era llamado el general MacArthur, marchaban sin hallar apenas resistencia hacia el paralelo 38.

El día 4 de octubre de 1950, las fuerzas de la ONU cruzaban el paralelo e iniciaban una imparable cabalgata hacia la frontera china, que en gran parte sigue el curso del río Yalu. El 26 de octubre de 1950 las tropas del Ejército de la República de Corea llegaban a la frontera fluvial con China; el 24 de noviembre se unía al ejército surcoreano el resto de las tropas de la ONU. Sin embargo, cuando MacArthur afirmaba ante sus tropas que pronto regresarían a sus casas, un acontecimiento dio un giro copernicano al devenir del conflicto. Oleadas de tropas chinas comandadas por el mariscal Lin Biao cruzaban la frontera y rompían el frente aliado de este a oeste. Como un ascensor, la guerra volvía a descender velozmente hacia el sur de la Península.

Las fuerzas chinas, compuestas nominalmente por voluntarios, eran excelentes, puesto que todos los oficiales habían luchado en la Segunda Guerra Mundial y el resto de la tropa eran veteranos de la Guerra Civil china. Para no ser observadas por el enemigo, se movían casi exclusivamente de noche. Aun así eran más móviles y rápidas que las que apoyaban al ejército surcoreano, al carecer de pertrechos pesados; asimismo eran más fáciles de aprovisionar.

A fines de enero de 1951, más de la mitad de Corea del Sur se hallaba en manos de los atacantes, aunque las pérdidas aliadas eran muy inferiores a las de China. Esto permitió reagruparse a las fuerzas de la ONU (pertenecientes a 15 países), que llegaron a tener 970.000 hombres sobre el terreno, y a estabilizar la situación, para iniciar entonces un avance basado en la incuestionable superioridad de su armamento pesado y su aviación. Sin embargo, este varapalo era demasiado para MacArthur. El viejo general defendió la idea de que sus soldados “no debían morir por un empate”. Para el fin completo de esta guerra y la victoria final, MacArthur pensaba que era necesario proseguir el avance más allá del Yalu y emplear armas nucleares para bombardear la retaguardia enemiga en la propia China “hasta convertirla en un cinturón radiactivo del mar de Japón al mar Amarillo”. Al hacer público el mismo MacArthur el contenido de su apocalíptica propuesta en un claro gesto populista para recabar el apoyo de la opinión contra su presidente, Truman no tuvo más remedio que destituirlo. El general Matthew B. Ridgway, menos brillante pero más

disciplinado, fue designado su sucesor, y se atuvo a la estrategia de contener el avance del comunismo en las fronteras entre Occidente y el área de dominio soviético, pero no exportar la guerra más allá de esa línea divisoria, en el caso de Corea, el paralelo 38.

La idea de un “empate” empezó a adueñarse de las expectativas del gabinete de Truman. Soviéticos y chinos no permitirían la desaparición de Corea del Norte. Y una guerra mundial entre enemigos dotados del poder atómico era un precio demasiado alto para la consecución de una República de Corea prooccidental y unificada.

A partir de entonces se inició una cruel “guerra de desgaste” por parte de los aliados que permitió recuperar Seúl a mediados de marzo de 1951. Entonces, Ridgway dio la orden de estabilizar el frente ligeramente al norte del paralelo 38. El agotamiento de las fuerzas militares de ambos bandos facilitaba la marcha hacia la mesa de negociaciones. Sin embargo, la confrontación continuó en una segunda fase en la que los grandes frentes se convirtieron en una guerra de cotas y colinas, más parecida a la Primera Guerra Mundial con sus batallas de trincheras que a la Segunda Guerra Mundial.

Las conversaciones para terminar con la guerra comenzaron el 10 de julio de 1951, en la localidad de Panmunjom, en tierra de nadie entre los dos ejércitos. En las negociaciones, los soviéticos y los aliados occidentales se conformaban con el *statu quo* anterior al inicio de las hostilidades, es decir la división de las dos Coreas en el paralelo 38. Sin embargo, había algunos escollos difíciles de salvar en la negociación. China condicionaba la paz al abandono de todas las fuerzas extranjeras de la ONU del territorio coreano. Además, el líder de Corea del Sur, Syngman Rhee, quería introducir como condición para el armisticio la promesa formal de la unificación coreana.

En consecuencia, los episodios bélicos continuaron aunque a una escala insignificante. Sin embargo, estas confrontaciones por una extensión mínima de terreno se terminaban convirtiendo en avatares políticos en la medida en que repercutían en la mesa de negociaciones. Eso es, precisamente, lo que ocurrió durante el tiempo que duró el combate por una minúscula loma que ha pasado a la

historia con el nombre de ‘Colina de la Chuleta de Cerdo’ (*Pork Chop Hill*), cuya ocupación corrió pareja a los acontecimientos que estaban teniendo lugar en la mesa de reuniones de Panmunjon.

Pork Chop Hill, una colina de apenas 180 m de altura, situada a unos 80 km al norte de la capital surcoreana, era un puesto avanzado con una guarnición de 96 hombres. En ella tuvieron lugar desde el 16 de abril hasta 10 de julio de 1953 una serie de combates, que alternativamente cambiaban de vencedor en la toma de la colina. Los combates fueron recrudeciéndose de tal manera que el número de bajas en dicha loma superó al final de la contienda los mil setecientos. La inagotable capacidad de sacrificio del ejército chino les había concedido la última victoria en la Guerra de Corea: la insignificante colina de la Chuleta de Cerdo.

Por fin, el 27 de julio de 1953 se firmaba en Panmunjom el armisticio que ponía fin a la guerra de Corea. Los aliados occidentales habían sufrido 335.000 muertos en combate. Las bajas en el bando comunista, nunca reconocidas oficialmente, se estiman en cerca de 736.000. Hubo más de 400.000 civiles muertos.

Se había librado la primera guerra de la Guerra Fría, y la situación no había cambiado nada a pesar del ingente número de fallecidos. Corea del Sur seguiría siendo una avanzada de Occidente y la República norcoreana se mantendría también dentro de la zona de influencia comunista junto a China y la URSS.

Capítulo 3

El viaje a ninguna parte

Al finalizar la guerra de Corea, las dos superpotencias mundiales habían cambiado de líderes. Al gris ex presidente Truman le sucedió el 20 de enero de 1952 el brillante estratega del desembarco de Normandía, el general Dwight David Eisenhower. Un año después, el 5 de marzo de 1953, fallecía Stalin. La muerte del líder soviético inició el proceso de desestalinización en la URSS. El vacío de poder dejado por Stalin no fue inmediatamente ocupado por un único sucesor, sino que al autoritario dirigente de la Unión Soviética lo sucedieron los hombres fuertes del partido. En su funeral, siguiendo el rígido protocolo soviético, el orden de los discursos fúnebres ante el cuerpo del antiguo "Padre de la Patria Soviética" marcaron el poder de la troika de dirigentes que gobernarían la URSS. El primero en la alocución fue Georgy Malenkóv, que fue nombrado presidente del Consejo de Ministros de la Unión Soviética, el segundo discurso lo pronunció Lavrenti Beria, primer vicepresidente del Consejo de Ministros, y en tercer lugar intervino Nikolái Bulganin, ministro de Defensa desde el 15 de marzo de 1953. Con ellos en el poder, se tomaron una serie de medidas políticas, económicas y sociales que irritaron a los miembros más conservadores del Politburó; entre ellas, los cambios económicos realizados en el quinto plan quinquenal, firmado en 1951, al potenciar la producción de los bienes de consumo, las desgravaciones fiscales para los cultivadores de los koljós, o granjas colectivas, y una subida de precios de sus productos. Se estableció una amplia amnistía; se eliminó el culto a la personalidad de Stalin; se revisó el juicio a los médicos que lo habían atendido y que habían sido acusados de haber conspirado contra la salud del líder soviético fallecido. Además, se tomaron medidas para liberalizar

la relación entre Moscú y las repúblicas nacionales que conformaban la URSS.

Revuelta en Berlín Oriental

Mientras se producían estos cambios en la Unión Soviética, en la República Democrática de Alemania tuvo lugar la primera revuelta en la esfera comunista. El Partido Socialista Unificado de Alemania, con su primer secretario Walter Ulbrich a la cabeza, puso en marcha una serie de severas medidas económicas para paliar la grave crisis que padecía el país. Se aplicó una gravosa subida de impuestos y de precios y, a la vez, un endurecimiento de las condiciones laborales; los obreros habían de alcanzar un 10% más de la producción por el mismo salario, si no conseguían dichos objetivos, los sueldos disminuían. La situación, ya precaria de por sí, de los trabajadores de Alemania Oriental podría empeorar. La respuesta obrera no se hizo esperar. La huelga empezó el 16 de junio de 1953 y se extendió como el fuego por toda la nación en sólo veinticuatro horas. En Berlín Oriental se concentraron unos 400.000 manifestantes que exigían no sólo reivindicaciones laborales, sino demandas políticas. El gobierno de Ulbricht decidió aplastar la revuelta con el apoyo de la URSS. Dieciséis divisiones soviéticas y ocho mil miembros de la *Volkspolizei*, o policía del pueblo de Alemania Oriental, reprimieron duramente las protestas, que ocasionaron aproximadamente 500 muertos, más de 1.800 heridos y unos 5.100 detenidos. La revuelta de Alemania Oriental fue sofocada cruelmente. Las consecuencias no sólo repercutieron en el país germano, al fortalecer en el poder a Walter Ulbricht, sino que en la gran potencia comunista se produjo la caída de Laurenti Beria. El antiguo jefe de la seguridad soviética fue fulminante destituido y detenido bajo los cargos de colaboración con los occidentales y la acusación de ser un espía del capitalismo. El día 26 de junio de 1953 fue condenado a muerte y ejecutado. La última purga de corte estalinista recayó sobre el gran colaborador y ejecutor de las que se produjeron bajo el mandato de Stalin. Tras la caída de Beria, Jruschov, el miembro del Presidium peor situado para ser el

líder de la Unión Soviética según los analistas de Occidente, fue ganando cada vez más poder en el Politburó, a expensas de Malenkov. Hasta tal punto fue creciendo su influencia política en Moscú que, el 3 de septiembre de 1953, Nikita Jruschov era nombrado primer secretario del Partido Comunista de la Unión Soviética.

La guerra de Indochina

A pesar de que la política exterior de la URSS para con los países satélites de la Europa del Este se caracterizó por un control extremadamente férreo, los cambios en el liderazgo soviético condujeron a una reconsideración de la política internacional que inició una etapa de distensión en los conflictos abiertos durante la etapa estalinista en el Extremo Oriente. De este modo, el Kremlin apoyó la firma del armisticio que puso fin a la guerra de Corea y respaldó una solución negociada a la guerra en Indochina, entre Francia y las tropas del Viet Minh, comandadas por Ho Chi Minh.

La península de Indochina, formada en la actualidad por Camboya, Vietnam, Laos, Birmania y Tailandia, era una colonia francesa desde mediados del siglo XIX. La Segunda Guerra Mundial cambió totalmente el devenir de Indochina. El 22 de septiembre de 1940, Jean Decoux, el gobernador general francés de Indochina, nombrado por el gobierno de Vichy, después de la caída de Francia en manos de los nazis, llegó a un acuerdo con los japoneses que permitió que acantonaran 30.000 soldados en la península y la utilización militar de sus aeropuertos. En un principio, la colaboración de la administración francesa con las tropas niponas fue total. El 19 de mayo de 1941, Ho Chi Minh, el líder del Partido Comunista de Vietnam, fundó el Viet Minh o Liga para la Independencia de Vietnam. En su lucha contra la ocupación japonesa, las fuerzas de Ho Chi Minh llegaron a dominar parte del territorio norte de Vietnam, gracias a las guerrillas lideradas por el general Vo Nguyen Giap. Poco antes del final de la Segunda Guerra Mundial en Europa, las tropas japonesas se hicieron con el poder en Indochina tras someter al ejército francés,

por temor a que el contingente galo se volviera en su contra ante la cercanía de la derrota de Japón. Las fuerzas niponas obligaron a Dao Bai, el último emperador de Vietnam nombrado por los franceses, a proclamar la independencia de su país y a formar un gobierno títere de Japón, dentro de la Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental, organización que agrupaba a diversos países asiáticos bajo el liderazgo de Japón y libres de la influencia europea. La lucha del Viet Minh contra los japoneses continuó y empezó un periodo de cooperación con las fuerzas aliadas, proveyéndolas de información sobre los movimientos de las tropas japonesas en Vietnam. Tras la rendición de Japón en la Segunda Guerra Mundial, el Viet Minh, autoproclamado legítimo representante de las aspiraciones nacionalistas e independentistas, inició una sublevación general y consiguió apoderarse de Hanoi, la capital vietnamita. Ante las presiones del Viet Minh, Bao Dai abdicó y declaró su lealtad a la recién proclamada República Democrática de Vietnam el 2 de septiembre de 1945. El partido de Ho Chi Minh había salido triunfador de la lucha contra el invasor nipón, pero los franceses reclamaron su presencia colonial tras la Segunda Guerra Mundial. Con ayuda de las fuerzas de ocupación británicas, París se hizo con el control de la zona sur de Vietnam. Así, había a comienzos de 1946 dos Vietnam, uno comunista en la zona norte y otro prooccidental en el sur.

Las negociaciones entre los franceses y Ho Chi Minh lograron un acuerdo en marzo de 1946, que parecía prometer una solución de paz. Según el acuerdo, Francia reconocería al gobierno del Viet Minh y daría a Vietnam el status de estado libre dentro de la Unión Francesa, la organización gubernamental gala que establecía las relaciones políticas entre los países bajo el sistema colonial del antiguo imperio francés. Las tropas galas permanecerían en Vietnam, pero deberían retirarse progresivamente en un plazo de cinco años. Durante un breve período, los franceses cooperaron con Ho Chi Minh, que se había consolidado como el líder más importante de las fuerzas vietnamitas.

Sin embargo, a pesar de esta colaboración, las políticas de Francia y el Viet Minh eran irreconciliables. Mientras París aspiraba a reestablecer su dominio colonial, Hanoi quería la total independencia.

Las intenciones francesas quedaron claras con la decisión de Georges-Thierry d'Argentiev, el alto comisionado francés para Indochina, al crear la República Autónoma de Cochinchina, la zona sur de Vietnam, en junio de 1946. A finales de noviembre de ese mismo año, buques franceses bombardearon Hai Phong, causando varios miles de muertos civiles; la consiguiente tentativa del Viet Minh para aplastar a las tropas francesas en Hanoi, en diciembre, se considera por lo general el comienzo de la primera guerra de Indochina.

Confiados en un principio de su victoria, los franceses ignoraron durante mucho tiempo la causa política real de la guerra, el deseo del pueblo vietnamita, incluso de sus líderes anticomunistas, de alcanzar la unidad y la independencia de su territorio. El esfuerzo francés para tratar con estos asuntos era enrevesado e ineficaz. Los franceses reunificaron la Cochinchina con el resto de Vietnam en 1949, proclamando el Estado Asociado de Vietnam y nombraron al antiguo emperador Dao Bai jefe de Estado. Los más nacionalistas, no obstante, denunciaron estas maniobras, y el liderazgo en la lucha por la independencia permaneció en el Viet Minh.

Mientras, las tropas del Viet Minh realizaron una cada vez más exitosa guerra de guerrillas, apoyada desde 1949 por el nuevo gobierno comunista de China. Estados Unidos, temeroso por la expansión del comunismo en Asia, como una suerte de "teoría del dominó", envió abundantes paquetes de ayuda a Francia en el sur de Vietnam. Sin embargo, los franceses sufrieron un gran varapalo tras la caída de su guarnición en la ciudad vietnamita de Dien Bien Phu en mayo de 1954. Esto les obligó a acordar un alto el fuego y el final de la guerra con el Viet Minh en la Conferencia internacional de Ginebra entre abril y julio de 1954. En dicha reunión se estableció una división temporal del territorio vietnamita en dos zonas militares separadas por el paralelo 17, de una manera tan salomónica como se había hecho en Corea. Todas las fuerzas del Viet Minh dominarían el territorio al norte de la frontera, que pasaría a ser la República Democrática de Vietnam, en tanto que el sur lo controlarían las tropas francesas y las del Estado Asociado de Vietnam. También se determinó que el ejército francés debería irse retirando progresivamente del territorio

vietnamita, hasta completar su repliegue el 10 de abril de 1956. Asimismo, los firmantes se comprometían a celebrar elecciones generales democráticas en las dos zonas antes de julio de 1956.

A pesar de estos acuerdos, el primer ministro de Vietnam del Sur, Ngô Dinh Diem, un firme aliado de los estadounidenses nombrado por el emperador Bao Dai, se negó a celebrar las conversaciones preparatorias de las elecciones con su homólogo de Vietnam del Norte. El gobierno de Eisenhower, temeroso de que el Viet Minh venciera en las urnas, apoyó a Diem. De esta manera, el proyecto de unificación de Vietnam fracasó. Cada una de los estados que conformaban la península vietnamita se fueron reconstruyendo siguiendo las políticas divergentes de los dos bloques antagónicos. Vietnam del Norte empezó a reconstruirse con la ayuda de la Unión Soviética y China, colectivizando la agricultura y con un ambicioso plan industrial a imagen y semejanza de los soviéticos. En Vietnam del Sur, Ngô Dinh Diem manipuló las elecciones celebradas en octubre de 1955, y se hizo con el poder absoluto tras destituir a Bao Dai como jefe de Estado. La consolidación en el poder de Diem se reforzó con el respaldo financiero de Estados Unidos a su política anticomunista. Sin embargo, el objetivo del jefe de gobierno de Vietnam del Sur era el fortalecimiento de su ejército, de las fuerzas de seguridad y de su servicio de inteligencia, para controlar de forma totalmente represiva a todos los miembros considerados como opositores a su régimen, tanto en el plano religioso, como en el político. La represión ejercida por el régimen de Diem, así como la influencia de los comunistas de Ho Chi Minh, que era cada vez mayor entre la población del sur, fueron el caldo de cultivo que desembocaría posteriormente en la segunda guerra de Indochina, más conocida como la guerra de Vietnam.

La voz del Tercer Mundo

Al igual que ocurrió en Vietnam, el Tercer Mundo se sacudía del yugo del imperialismo. Ya el final de la Segunda Guerra Mundial trajo

consigo la independencia de India del dominio del Imperio británico, el 15 de agosto de 1947. El precio de la independencia fue muy alto. En primer lugar, se produjo la división del territorio en dos países distintos, India, de mayoría hindú, y Pakistán, cuya población era mayoritariamente musulmana; en segundo lugar, el subcontinente indio sufrió una cruenta guerra entre las dos recientes naciones; por último, el mayor defensor de la paz, Mahatma Gandhi, fue acribillado por un extremista hindú, Nathuram Vinayak Godse, el 30 de enero de 1948. Con todo, la liberación de India inició la caída de los caducos imperios europeos. La voz de las antiguas colonias se alzó en la Conferencia de Bandung, celebrada en esa ciudad de Indonesia entre el 18 de abril y el 24 de abril de 1955. En ella participaron veintiocho países: Ceilán, India, Birmania y Pakistán, que fueron los convocantes, Afganistán, Arabia Saudí, Camboya, China, Costa de Oro (que tras su independencia pasó a llamarse Ghana), Egipto, Etiopía, Irak, Irán, Japón, Jordania, Laos, Líbano, Liberia, Libia, Nepal, Filipinas, Siam, Sudán, Siria, Turquía, Vietnam del Norte, Vietnam del Sur, y Yemen. La Federación de África Central, que agrupaba a Rodesia del Norte, Rodesia del Sur y Nyasalandia, actual Malaui, fue la única nación que no aceptó la invitación.

Entre los líderes de los países participantes destacaron tres figuras: Gamal Abdel Nasser, presidente de la República de Egipto, Jawāharlāl Nehru, primer ministro de India, y el ministro de Asuntos Exteriores de la República Popular China, Zhou Enlai. Cada uno representaba una visión distinta en sus mensajes a los países del Tercer Mundo . Nasser abogaba por el panarabismo, que defendía la unidad árabe frente al joven Estado de Israel, que había conseguido su independencia de Gran Bretaña el 4 de mayo de 1948 y se había asentado en el territorio de Palestina. Esta visión panarabista chocaba con la reticencia de Nehru, por haber vivido los terribles acontecimientos de la guerra entre musulmanes e hindúes. Por su parte, la política de la República Popular China era vista con mucha desconfianza por parte de algunos países de la Conferencia, los cuales aspiraban a conseguir sociedades independientes, regidas por gobiernos democráticos elegidos libremente. Se recelaba del comunismo chino porque se le consideraba, aunque no expansionista, sí al menos intervencionista, lo que a la larga podría transformarse en

un imperialismo de nuevo corte, que, de una manera u otra, recogiera el relevo de los imperios capitalistas europeos.

Con todo, a pesar de las diferencias políticas, sociales y lingüísticas de cada uno de los países participantes, agrupados en el que daría en llamarse Movimiento de Países No Alineados, se redactó un comunicado común con diez puntos en el que se establecían los principios para una coexistencia pacífica. Estos acuerdos eran el respeto de los derechos humanos fundamentales, el respeto a la soberanía y la integridad territorial de todas las naciones, el reconocimiento de la igualdad de todas las razas y de todas las naciones, pequeñas o grandes; así como se comprometieron los países signatarios con la no intervención y la no injerencia en los asuntos internos de otros países, con el respeto al derecho de cada nación a defenderse individual y colectivamente; y firmaron su rechazo a acuerdos de defensa colectiva destinados a servir a los intereses particulares de las grandes naciones, fueran las que fueran, y a ejercer presión sobre otras naciones; prometieron abstenerse de actos o de amenazas de agresión o del empleo de la fuerza contra la integridad territorial o la independencia política de un país, solucionar todos los conflictos internacionales por medios pacíficos; asimismo, se comprometieron a cooperar y a promocionar los intereses comunes culturales, económicos… y, por último, a respetar la justicia y las obligaciones internacionales.

Desgraciadamente, el espíritu de Bandung no llegó a fructificar en su totalidad con el paso del tiempo. La promesa de neutralismo no se consiguió; revoluciones, golpes de Estado, guerras étnicas, injerencias imperialistas de las potencias se han sucedido en la historia de los países que se prometieron un futuro más próspero en Bandung.

Argelia, al final, no es Francia

Durante la primera conferencia de los Países no Alineados, Nasser fue un firme apoyo de los movimientos de liberación de los países

árabes del Magreb. Entre éstos, Argelia se había convertido desde 1954 en una herida lacerante para Francia, que, a la vez, se desangraba, como hemos visto, en Indochina.

Efectivamente, como si se hubiese aprovechado la debilidad mostrada por el imperio francés tras la derrota de Diên Biên Phu, el 1 de noviembre de 1954 estalló en Argelia una sublevación que se originó en las gargantas de Tighanimine. Los ataques a los colonos franceses, los llamados *pieds-noir*, se generalizaron por el territorio al sur de la ciudad de Constantina. El Frente de Liberación de Argelia (FLA), organización clandestina y guerrillera de carácter nacional, lideró la revuelta. Los colonos franceses respondieron a la agresión formando milicias defensivas: así comenzaba la guerra de Argelia.

El gobierno de París, liderado por Pierre Mendès France, reaccionó defendiendo a ultranza la pertenencia de Argelia a Francia, a través de las palabras de su ministro de Interior François Mitterrand al afirmar que “Argelia es Francia”. La actuación en una primera fase del conflicto consistió en una intervención en los territorios insurrectos que condujo a la detención de 2.000 sublevados. Aun así, la política de Mitterrand para Argelia se inclinó por un programa que propugnaba reformas económicas, administrativas y culturales, que tenían como fin una mayor integración de Argelia en Francia. Sin embargo, el FLN continuó con su objetivo de conseguir la independencia para el territorio argelino. Esta situación encendió el debate dentro de la sociedad francesa entre los que optaban por dar un mayor autogobierno a Argelia y los que no estaban dispuestos a admitir la secesión de la colonia y querían que continuase siendo un departamento galo. El terremoto argelino sacudió la política francesa. Edgar Faure sucedió a Mendès France como primer ministro, tras una moción de censura, el 5 de febrero de 1955, por la aplicación del estatuto de Argelia. Mientras, en el país africano continuaban los ataques guerrilleros del FLN durante todo ese mismo año, extendiéndose la inseguridad a todo el territorio. Asimismo, la violencia por ambas partes inició una escalada imparable; a cada atentado del FLN lo seguían duras operaciones de represalia, que cada vez radicalizaban más a los independentistas argelinos. Por su parte, el ejército francés duplicó sus efectivos de 60.000 hombres en

noviembre de 1954 a 120.000 en agosto de 1955, mediante el reclutamiento forzoso, lo que originó las primeras manifestaciones en Francia en contra de la intervención militar en Argelia.

El 2 de febrero de 1956 cambió el gobierno en París; el socialista Guy Mollet sustituyó a Edgar Faure. Este nombramiento no fue bien recibido por los *pieds-noirs*, que veían con suspicacia y desconfianza su política, que había permitido la independencia de Túnez el 20 de marzo de 1956 y la autonomía total de Marruecos el 28 de marzo de 1956. Mollet continuó con esta línea de concesiones e inició una serie de conversaciones secretas con el líder del FNL Muhammad Khider, que no consiguieron ninguna resolución, ya que el líder independentista planteó como condición *sine qua non* la independencia total de Argelia. Este fracaso de negociaciones decidió al primer ministro francés a pasar a la acción militar con todos los medios posibles. El conflicto argelino se había convertido ya en una guerra declarada. La población civil árabe había tomado partido en su mayoría por los rebeldes del FNL, al tiempo que eran movilizados los paracaidistas franceses, la tropa de élite del ejército galo, comandados por el general Jacques-Émile Massu. Los paracaidistas ocuparon prácticamente Argel, en un intento de aplastar a los insurgentes en la capital que sembraban el terror con continuos atentados. En el plano internacional, el FLN iba ganando cada vez más simpatía, incluso entre los comunistas franceses, que veían con total desagrado los métodos represivos del ejército francés en Argelia. Tras la retirada de las tropas francesas de Indochina, los mandos que habían luchado allí se incorporaron con sus tropas para reforzar los efectivos destinados en Argelia.

La crisis causada por el conflicto argelino provocó la caída en cadena de los primeros ministros franceses. Así, Guy Mollet fue sustituido por Maurice Bourgès-Maunoury el 13 de junio de 1957, el cual fue reemplazado a su vez por Félix Gaillard el 6 de noviembre de ese mismo año. Este último fue sustituido por Pierre Pflimlin el 15 de abril de 1958. Como el nuevo jefe de gobierno francés era claramente partidario de iniciar negociaciones de paz con el FLN, el rechazo entre la población francesa de Argelia y el ejército destinado allí fue total. El 13 de mayo de 1958 se produjo un asalto al Gobierno General de

Argelia, dirigido por Pierre Lagaillarde, oficial paracaidista de la reserva. El ejército se suma al golpe de Estado y el general Jacques Massu toma el mando de la rebelión, al crear un comité de salvación pública civil y militar en Argel presidido por él mismo. Los miembros del comité de Argel buscan el apoyo del general De Gaulle, ausente de la política francesa desde hacía más de una década. Ante la situación de extrema gravedad por la que pasa Francia, De Gaulle se ofrece como salvador de la patria el 15 de mayo al estar preparado para asumir los desafíos de la República. Su discurso es muy criticado por la clase política francesa, ya que aprovechaba el golpe de Estado y la actitud sediciosa de los militares destinados en Argelia, que habían sido abonadas por parte de los seguidores gaullistas. La grave crisis, que parecía abocar a una guerra civil, obligó a dimitir al primer ministro Pierre Pflimlin el 28 de mayo de 1958. El presidente de la República René Coty anuncia la candidatura a primer ministro de Charles de Gaulle, que había obtenido el visto bueno previo del comité de Argel. Con el apoyo de los sediciosos y de gran parte de la población francesa, el 1 de junio de 1958 la Asamblea Nacional Francesa apoya la investidura de Charles de Gaulle como jefe de gobierno francés. A pesar de que el nuevo primer ministro francés tenía el visto bueno de los golpistas argelinos y de que la guerra había dado un espectacular giro a favor de los franceses gracias a las acertadas intervenciones bélicas del general Maurice Challe, De Gaulle tenía sus propias ideas acerca del futuro de Argelia, ya que comprendía que el conflicto era una batalla perdida de antemano, que no podría alargarse mucho más en el tiempo y que podría fracturar aún más a la sociedad francesa, ampliamente dividida ante la situación. Ya como presidente de la V República Francesa desde enero de 1959, De Gaulle planteó la celebración de un referéndum para solucionar la situación argelina, en que se establecían las tres posibilidades para Argelia: su integración en Francia, la secesión o independencia total o una tercera vía intermedia, el estatuto de autonomía. Esta decisión del presidente de la República provocó un profundo malestar en el territorio africano, sobre todo, entre las facciones más extremistas de los *pieds-noirs*, que constituyeron milicias patrióticas con el fin de incitar al ejército a que se alzara y tomara el poder en Argelia. Unas declaraciones del general Massu en las que afirmaba su rotunda discrepancia con las ideas del presidente

francés provocaron su fulminante relevo de la 10ª División Paracaidista. Esta fue la gota que colmó el vaso de la insurgencia del ejército en Argelia. El 24 de enero de 1960 una gran multitud se atrincheró formando barricadas en Argel al grito de "¡Argelia francesa!" y "¡Viva Massu!". El general Challe, el héroe de la guerra, tuvo que decretar el estado de sitio. En París todos estos acontecimientos eran vistos como un grave acto de sedición, lo que provocó que la opinión pública se volcara en el apoyo de De Gaulle, al comprobar que Argelia sólo se había convertido en un nido de problemas para la metrópoli francesa. El 1 de febrero de 1960 la sublevación de las barricadas en Argel fue sofocada por la Gendarmería y los paracaidistas, los cuales rindieron honores militares a los rebeldes presentándoles armas. Los líderes de la sublevación son juzgados en París. Algunos de ellos, entre los que se encontraban el general Raoul Salan, Joseph Ortiz y Pierre Lagaillarde, huyen a España y fundan la OAS, la Organización del Ejército Secreto, que tenía como objetivo sabotear la independencia de Argelia mediante la acción terrorista directa. Sus acciones se recrudecieron a partir de la celebración del referéndum propuesto por De Gaulle para determinar el futuro de Argelia en enero de 1961. El 11 de abril de ese año, De Gaulle anunció en una conferencia de prensa que Argelia sería un Estado independiente. Sin embargo, los militares franceses destinados en el país africano no estaban dispuestos a admitir la secesión del territorio argelino y el día 23 de abril los generales Maurice Challe, André Zeller y Edmond Jouhaud tomaron el poder en Argelia y declararon el estado de guerra. Francia había sufrido un golpe de Estado en uno de sus territorios. En París se temía que los paracaidistas tomaran la capital y se redobló la vigilancia del espacio aéreo galo temiendo la llegada de aviones procedentes de África. Toda la sociedad francesa apoyó a su presidente ante su llamada en una alocución realizada a la 20:00 horas de ese mismo día, en la que le conminaba a emplear todos los medios para cortar el paso de la grave sedición. Ante el grave cariz que tomaba por momentos la situación, el 24 de abril, los generales golpistas comprobaron que sus apoyos por parte del ejército menguaban; gran parte de los mandos destinados en Argelia y la gran mayoría de la tropa se mantenía fiel al gobierno de París. El cuatorvirato de generales sublevados, Salan, Zeller, Jouhaud y Challe, había fracasado junto con su asonada ya el 24 de abril de 1961. El

general Salan se entregó a las autoridades francesas; los otros tres huyeron, aunque posteriormente fueron capturados y juzgados

El 12 de marzo de 1962 se firmaron los Acuerdos de Evian. En ellos se determinó un alto el fuego en todo el territorio argelino para el 19 de marzo. De esta manera se ponía fin a una guerra que había durado siete años y medio y que había dejado un rastro de más de 500.000 muertos entre franceses y argelinos y una profunda herida en el seno de la sociedad francesa. También se estableció un periodo de transición hasta el inminente referéndum de autodeterminación de Argelia y la liberación de los prisioneros. Al fin, el 3 de julio de 1962 se proclamó oficialmente la independencia de Argelia.

Intervenciones encubiertas de la CIA: los golpes de Estado en Irán y Guatemala

Todos estos movimientos independentistas irán formando poco a poco un nuevo mapa geopolítico mundial. En esta nueva configuración del mundo, los imperialismos europeos perderán gran parte de su poder y de su extensión. Este era, en realidad, uno de los objetivos que se propuso la política exterior estadounidense desde la posguerra de la Segunda Guerra Mundial. No obstante, el gobierno estadounidense de Eisenhower demostró que tenía un doble rasero a la hora de medir la injerencia en la política interna de los estados del Tercer Mundo. Mientras que tomó una actitud clara y a favor del mencionado debilitamiento de los imperialismos europeos, no dudó en intervenir activamente en la política interior allí donde veía peligrar sus intereses. Estados Unidos no vaciló en intervenir, a través de su Agencia Central de Inteligencia, la CIA, en el derrocamiento del primer ministro de Irán, Mohammad Mosaddeq, el 18 de agosto de 1953. El líder iraní, elegido democráticamente, había decretado la nacionalización del petróleo de Irán el 20 de marzo de 1951, con el apoyo de la mayoría parlamentaria. Esta medida fue llevada ante el Tribunal Internacional de La Haya y el Consejo de Seguridad de la ONU, por parte de Gran Bretaña, que era la máxima beneficiaria de la

explotación del crudo iraní. Mosaddeq, en su intervención ante los organismos internacionales, defendió apasionadamente el derecho de Irán sobre su petróleo. El Tribunal Internacional consideró que no tenía competencia ante ese asunto, con lo que prevaleció el derecho defendido por Mosaddeq, que continuó con una serie de profundas medidas políticas para modernizar y reactivar la economía y la sociedad iraní. Sus enfrentamientos con el sah Mohammad Reza Pahlevi tuvieron como consecuencia la destitución de Mosaddeq el 13 de agosto de 1953. Sin embargo, las revueltas populares a favor del ex primer ministro obligaron al sah y a sus familia a abandonar el país y a exiliarse en Roma, el 16 de agosto de ese mismo año. Dwight David Eisenhower, convencido de que el gobierno de Mosaddeq podría caer bajo la influencia de la órbita soviética, decidió intervenir apoyando a los británicos y a su servicio de inteligencia, el MI 6, para reponer en el poder al sah. Para ello, la CIA orquestó una operación encubierta cuyo nombre en clave era *Ajax*, oficialmente TP-AJAX. El responsable de dicha operación fue el director de la CIA, Allen Dulles; Kermit Roosevelt Jr., nieto del ex presidente estadounidense Theodore Roosevelt, se encargó de implementarla; el jefe de operaciones fue el agente de inteligencia Donald Wilber. Además, el general Norman Schwarzkopf (senior) fue enviado por la CIA a Roma con el objetivo de persuadir al sah para que volviera a Irán y retomara el poder. Los agentes de la CIA emplearon fondos a fin de que triunfara un golpe de Estado encabezado por el general Fazlollah Zahedi, que durante la Segunda Guerra Mundial había sido arrestado por los británicos por sus simpatías pro nazis; asimismo, sobornaron a saboteadores infiltrados en el partido comunista iraní, el *Tudeh* o Partido de las Masas de Irán, que asaltaron las calles de Teherán exigiendo una revolución comunista. Por otra parte, alentaron a los partidarios del sah, que, ante el cariz de la situación, también salieron a las calles para enfrentarse a los partidarios de la revolución. El caos fue aprovechado por el general Zahedi, apoyado incluso por el ayatolá Mohammad Behbahani, para instaurarse en el poder como primer ministro, arrestar a Mosaddeq y reprimir duramente la revuelta.

El sah Reza Pahlevi regresó a Irán el 22 de agosto de 1953. A partir de entonces se instauró en Irán una monarquía absoluta que habría de perdurar hasta la revolución islámica de 1979, liderada por

el ayatolá Ruholá Musavi Jomeini. Un gran número de miembros del partido Faduh fue encarcelado, torturado y finalmente ejecutado durante una cruel represión. El gobierno del sah, totalmente pro occidental, volvió a permitir a las potencias británica y estadounidense la explotación del crudo iraní; al mismo tiempo, el gobierno estadounidense se aseguró la pertenencia de Irán al bloque capitalista, lejos de la influencia soviética.

La experiencia de la CIA en el golpe de Estado de Irán de 1953 le sirvió de modelo para sus futuras actuaciones intervencionistas en las políticas de los países que fueran una amenaza para los intereses estadounidenses. Cualquier nación considerada hostil sería, a partir de entonces, susceptible de sufrir una operación encubierta de la CIA para conseguir derrocar a su gobierno.

Así ocurrió en Guatemala en junio de 1954. El presidente electo de la República de Guatemala, Jacobo Árbenz Guzmán, había emprendido durante su mandato toda una serie de importantes medidas económicas y políticas, entre las que estaba su reforma agraria; con ella nacionalizó la tierra no cultivada, que era propiedad de la poderosa multinacional estadounidense United Fruit Company. Esta acción fue el detonante para la intervención de Estados Unidos en Guatemala, ya que la reforma agraria de Árbenz fue tildada de ser una medida de carácter comunista y al propio presidente guatemalteco de ser un político pro soviético. Para probar plenamente los vínculos de Árbenz con la Unión Soviética, “Ike” Eisenhower dio luz verde a la operación encubierta de la CIA, cuyo nombre en clave era WASHTUB, que consistía en introducir falso armamento soviético en la Nicaragua del dictador Anastasio Somoza, desde Guatemala. El propio presidente nicaragüense declaró ante la prensa el 7 de mayo de 1954 que tenía pruebas fotográficas de la presencia de un submarino soviético en sus aguas territoriales. Esta era la demostración que necesitaban los estadounidenses para relacionar a Árbenz con Moscú y, por consiguiente, iniciar la ofensiva contra el presidente guatemalteco. Para ello prestaron su apoyo incondicional al teniente coronel en el exilio en Honduras, Carlos Castillo Armas, que encabezó un golpe de Estado cuyas consecuencias fueron la renuncia de Árbenz al poder el 27 de junio de 1954, el nombramiento como

presidente de la República de Guatemala de Castillo Armas el 8 de julio de ese mismo año, la disolución del Congreso, la abolición de la reforma agraria, la implantación de un durísimo régimen de opresión contra los opositores y, lo que más interesaba a Washington, la explícita defensa de los intereses económicos estadounidenses en el país centroamericano.

Cambios en Europa

Mientras el ejecutivo de Eisenhower llevaba a cabo sus acciones de injerencia a través de su servicio de inteligencia en las distintas zonas del globo, en Europa se sucedían los cambios políticos y estructurales de manera apremiante, según los parámetros de la Guerra Fría.

El canciller de la República Federal de Alemania, Konrad Adenauer, ante el desequilibrio de las fuerzas militares entre el bloque occidental y el soviético en Europa, pidió a los países ocupantes de Alemania Occidental, es decir, Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, que aumentaran sus efectivos y que permitieran a su país aumentar sus fuerzas defensivas mediante la ampliación de la policía y la creación de unidades militares dentro de un ejército europeo. Tras la guerra de Corea, los estadounidenses no descartaban la posibilidad de una expansión de la Unión Soviética por Europa, ante el rearme de la República Democrática Alemana. Por ello, eran partidarios de una República Federal de Alemania miembro de la OTAN. Sin embargo, la posición francesa era contraria a la creación de cualquier desarrollo militar de la Alemania bajo su control. Con todo, Estados Unidos y Gran Bretaña convencieron a su aliado francés para que aceptara la creación de la *Bundeswehr*, el ejército de la República Federal Alemana, y admitiera la proposición a favor de su entrada en la OTAN, hecho que se consumó el 6 de mayo de 1955.

Moscú no tardó en dar una respuesta al ingreso de Alemania Occidental en la OTAN. Ocho días después, el 14 de mayo de 1955, en la capital de Polonia, la Unión Soviética firmaba con sus países

satélites, Albania, Bulgaria, Rumanía, la República Democrática Alemana, Hungría, Polonia y Checoslovaquia el Pacto de Varsovia. La Yugoslavia de Tito no formó parte de dicha alianza por mantenerse dentro de los países no alineados, a pesar del acercamiento de Jruschov y del líder yugoslavo. Mediante este tratado político-militar de amistad, cooperación y asistencia mutua se firmaba fundamentalmente una alianza de defensa recíproca, análoga a la de la OTAN; en el caso de que cualquiera de estos estados fuera atacado, el resto de los países miembros se comprometía a proteger su territorio del agresor. El Pacto de Varsovia se creó, en fin, como un instrumento para que el líder soviético Nikita Jruschov dirigiera su política durante la Guerra Fría en Europa, no sólo con el objetivo de ser utilizado contra agresiones externas, sino también con el fin de aplastar las disidencias dentro del mismo bloque comunista, como ocurrió posteriormente, al incumplir claramente el artículo 8 en el que se establecía el respeto muto de la independencia y la soberanía de los países firmantes del Pacto de Varsovia, así como la no injerencia en sus asuntos interiores.

Otro acontecimiento también acaecido en 1955 sirvió para acabar con una de las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial. Austria, tras el final del conflicto, había sido dividida, al igual que Alemania, en cuatro sectores; uno administrado por la Unión Soviética, otro por Estados Unidos, el tercero por Gran Bretaña y el último por Francia. Ya desde principios de 1947 se iniciaron las negociaciones para poner fin a la ocupación, pero no fue hasta después de la muerte de Stalin cuando la situación de Austria se planteó formalmente. Julius Raab, el canciller austriaco, propuso la conversión de Austria en un país no alineado o neutral, según el modelo de Suiza. Esta propuesta es la que dinamizó el proceso de desocupación de Austria. Al fin, el 15 de mayo de 1955 se aprobó oficialmente el Tratado de Estado, que fue firmado por Vyacheslav Molotov, por parte de la Unión Soviética, Harold Macmillan, el ministro de Asuntos Exteriores británico, su homólogo francés, Antoine Pinay, el secretario de Estado de Estados Unidos, John Foster Dulles, y, por parte austriaca, por el ministro del Exterior, Leopold Figl. Mediante este tratado, Austria pasaba a ser un Estado soberano, independiente y democrático, aunque debía respetar una serie de condiciones, entre las que estaban mantenerse

neutral, no poder establecer alianzas militares con otras naciones, no unirse a Alemania, ni restaurar en el poder a la dinastía de los Habsburgo.

Revueltas en la esfera soviética

Tras todos los acontecimientos de 1955, el gran golpe de timón en la política soviética lo dio Jruschov en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión soviética, celebrado entre el 14 y el 26 de febrero de 1956. El líder de la URSS sorprendió a los miembros de su partido y al resto del mundo después, al pronunciar el 25 de febrero el llamado "discurso secreto". En él, como secretario general del partido, realizó una dura crítica al culto a la personalidad, en clara referencia a Jósif Stalin, y, basándose en las propias palabras de Karl Marx, rechazó todo intento de anteponer los héroes nacionales a las masas populares, auténticos motores de la historia, sólo representadas por el partido. Otro de los aspectos que trató Jruschov en su intervención fue su declaración de la coexistencia pacífica entre los dos bloques antagónicos como principio inspirador de la política exterior soviética.

El discurso de Jruschov finalmente no fue tan secreto. Su contenido, al menos en parte, fue conocido por los dirigentes de los principales partidos comunistas europeos, los servicios de inteligencia occidentales se hicieron con copias de él y la prensa extranjera terminó publicándolo. En la capital de la patria chica de Stalin, Tiflis, en Georgia, hubo manifestaciones tumultuosas a favor de la memoria del líder soviético fallecido, que se tornaron muy violentas y tuvieron que ser sofocadas por la policía y el ejército soviéticos.

A pesar de la revuelta georgiana, esta nueva postura de Jruschov que preconizaba un cierto alejamiento del estalinismo, así como la disolución de la Kominform el 17 de abril de 1956 y la previa reconciliación de Jruschov con el líder yugoslavo Tito, fue entendida en la Europa del Este como una actitud favorable por parte de Moscú ante los distintos caminos hacia el socialismo.

En algunos países el peso del estalinismo seguía sintiéndose inamovible, como una losa que anquilosaba la tan esperada evolución presagiada por el discurso del líder soviético. En Polonia, bajo las duras condiciones de trabajo impuestas a los obreros de la industrializada ciudad de Poznań, el 28 de junio de 1956 los trabajadores se declararon en huelga. Hubo manifestaciones multitudinarias, que no sólo coreaban eslóganes alusivos a la extremadamente precaria situación económica, simplemente pidiendo pan o denunciando que estaban hambrientos, sino que también reivindicaban cambios políticos con proclamas como "¡Queremos una Polonia libre!", "¡Abajo el bolchevismo!" o sencillamente "¡Libertad!". Una representación de delegados de los manifestantes pidió entrevistarse con Józef Cyrankiewicz, el primer ministro de la República Popular de Polonia, o con Eduard Ochab, primer secretario del Partido Obrero Polaco. El rumor de que los delegados habían sido arrestados desató la violencia. La intervención de la policía y el ejército polacos fue inmediata. Se produjeron más de medio centenar de muertos (la cifra varía entre 53 y 74) y más de 600 heridos. Durante el verano continuaron hasta llegar a su punto álgido en octubre de 1956. Los cambios políticos eran ya insoslayables. Eduard Ochab, ante la situación insostenible en Polonia, optó por un cambio en la dirección del gobierno al elegir al reformista Władisław Gomułka. Moscú vio con cierto recelo e inquietud la posible deriva de estas medidas aperturistas. La oposición de Jruschov ante la elección de Gomułka se manifestó en su visita a Varsovia con sus máximos colaboradores, el 19 de octubre de 1956, y en el envío de una brigada de carros de combate soviéticos a la capital de Polonia. No obstante, tras una serie de acaloradas y tensas discusiones, Jruschov tuvo que admitir el nombramiento del nuevo líder polaco, que era exigido con fervor por el pueblo e incluso por el ejército polaco. Además, los intereses de la Unión Soviética eran muy importantes en Polonia, lo que entraría en conflicto con un país levantado en armas. A pesar de que una de sus primeras resoluciones fue destituir al mariscal polaco-soviético Konstantin Rossokoski, ministro de Defensa que dirigió la dura y represiva intervención contra los manifestantes de Poznań, la Polonia de Gomułka se comprometió a mantenerse en el Pacto de Varsovia y a ser un fiel aliado dentro de la órbita soviética. Gomułka había evitado una segunda ocupación militar soviética de Polonia.

Carros de combate soviéticos en Budapest

De una manera muy distinta se desarrollaron los acontecimientos en Hungría. El país magiar estaba dirigido por un inflexible estalinista, Mátyás Rákosi, como presidente del Consejo de Ministros húngaro. Con la muerte de Stalin, Moscú determinó la destitución de Rákosi el 4 de julio de 1953 como presidente, cargo que pasó a ocupar Imre Nagy. En él veía la Unión Soviética al líder idóneo para romper con el estalinismo que imperaba en Hungría; sin embargo, Rákosi no fue eliminado del poder, puesto que ostentaba el cargo de secretario general del Partido de los Trabajadores. Con todo, en Hungría empezaba a latir una corriente que exigía transformaciones, fundamentalmente compuesta por intelectuales que se agrupaban alrededor del Círculo de Petöfi, foro de la intelectualidad de Budapest. Por otro lado, Nagy había comenzado una serie de medidas liberalizadoras que alarmaron a los sectores más retrógrados y reaccionarios del poder, que finalmente acabaron sustituyendo a Nagy como presidente del Consejo de Ministros, el 18 de abril de 1955, por András Hegedüs. La involución en la política húngara había triunfado. Pero este éxito tenía los días contados. El inicio de la desestalinización, la crítica del culto a la personalidad desde el Politburó soviético y el acercamiento de Moscú al líder yugoslavo Tito tuvieron como consecuencia la determinación de desembarazarse de Rákosi, por su exacerbado antititoísmo y su incapacidad para resolver los problemas internos de Hungría. Para dar una solución a este atolladero político, Anastás Mikoyán, miembro del Politburó soviético, voló a Budapest el 17 de julio de 1956 y destituyó del cargo de secretario del partido a Rákosi, simulando una falsa enfermedad de este último. La elección de su sucesor no fue acertada. El nuevo secretario y hombre fuerte de Hungría era Ernö Gerö, otro líder húngaro de probados principios estalinistas.

En el país magiar se siguieron con expectación las revueltas de Polonia. Tras la ascensión al poder de Gomułka, se produjeron multitudinarias manifestaciones en Budapest con la excusa de la

celebración de dicho nombramiento. El día 22 de octubre, los alumnos de la Universidad Técnica de Budapest organizaron una masiva manifestación que fue enseguida secundada por el resto de la sociedad. Al día siguiente los estudiantes plantearon sus demandas en un manifiesto en el que exigían, entre otras peticiones, el repliegue de las tropas soviéticas de Hungría, la retirada de la gigantesca estatua de Stalin por ser una representación de la tiranía y la opresión política, la completa libertad de expresión y de prensa, que Imre Nagy reemplazara a András Hegedüs como primer ministro, la convocatoria de elecciones libres, una nueva relación de amistad con la URSS, pero sobre bases nuevas fuera del Pacto de Varsovia, la libertad de los presos políticos, incluso los que todavía se hallaban en la Unión Soviética y, por fin, una Hungría socialista e independiente. Ante la magnitud de la protesta, el gobierno de Gerö actuó de manera indecisa; al principio la prohibió y después la permitió. Los manifestantes portaban fotografías de Imre Nagy y pedían su ascenso al poder; también enarbolaban la bandera roja, blanca y verde de Hungría, pero con el escudo comunista arrancado. Una masa enfurecida llegó a derribar la estatua de Stalin en el centro de Budapest. Ante el rumbo tan violento que estaban tomando las protestas, Gerö, desbordado por la situación, pidió la intervención de las tropas soviéticas, que no dudaron en sacar los carros de combate por las calles de Budapest. La represión se saldó con unos 350 muertos y miles de heridos. Fue la sentencia política de Gerö, que tuvo que admitir el nombramiento de Imre Nagy como primer ministro de Hungría. Sin embargo, los actos de protesta se fueron convirtiendo en una auténtica insurrección armada; parte del ejército húngaro se unió a los sublevados; estos se armaron como una verdadera guerrilla urbana. Los manifestantes consiguieron que Gerö fuese sustituido por János Kádár, que se convertiría en una figura clave al final de la revuelta. Los soviéticos se fueron retirando el día 29 de noviembre de 1956, cuando aún Nagy no había podido contener el caos que se había apoderado de las calles de Budapest. Su máxima expresión se produjo el 30 de octubre, cuando una multitud descontrolada asaltó la sede de la policía secreta húngara, la odiada ÁHV, la Autoridad de Protección del Estado, y asesinó a un gran número de policías, cuyos cadáveres fueron ultrajados en la vía pública al ser colgados cabeza abajo. A su vez, Nagy seguía con su política de cambios, que culminó

el 31 de octubre al anunciar por la radio que Hungría saldría del Pacto de Varsovia y que declararía su neutralidad. Estas propuestas fueron la gota que colmó el vaso de la paciencia de la Unión Soviética. El 1 de noviembre las tropas soviéticas invadieron Hungría con siete divisiones, 200.000 soldados y 3.5000 carros de combate. Era el principio del fin del sueño húngaro. János Kádár, a pesar de que el 2 de noviembre pedía ayuda para el gobierno de Nagy en un discurso retransmitido por radio, con el apoyo de Moscú, cuyos soldados ya dominaban Budapest, formó un nuevo gobierno el 4 de noviembre para aplastar las fuerzas de los revolucionarios, a los que él mismo había pertenecido. La traición había triunfado en Hungría y con ella una terrible represión posterior. Unos 20.000 húngaros fueron internados en campos de concentración, 12.000 resultaron deportados a la URSS y 200.000 optaron por el exilio. El mismo Imre Nagy fue encarcelado, sometido a un juicio secreto y enviado a la horca el 17 de junio de 1958.

La crisis de Suez

En el fuero interno de los rebeldes húngaros, fundamentalmente en aquellos que abogaban por un cambio democrático, anidaba la esperanza de que los países occidentales, con Estados Unidos a la cabeza, apoyarían la revuelta de Hungría, haciendo frente a la injerencia e invasión soviética del territorio magiar. Sin embargo, a más de 5.000 kilómetros de Budapest, al mismo tiempo que la revuelta húngara llegaba a su cénit, gran Bretaña y Francia, junto a Israel, estaban librando la guerra de Suez.

El 22 de julio de 1952 había triunfado en Egipto un golpe de Estado que derrocó al rey Faruk I. El alzamiento fue liderado por el Movimiento de Oficiales Libres, una organización clandestina de militares fundada por Gamal Abdel Nasser, Anwar el-Sadat y otros mandos del ejército egipcio, cuyos objetivos eran el derrocamiento de la corrupta monarquía egipcia, el final de la ocupación británica de Egipto y Sudán, la aplicación de reformas con el fin de conseguir la

justicia social para el pueblo egipcio, así como restaurar el honor del ejército por su derrota en la guerra árabe-judía de 1948. Tras el destronamiento de Faruk I, se nombró como primer presidente de Egipto al general Muhammad Naguib, que era considerado un héroe por su prestigio militar. Sin embargo, pronto hubo disensiones entre Naguib y su vicepresidente Gamal Abdel Nasser. En el enfrentamiento político venció Nasser, que paulatinamente fue ganando poder, hasta relegar cada vez más a Naguib. El antiguo general terminó renunciando a la presidencia en noviembre de 1954. Con Nasser ya encumbrado en el poder, se tomaron una serie de medidas de corte social y económico, como la reforma agraria, una campaña para acabar con el analfabetismo y la modernización de los medios de producción. Pero el proyecto más ambicioso de la política de Nasser era la construcción de la presa de Asuán, para evitar las inundaciones producidas por las crecidas del río Nilo. El problema era la financiación del proyecto. En principio, el Banco Mundial prestaría los fondos para la realización de la obra, pero la presión de Estados Unidos hizo fracasar el préstamo. El gabinete de Eisenhower no veía con buenos ojos la postura de acercamiento de Nasser al bloque comunista, aunque se había erigido como el más firme paladín de los Países No Alineados. La frustración del presidente de Egipto por la negativa del préstamo y por la imposibilidad subsiguiente de la construcción de la presa, lo llevó a tomar una medida tajante; decidió nacionalizar la Compañía del Canal de Suez, de esta manera podría financiar la construcción de la represa. Y así lo anunció ante una multitud en la plaza de Muhammad Alí de Alejandría el 26 de julio de 1956.

Ni Gran Bretaña ni Francia admitieron la nacionalización del Canal, a pesar de las compensaciones e indemnizaciones a los accionistas y de la promesa de libertad de navegación. Estados Unidos también expresó su desacuerdo y condena del hecho. Sin embargo, las posturas de las tres potencias ante la crisis no eran las mismas. Mientras el gobierno de Eisenhower era partidario de una solución diplomática y dialogada, los gabinetes británico y francés se decantaron por las medidas militares. A su vez el gobierno israelí de Ben Gurión se preparó para una guerra preventiva con el objetivo de acabar con las amenazas árabes sobre sus territorios y anexionarse la

península del Sinaí. La operación conjunta entre franceses, británico e israelíes se planeó en la ciudad francesa de Sèvres entre el 22 y el 23 de octubre. A ella asistieron Guy Mollet, primer ministro francés y su ministro de Asuntos Exteriores, Christian Pineau; por parte británica, los representantes fueron Selwyn Lloyd, ministro de Asuntos Exteriores, y su adjunto Patrick Dean; y, por último, David Ben Gurión, el primer ministro de Israel y el general Moshe Dayan. La operación "Mosquetero", nombre dado a la ofensiva, se inició el 29 de octubre con la invasión israelí de la península del Sinaí, cuya ocupación estaba totalmente terminada el 1 de noviembre de 1956. El 5 de noviembre, paracaidistas franceses y británicos tomaron Port Saíd con el apoyo marítimo y aéreo de sus ejércitos. El camino hasta Suez de las tropas invasoras, al ir victoria tras victoria, estaba expedito. Sin embargo, la triple alianza estaba perdiendo la batalla diplomática. La URSS solicitó una reunión urgente del Consejo de Seguridad de la ONU para exigir la retirada de las tropas británicas, francesas e israelíes. El Kremlin también llegó a amenazar con un ataque de misiles a los dirigentes de los tres países; no obstante, esta provocación fue tomada en Occidente como una baladronada de Jruschov. Con todo, sí tuvo una respuesta inmediata la amenaza de Eisenhower al primer ministro británico Anthony Eden, cuando el presidente estadounidense le telefoneó para advertirle de que si no detenía las operaciones militares en Suez, el Tesoro estadounidense no respaldaría económicamente a una libra esterlina cada vez más débil. Este aviso, así como la oposición a la guerra en amplios sectores de la sociedad británica, obligaron a Eden a terminar su aventura bélica. Francia tomó, al quedarse aislada, la misma decisión. El 7 de noviembre de 1956 terminaron las hostilidades. Israel se mantuvo en la península del Sinaí hasta marzo de 1957, momento en que se retiraron sus tropas.

Las consecuencias de la crisis de Suez no se correspondieron con la evolución de la guerra. Los vencedores del conflicto armado se tuvieron que retirar de Egipto. Nasser salió victorioso gracias a la diplomacia extranjera, aunque perdió todas las batallas bélicas en la guerra; mantuvo la nacionalización del Canal de Suez y salió reforzado políticamente en su país.

La crisis de Suez mostró la debilidad de los antiguos imperios británico y francés y la moderna pujanza de las dos superpotencias que lideraban la Guerra Fría: Estados Unidos y la Unión Soviética.

Cuba: la revolución de "los Barbudos"

Mientras el conflicto del Canal de Suez llegaba a su fin, un pequeño barco zarpaba desde la ciudad mexicana de Tuxpán rumbo a Cuba. En el pequeño navío iban embarcados 82 jóvenes revolucionarios que cambiarían la historia de la pequeña isla caribeña y los sucesos posteriores de la Guerra Fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética. El nombre la embarcación era *Granma* y entre los principales líderes que comandaban la expedición estaban Fidel Castro, su hermano Raúl, Camilo Cienfuegos y un argentino que con el paso del tiempo se convertiría en el icono arquetípico del guerrillero, Ernesto "Che" Guevara. Su intención era derrocar al corrupto régimen del dictador cubano Fulgencio Batista y Zaldívar y no era la primera intentona liderada por Fidel Castro. Ya el 26 de julio de 1953 junto con 135 revolucionarios intentó la toma del cuartel de Moncada. La operación fracasó, al igual que el asalto al cuartel de Bayamo y al cuartel Carlos Manuel de Céspedes. En ambas intentonas cayeron seis revolucionarios durante la lucha, sin embargo, el régimen de Batista aplicó una feroz represión al asesinar a 55, tras ser cruelmente torturados. Fidel Castro fue detenido; tras ser juzgado el 21 de septiembre de 1953, y condenado a quince años de prisión. Una amnistía le permitió salir de prisión en 1955 y se exilió en México en mayo de ese mismo año. Su intención era organizar un grupo guerrillero para invadir Cuba. Con este fin, Castro fundó el Movimiento 26 de Julio, que agrupaba a los revolucionarios que embarcaron en el *Granma* el 25 de noviembre de 1956 con destino a la isla de Cuba, a donde llegaron el 2 de diciembre. El factor sorpresa con el que contaban para la invasión falló y los expedicionarios fueron localizados por las tropas de Batista. Sólo doce revolucionarios, entre los que se encontraba el propio Fidel Castro, consiguieron ponerse a salvo refugiándose en Sierra Maestra. A partir de ese momento, se inició

una guerra de guerrillas a la que poco a poco se fueron adhiriendo cada vez más simpatizantes, primero en las zonas rurales y después en las ciudades. El 12 de julio de 1957 Fidel Castro, Felipe Pazos y Raúl Chibás firmaron el Manifiesto de Sierra Maestra, en el que se comprometían a celebrar elecciones generales y entregar el poder al candidato que resultase elegido, dándose así al pueblo cubano la libertad tan ansiada. Desde Sierra Maestra Castro lanzó una llamada al pueblo cubano para que el 9 de abril de 1958 realizara una huelga general que paralizara el país; no obstante, fue un fracaso al no ser secundada por los sindicatos ni por el Partido Comunista de Cuba, hasta ese momento totalmente desvinculado del Movimiento 26 de Julio. La represión ejercida por las fuerzas de Batista contra los huelguistas fue tal que contribuyó a engrosar las filas revolucionarias. Ante esta situación, Batista arremetió contra los hombres de Castro enviando el 24 de mayo de 1958 diecisiete batallones contra los rebeldes en la "Operación Verano", pero los revolucionarios consiguieron contenerlos tras una serie de victorias sorprendentes. Miembros del ejército comienzan a desertar. El régimen de Batista está cada vez más débil y aislado. El embajador estadounidense en Cuba, Earl Smith, le comunicó al dictador cubano que Washington ya no apoyaría más su régimen. Por fin, el 1 de enero de 1959 Batista huía de Cuba, al tiempo que Ernesto "Che" Guevara y Camilo Cienfuegos entraban en La Habana y formaban un gobierno en el que estaban representadas todas las fuerzas de la oposición. El 8 de enero de 1959 hacía su entrada Fidel Castro. La revolución de los Barbudos había triunfado.

La invasión de Bahía de Cochinos

Ni el Movimiento 26 de Julio, ni su líder, Fidel Castro, eran comunistas. Durante la insurrección, los comunistas cubanos no tuvieron gran influencia entre los revolucionarios, aunque algunos de ellos, como Raúl Castro o el propio "Che", sí lo eran. No fue hasta julio de 1958 cuando miembros del Partido Comunista Cubano se incorporaron al Ejército Rebelde castrista, como, por ejemplo, Carlos

Rafael Rodríguez.

Sin embargo, el gobierno de Fidel Castro, ya asentado en el poder, comenzó una serie de medidas políticas, económicas y sociales que produjeron gran alerta en Washington. Durante el primer ejecutivo de Castro se creó el Instituto Nacional de Reforma Agraria, bajo la dirección del propio Fidel. Esta institución se ocuparía de implementar la Ley de Reforma agraria, que proponía medidas radicales como establecer la política económica azucarera, en puridad, la base de la exportación agraria cubana, la expropiación de los latifundios, las nacionalizaciones de las empresas privadas y extranjeras. La aplicación de esta política tuvo como consecuencia inmediata que el 3 de enero de 1961 Estados Unidos rompiera las relaciones diplomáticas con Cuba. La revolución, que en un principio había sido vista con tan buenos ojos por parte del ejecutivo de Eisenhower porque se pensaba que podría suponer la creación de un gobierno que acabara con la corrupción de la dictadura de Batista y con el que triunfara la democracia en el país antillano, se convirtió en un enemigo potencial a 166 kilómetros de la costa estadounidense, ante la deriva política de Castro. El anticomunismo del gabinete de Eisenhower no podía permitirlo, ya que el éxito de la revolución comunista de Castro podría influir en otros países de América, según su “teoría del dominó”, de manera que una tras otra, las repúblicas sudamericanas podrían caer bajo la influencia soviética. Para evitarlo había que cortar de raíz la cabeza de la serpiente. Así, Washington inició una larga campaña para derribar a Fidel Castro del poder.

El 20 de enero de 1961 John Fitzgerald Kennedy fue elegido trigésimo quinto presidente de Estados Unidos. Al llegar a la Casa Blanca, el director de la CIA, Allen Dulles, y su director adjunto Richard Mervin Bissell comunicaron al nuevo presidente que ya estaba en marcha una operación para invadir Cuba, aprobada por Eisenhower, a la que se le había asignado un presupuesto de 13 millones de dólares. Las fuerzas invasoras estaban compuestas por exiliados cubanos partidarios de Batista y por fuerzas especiales estadounidenses, así como por agentes de la propia CIA. Desde 1960 los expedicionarios fueron entrenados en Guatemala, Nicaragua y Florida por militares estadounidenses. Los asaltantes, encuadrados en

la llamada “Brigada 2056”, estaban pertrechados por 8 barcos y 7 lanchas de desembarco, 16 bombarderos B-26, 14 aviones de transporte, aparte de armamento ligero y pesado. La CIA contaba con una presuposición que, a la postre se probaría falsa; creían que el pueblo cubano se levantaría en armas contra Fidel Castro, al que el gabinete estadounidense consideraba un tirano. Kennedy impuso la condición insoslayable de que el ejército estadounidense no participara directamente en la invasión.

El ataque a la isla de Cuba se inició el 15 de abril de 1961, cuando bombarderos B-26 estadounidenses, pilotados por militares anticastristas cubanos atacaron los aeropuertos de La Habana, Santiago de Cuba, San Antonio de los Baños y Ciudad Libertad. Los ataques no tuvieron el éxito esperado por las fueras anticastristas y estadounidense; la aviación cubana había recibido escasos daños. Además, ese mismo día ante la ONU, el embajador cubano Raúl Roa denunció a Estados Unidos por estar tras el ataque y la inminente invasión de Cuba. Ante esta situación y por el deseo de que no se mezclara a Estados Unidos con la Brigada 2056, Kennedy no permitió más ataques aéreos de los bombarderos B-26. Aun así, la intentona de invasión continuó y el 17 de abril de 1967, 1.200 mercenarios anticastristas desembarcaron en la Playa Larga y en Playa Girón, también conocida como Bahía de Cochinos. Ese mismo día, todas las fuerzas cubanas estaban en estado de máxima alerta. El desembarco se realizó sin la necesaria cobertura aérea, pero consiguieron avanzar 10 kilómetros tierra adentro para hacerse con las carreteras de acceso al lugar. Las tropas cubanas leales iniciaron un ataque a gran escala y consiguieron reducir a los atacantes en menos de 48 horas. Las fuerzas invasoras, sin ninguna posibilidad de victoria o de retirada, se rindieron el día 19 de abril. De la Brigada 2506, 1.189 hombres fueron capturados y más de un centenar cayeron abatidos en la frustrada invasión de Bahía de Cochinos. Fidel salió plenamente fortalecido de esta victoria y su giro hacia la esfera soviética se acentuó, declarando a su régimen político marxista-leninista. Mientras, aunque el gobierno de Estados Unidos recibió un fuerte revés por el fracaso de la invasión y el derrocamiento de Castro, Kennedy no se amilanó en su política anticubana y decidió asfixiar económicamente a la isla caribeña, con la ayuda de los regímenes dictatoriales latinoamericanos vecinos que

aprobaron la expulsión de Cuba de la OEA, la Organización de Estados Americanos, el 30 de enero de 1962. Estos mismos países firmaron la Alianza para el Progreso, un programa de ayuda económica de Estados Unidos dirigido a los países de América Latina que defendieran los valores políticos democráticos aunque muchos de ellos eran dictaduras totalitarias y militares y para que abrazaran el sistema capitalista. En realidad, el objetivo principal del ejecutivo estadounidense era frenar el avance de la influencia soviética en América, para que los distintos países no siguieran el ejemplo del castrismo cubano.

Berlín dividida: El muro de la vergüenza

Entre tanto, en Europa, la madrugada del 12 al 13 de agosto de 1961 se empezaba a construir el icono por antonomasia de la separación del mundo en dos bloques: el muro que dividirá la ciudad de Berlín. La construcción del *Antifaschistischer Schutzwall* o 'Muro de Protección Antifascista', como se denominaba oficialmente en la República Democrática de Alemania, fue la respuesta de dicho país comunista para frenar el incontrolable flujo de ciudadanos que huían hacia el sector occidental de Berlín. Esta huida alcanzó sus más altas cotas en las primeras semanas de agosto de 1961, cuando emigraron más de 47.000 berlineses del Este. La razón de este éxodo masivo se debió a que la decisión de levantar el muro desencadenó la multitudinaria salida de todos los que tenían la intención de marcharse en un futuro al sector occidental. El gobierno de Walter Ulbricht justificó la construcción de la valla para evitar la entrada de espías en su territorio, pero la razón de fondo era evitar la fuga de los ciudadanos de Berlín Oriental, fundamentalmente, la de trabajadores especializados que tenían un futuro más próspero en el otro lado del muro y la de los disidentes que buscaban un lugar más libre.

Para intentar frenar estas fugas, diez mil policías del pueblo (los *Volkpolizist* o *Vopos*) y dos divisiones acorazadas tomaron los puntos que comunicaban Berlín Este con Berlín Oeste. La medida del

gobierno de la República Democrática Alemana afectó no sólo a los berlineses orientales, sino también a los occidentales, puesto que se les negó la posibilidad de visitar a sus seres queridos. Esto produjo graves altercados en Berlín Occidental. Su policía tuvo que sofocar a las masas de sus conciudadanos que se manifestaban violentamente contra el levantamiento del muro que los separaba de sus familiares y amigos. El propio alcalde de Berlín Occidental, Willy Brandt, hubo de calmar a los airados manifestantes exhortándoles a abandonar las acciones violentas que podrían desencadenar un luctuoso enfrentamiento con los *Vopos*.

Mientras tanto, los alemanes orientales continuaban haciendo el muro más impermeable; cerraron los canales de la ciudad que comunicaban las dos zonas, tendiendo redes metálicas; acto seguido talaron los bosques para evitar que sirvieran como escondites naturales a quienes pretendían pasar al Oeste. Se derrumbaron los bloques de edificios de la zona oriental cuyas ventanas daban a la occidental, y por las que las familias de descolgaban para simplemente cruzar una calle y pasar así al Berlín Occidental.

El paso de franceses, estadounidenses y británicos de un sector a otro en ningún momento fue prohibido, por lo que los acuerdos sobre la administración de Berlín no habían sido violados. Esta situación ataba las manos de los aliados para poder actuar ante el muro de Berlín, ya que los acuerdos que regulaban la situación de las dos Alemanias eran un tratado de ocupación y, por lo tanto, el respeto a las potencias vencedoras se mantenía escrupulosamente. Aun así, los aliados occidentales reforzaron su guarnición, sobre todo la estadounidense, que aumentó su dotación en 1.500 hombres. Esta situación llegó a momentos de gran tensión, en los que los carros de combate soviéticos y estadounidenses se enfrentaron en las calles de Berlín, aunque sin abrir fuego.

A la par que el muro de Berlín se reforzaba en la ciudad, se fue convirtiendo en la verdadera demarcación de la frontera de dos Alemanias. A los alemanes orientales no sólo se les prohibió pasar de un sector a otro de la ciudad de Berlín, sino que no podían acercarse a menos de tres kilómetros del muro fronterizo de su país.

Los berlineses poco a poco se fueron acostumbrando a vivir separados por el “Muro de la Vergüenza”, convertido en una herida sangrante en pleno corazón de Alemania, por todos los hombres que murieron intentando cruzarlo.

La escalada atómica y la carrera espacial

El muro de Berlín se convirtió en el legado más representativo de la separación bipolar recibida por el mundo tras la Segunda Guerra Mundial, pero la herencia más ominosa de dicho conflicto fue la escalada atómica en la que se embarcaron Estados Unidos y la Unión Soviética. El objetivo estratégico que había detrás de esta carrera por el poder atómico era que cada superpotencia se asegurara de que su adversario no tomase ventaja en su capacidad para una posible guerra nuclear. Asimismo, se buscaba disuadir al enemigo de lanzar un ataque preventivo nuclear. Esta idea fue la que estableció las bases de la doctrina de la *Represalia Masiva*, adoptada por el gobierno de Dwight David Eisenhower tras su exposición por parte de secretario de Estado estadounidense John Foster Dulles, en un discurso el 12 de enero de 1954. En su alocución, estableció los tres principios en los que se basaba. En primer lugar, en el caso de un ataque soviético, Estados Unidos utilizaría el arma nuclear; en segundo lugar, esta respuesta inmediata no se ceñiría al lugar donde se produjese la agresión. Por último, Dulles anunció que cualquier país del bloque comunista sería susceptible de un ataque nuclear estadounidense, incluido el territorio de la Unión Soviética. Siguiendo esta política de disuasión, Estados Unidos detonó el 28 de febrero de 1954 en el atolón de las islas Bikini, en la Micronesia, la bomba termonuclear *Castle Bravo*, que produjo la mayor explosión nuclear conocida hasta la fecha. La potencia de la detonación superó cinco veces la esperada. Esto dio lugar a una lluvia radiactiva que se extendió a millares de kilómetros y afectó a las islas cercanas y a un barco pesquero japonés. A pesar de que las terribles consecuencias de la radiación hicieron que los dirigentes mundiales tomaran conciencia del peligro que supondría para la vida en el planeta un

conflicto nuclear a gran escala, la carrera atómica y las pruebas nucleares no cesaron. El 15 de mayo de 1957 Gran Bretaña explosiona una bomba H en el Pacífico; el 13 de febrero de 1960 la primera bomba atómica francesa es probada en el Sahara. Al año siguiente la Unión Soviética detonó en el archipiélago de Nueva Zembla, en el Océano Ártico, la *Bomba del Zar*, que produjo la explosión atómica más poderosa de la historia, con una energía liberada de 50 megatones. Esta escalada nuclear obedecía a los parámetros de la estrategia de *Destrucción Mutua Asegurada*, cuyas siglas en inglés, *MAD*, coinciden con la palabra homónima que significa 'loco'. Conscientes de que un conflicto nuclear entre las dos potencias a principios de la década de los 60 supondría el fin de la vida en la Tierra, los gobiernos de Estados Unidos, Gran Bretaña, la URSS y otros 110 países más firmaron el Tratado de Prohibición Parcial de Ensayos Nucleares, que entró en vigor el 10 de octubre de 1963. Con este acuerdo multilateral se aminoró la carrera armamentística atómica y, con ello, las detonaciones nucleares y la contaminación de los residuos en la atmósfera ocasionados por las explosiones. El mundo parecía que podía respirar al menos un poco más seguro a partir de 1963. El tiempo demostraría que esta apreciación de los dirigentes mundiales era totalmente errónea.

Paralelamente a la carrera armamentística nuclear, las dos superpotencias compitieron durante la Guerra Fría por el control del espacio. Los primeros en tomar ventaja fueron los soviéticos, al conseguir lanzar con éxito el 4 de octubre de 1957 el satélite artificial *Sputnik I*. Este acontecimiento propició toda una conmoción en Estados Unidos, ya que la opinión pública observó con temor y preocupación cómo uno de los países que más pérdidas había sufrido durante la guerra se había alzado como la primera potencia en conquistar el espacio. Pero este no fue el único logro conseguido por los soviéticos con el que superaron a los estadounidenses, puesto que el 3 de noviembre de 1957 consiguieron lanzar al espacio al primer ser vivo, la perra *Laika*. En su intento por no quedarse rezagados, los estadounidenses lanzaron cuatro meses después del *Sputnik I*, el 31 de enero de 1958, su primer satélite, el *Explorer I*. Los derroteros que iba adquiriendo la carrera espacial entre las dos superpotencias suponían una grave humillación para un país como Estados Unidos,

que creía estar en la punta de lanza de la investigación científica en todos los campos. El papel de segundón de Estados Unidos, al que no estaban acostumbrados sus habitantes, sobre todo desde la Segunda Guerra Mundial, quedó reflejado con otro hito en la carrera espacial que distanció a los estadounidenses y a los soviéticos. Cuando éstos fueron capaces de enviar al espacio al primer ser humano que orbitó la Tierra, al cosmonauta Yuri Gagarin a bordo del *Vostok I*, el 12 de abril de 1961. Este nuevo logro soviético se sintió como una afrenta al orgullo estadounidense, como se desprende de las palabras del propio vicepresidente de Estados Unidos, Lyndon B. Johnson, que defendía la idea de que ser el segundo en el espacio significaba ser el segundo en todo, y esa era la opinión extendida por todos los estadounidenses. Para Kennedy era una obsesión que Estados Unidos liderara la carrera especial, al lograr mandar a un hombre a la Luna, sueño que no pudo ver realizado.

La crisis de los misiles cubanos

La invasión de Playa Girón o Bahía de Cochinos fue percibida en Moscú como un flagrante acto de agresión a un país pro soviético. Como habitualmente venía ocurriendo durante toda la Guerra Fría entre las dos superpotencias, la tercera ley de Newton se aplicaba indefectiblemente, es decir, a cada acción le ocurría una reacción igual y contraria. El día 16 de octubre de 1962 el presidente de Estados Unidos, John Fitzgerald Kennedy, fue informado de la reacción soviética. Dos días antes, un avión espía estadounidense U-2 había descubierto la construcción de bases de misiles soviéticos en Cuba. Efectivamente, Nikita Jruschov había mandado instalar bases de misiles intermedios en la isla caribeña, como respuesta al intento de invasión de Cuba en la operación de Bahía de Cochinos y a la instalación de bases de misiles en Turquía por parte de la otra superpotencia. Había comenzado así, la crisis de los misiles cubanos.

Después del fiasco de Bahía de Cochinos, en La Habana existía el convencimiento de que Washington planeaba otra invasión del territorio cubano, esta vez a gran escala y con la participación directa

del ejército estadounidense. Fidel Castro, ante esta posibilidad, pidió ayuda a Moscú. El Kremlin respondió con el envío de gran cantidad de armas y munición para Cuba, así como armamento balístico, y con la implementación de la *Operación Anádir*, código secreto para la instalación de bases de misiles tierra-aire o SAM, las cuales fueron descubiertas por el ejército estadounidense ya el 22 de agosto de 1962. Ante esta información, el director de la CIA, John McCone, comunicó a la Casa Blanca que estas bases servirían para proteger la futura instalación de misiles nucleares. Nadie le creyó en Washington, pero sus sospechas se confirmaron, como ya hemos visto, el 14 de octubre tras la misión del avión-espía U-2 que fotografió las lanzaderas de misiles en San Cristóbal, al oeste de La Habana. El territorio estadounidense estaba en peligro; los misiles nucleares soviéticos podían alcanzar cualquier ciudad de Estados Unidos. Kennedy se reunió el mismo 16 de octubre con su Comité Ejecutivo del Consejo Nacional de Seguridad, el *Excom*, del que formaban parte, entre otros, el propio presidente, su hermano Robert Kennedy, el vicepresidente Lyndon B. Johnson, el director de la CIA John McCone, el secretario de Defensa Robert McNamara, el general Maxwell Taylor, presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, el secretario de Estado Dean Rusk y el embajador ante la ONU Adlai Stevenson. La respuesta del presidente fue rápida ante una situación tan crítica que podía poner al mundo ante la amenaza de un guerra nuclear. En un principio no hubo consenso a la hora de tomar la medida más acertada para afrontar la crisis. La Junta de Jefes de Estado Mayor era partidaria de una conflagración directa bombardeando las lanzaderas y de una invasión en toda regla de la isla. Robert Kennedy y McNamara se oponían a tal medida porque desembocaría en una nueva reacción por parte de Moscú que desembocaría en la tan temida guerra nuclear. Ambos propusieron un bloqueo total aéreo y naval de la isla caribeña para impedir el desembarco de más misiles y para forzar el desmantelamiento de las bases. El día 22 de octubre a las 19:00 horas, el presidente estadounidense se dirigió por televisión anunciando la existencia de las bases nucleares en Cuba y su decisión de establecer una cuarentena o bloqueo que afectaría a todos los equipamientos ofensivos que pudieran dirigirse a Cuba, fuese cual fuese su nacionalidad. Asimismo invitaba a Jruschov a que eliminase la

amenaza nuclear y a que estableciera relaciones entre los dos países para acabar con esta peligrosa situación prebélica. Aun así, al día siguiente todos los efectivos militares estadounidenses estaban en estado de alerta. La respuesta de Jruschov llegó ese mismo día declarando su rechazo absoluto a las pretensiones estadounidenses.

Una solución diplomática parecía imposible. En la ONU, Adlei Stevenson demostró ante la Asamblea la existencia de las lanzaderas de misiles nucleares, desmontando los argumentos del embajador soviético Valerian Alexandrovich Zorin. Aunque Estados Unidos ganaba la partida diplomática en la ONU, la perspectiva de una guerra abierta entre las dos potencias era cada vez más inevitable. El día 26 de octubre, Jruschov envió un mensaje personal a Kennedy para llegar a un acuerdo dialogado. En él instaba al gobierno estadounidense a comprometerse a no invadir Cuba con el fin de derrocar al régimen castrista, ni apoyar a ninguna intentona con ese propósito. El sábado 27 de octubre, conocido con el nombre de "Sábado Negro", un grave problema se añadió a la tensión existente, al ser derribado un avión espía U-2 estadounidense en territorio cubano por un misil tierra-aire. Aunque el piloto resultó muerto y la acción fue en toda regla una agresión bélica, el gobierno de Kennedy optó por no dar una respuesta militar que habría sido el detonante del conflicto total. El mismo día 27, Jruschov envió un nuevo mensaje a Kennedy en el que proponía el desmantelamiento de las bases soviéticas a cambio de que Estados Unidos declarara oficial y públicamente que se comprometía a no invadir Cuba y a retirar los misiles Júpiter que tenía instalados en la frontera turca. Mientras, en las aguas del mar Caribe continuaba el bloqueo o cuarentena impuesta por Washington; los buques de cargamento soviético seguían inexorablemente su rumbo a Cuba; los acorazados estadounidenses les impedirían el paso esperándolos en la línea imaginaria del bloqueo. No obstante los cargueros de la URSS empezaron a reducir la marcha; parecía que todos los implicados es el conflicto esperaban ansiosos que las conversaciones entre ambos mandatarios dieran sus frutos, tal como ocurrió en la madrugada del domingo 28 de octubre. Tras arduas conversaciones entre los miembros del gabinete de crisis, Kennedy decidió aceptar la propuesta de Jruschov. Estados Unidos no invadiría Cuba; a su vez, las bases

de misiles de Turquía serían desmanteladas seis meses más tarde, para que no se relacionara este hecho con el acuerdo acerca de los misiles cubanos; de la misma manera, los misiles soviéticos serían retirados de Cuba. En fin, la amenaza de sumir al mundo en el abismo nuclear había desaparecido.

En la negociación de esta crisis volvió a ponerse en claro que la decisiones capitales de las seguridad mundial estaban en manos de dos hombres: el premier soviético y el presidente de los Estados Unidos, ya que ni Jruschov consultó el desmantelamiento de los misiles nucleares en Cuba con Fidel Castro, ni Kennedy con los líderes de los países miembros de la OTAN para retirar los misiles de Turquía. Asimismo, también les enseñó a los líderes de las dos superpotencias que era necesaria una comunicación más directa y rápida entre ellos para poder solucionar una crisis con mayor celeridad. Para ello se creó el llamado *teléfono rojo*, que era una línea de comunicaciones directa entre la Casa Blanca y el Kremlin; de este modo, las negociaciones más importantes no tenían que pasar por las manos de terceros.

En primera instancia, parecía que la crisis de los misiles había fortalecido a Kennedy y a Jruschov por igual, pero no fue así. En Moscú, miembros del Politburó vieron los acontecimientos de Cuba como una clara humillación, lo que le valió al líder soviético, con el paso del tiempo, tener que abandonar el poder el 14 de octubre de 1964. Por el contrario, la opinión pública estadounidense alabó la resolución de su presidente, ya que según ella había salido claramente vencedor al haber conseguido que se retirara el peligro nuclear que amenazaba el territorio de Estados Unidos. Sin embargo, este triunfalismo degeneró en una arrogancia de poder que llevó a los distintos gabinetes estadounidenses a considerar a su país muy superior a todos los de la esfera comunista, incluida la URSS, como intentaron demostrar en su intervención militar en la guerra de Vietnam.

Capítulo 4

De la distensión diplomática al renacimiento de la Guerra Fría

En 1964, Stanley Kubrick dirigió la película *Dr. Strangelove or: How I learned to Stop Worrying and Love the bomb*, titulada en España *¿Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú*. Basada libremente en la novela de 1958 *Two Hours to Doom*, posteriormente publicada con el título *Red Alert*, escrita por el novelista británico Peter George, trataba en clave de humor negro el hecho de que el futuro de la humanidad estuviera en manos de unos pocos militares paranoicos y de sus decisiones en un momento determinado. Dos años antes, la crisis de los misiles de Cuba, como ya hemos referido anteriormente, puso al mundo al borde de una guerra nuclear. El miedo a esta destrucción mutua convenció a los líderes de las dos superpotencias de modelar una política de acercamiento. Sin embargo, en Estados Unidos seguía presente la obsesión por el expansionismo soviético. El miedo de que el comunismo se extendiera desde Vietnam del Norte a Vietnam del Sur y de ahí a todos los países del Sureste asiático, como si fueran fichas de dominó, llevó a las distintas administraciones estadounidenses, desde Eisenhower hasta Nixon, a embarcarse en la primera guerra que Estados Unidos no pudo ganar: Vietnam.

Vietnam: la guerra que conmocionó Estados Unidos

El incumplimiento de los acuerdos tomados en la Conferencia de Ginebra en julio de 1954 por parte del presidente de Vietnam del Sur,

Ngô Dinh Diem, al negarse a celebrar las elecciones generales en 1956 para la unificación del país, así como la deriva de su gobierno hacia un régimen cada vez más despótico, dictatorial, arbitrario y corrupto, contribuyeron a que la zona fuera cada vez más inestable. El descontento dentro de las Fuerzas Armadas de la República de Vietnam ante la situación desembocó en un golpe de Estado liderado por el coronel Nguyen Chanh Thi y el teniente coronel Vuong Van Dong, el 11 de noviembre de 1960, que fracasó al no tener un apoyo mayoritario del ejército fiel a Diem, ni tampoco de Estados Unidos. A su vez, la guerrilla comunista del Frente de Liberación Nacional de Vietnam, fundado el 20 de diciembre de 1960, más conocida como Vietcong, comenzó un continuo hostigamiento contra las instalaciones militares estadounidenses mediante sabotajes y ataques guerrilleros contra el ejército de Diem. En Washington estas acciones se consideraron un intento del comunismo de apoderarse de Vietnam del Sur. Los informes que le dieron los consejeros militares estadounidenses al general Maxwell Davenport Taylor cuando visitó Vietnam en octubre de 1961 aconsejaban reforzar los efectivos de Estados Unidos en el país asiático amigo. El presidente Kennedy aprobó el aumento de la ayuda directa estadounidense a Vietnam el 11 de diciembre de 1960 con el envío de dos compañías de helicópteros y 400 hombres a Saigón, la capital survietnamita. El apoyo de Washington a Ngô Dihn Diem era por entonces incondicional, de tal manera que su personal militar en Vietnam del Sur aumentó hasta los 16.500 hombres. Sin embargo, la precariedad del gobierno de Diem era manifiesta, ya que cada vez había un mayor número de survietnamitas que apoyaban al Vietcong, e incluso en el ejército había un gran descontento, ya que el régimen de Diem se estaba endureciendo cada vez más, seguía siendo completamente despótico, con gran tendencia al nepotismo, al haber nombrado a su hermano Ngô Dihn Nhu como asesor suyo, aunque, en realidad, su poder era mucho mayor por controlar las fuerzas especiales del ejército survietnamita, que servían como una verdadera guardia pretoriana de la familia Ngô. Este malestar de las fuerzas armadas se materializó el 27 de febrero de 1962, cuando fue bombardeado el Palacio de la Independencia, residencia oficial del presidente de Vietnam del Sur, por dos pilotos contrarios al régimen. La desconfianza de Diem se dirigió hacia los estadounidenses, pues

pensaba que estaban detrás de apartarlo del poder. No eran en absoluto infundadas sus sospechas, puesto que el gobierno de Kennedy pensaba que la corrupción y la brutalidad del régimen de Diem eran un problema añadido a la lucha contra el Vietcong. La escalada de protestas en Vietnam del Sur aumentó debido a la represión religiosa de los budistas en dicho territorio. Las imágenes del monje budista vietnamita Thich Quang Duc quemándose a lo bonzo en una calle de Saigón el 11 de junio de 1963 dieron la vuelta al mundo y aumentaron la presión internacional contra Diem. Las protestas de los monjes budistas continuaron y la represión por parte del ejército fiel al presidente fue brutal. El 21 de agosto de 1963 asaltaron varias pagodas, arrestaron a varios miles de monjes y causaron gran número de muertes. Ante estos desmanes por parte del envilecido y por momentos más tiránico régimen survietnamita, la administración de Kennedy dio el visto bueno para apoyar un cambio de régimen en Vietnam del Sur. La CIA, a través de su agente Lucien Conein, ofreció apoyo a los generales Duong Van Minh y Tran Van Don, que dieron un golpe de Estado el 1 de noviembre de 1963. Al día siguiente, Ngô Dihn Diem y su hermano Ngô Dihn Nhu fueron asesinados por el capitán Nguyen Van Nhung, obedeciendo órdenes de otro general sublevado, Duong Van Minh, que a la postre accedió a la presidencia de Vietnam del Sur. Pero, después del golpe de Estado, la situación en Vietnam del Sur no se normalizó, antes bien continuó deteriorándose.

Un acontecimiento en Dallas cambiará el rumbo de la política de Estados Unidos. El 22 de noviembre de 1963, el presidente de Estados Unidos, John Fitzgerald Kennedy, es asesinado. El vicepresidente estadounidense, Lyndon Baines Johnson, juró su cargo como presidente ese mismo día a bordo del Air Force One, el avión presidencial, que transportaba los restos mortales de Kennedy. A comienzos de la presidencia de Johnson, la situación de Vietnam se envenenó. El 31 de julio de 1964 se produjo en el golfo de Tonkín el enfrentamiento entre patrullas norvietnamitas y el destructor estadounidense Maddox. Este incidente no tuvo mayores consecuencias. Sin embargo, el 4 de agosto volvió a producirse en el mismo lugar otro ataque, que fue tomado por Estados Unidos como un caso de agresión militar. El presidente estadounidense pidió al

Congreso el 7 de agosto que autorizara el uso de todas las medidas necesarias para repeler cualquier ataque a las fuerzas estadounidenses por parte de las tropas norvietnamitas, por lo que fue aprobada la “Resolución del Golfo de Tonkín”. Desde Saigón, el presidente survietnamita, el general Nguyen Khánh, que había derrocado en un golpe de Estado a Duong Van Minh, el 30 de enero de 1964, solicitó una mayor colaboración militar de Estados Unidos para luchar contra las fuerzas del Vietcong. El 7 de febrero de 1965 fue atacada por tropas norvietnamitas la base militar estadounidense de Pleiku; en la ofensiva murieron siete soldados estadounidenses y 109 fueron heridos; los estadounidenses respondieron con bombardeos sistemáticos con sus B-52 sobre Vietnam del Norte. A la par, en Vietnam del Sur hubo un nuevo golpe de Estado que derrocó a Khánh, liderado por los generales Nguyen Cao Ky y Nguyen Van Thieu, que se mantendrán en el poder hasta la caída de Vietnam del Sur.

La escalada militar del presidente Johnson

A partir de febrero de 1965, Johnson inició la escalada militar en Vietnam de manera imparable. El 28 de julio de 1965 el presidente estadounidense anunció en una conferencia de prensa televisada que satisfaría las necesidades planteadas por el jefe de operaciones militares en Vietnam, el general William Childs Moreland. Por lo tanto, enviaría a la División Aérea Móvil y aumentaría su presencia militar de 75.000 hombres hasta 125.000 y ampliaría el llamamiento a filas de 17.000 reclutas a 70.000 al mes. Los bombardeos masivos de Vietnam del Norte continuaron, dentro de la operación “Trueno rodante”, *Rolling Thunder*. Sin embargo, esta táctica no dio los frutos esperados por el ejército estadounidense debido a que no había grandes núcleos urbanísticos al ser un país eminentemente agrícola. Aun así se intensificaron los ataques aéreos en las carreteras, vías férreas y puentes, así como en las instalaciones industriales y energéticas en torno a Hanói y Hai Phong. No obstante, la consecuencia inmediata fue el recrudecimiento de la resistencia por

parte de las fuerzas norvietnamitas y del Vietcong, así como del propio pueblo vietnamita, principal perjudicado de las operaciones bélicas estadounidenses. La destrucción de las vías de comunicación convencionales no impidió el abastecimiento entre las tropas de Vietnam del Norte y los núcleos de oposición del Vietcong en el sur, ya que se utilizaba la llamada *ruta Ho Chi Minh*, una red de senderos y caminos ocultos que discurrían desde Vietnam del Norte, a través de Laos y Camboya, hasta Vietnam del Sur.

Ante la incapacidad de la potencia bélica de Estados Unidos para conseguir una victoria rápida en Vietnam, tal como habían pensado los dirigentes de Washington, se inició una escalada militar que tuvo gravísimas consecuencias. Se estima que 16.250 soldados estadounidenses habían caído en Vietnam hasta diciembre de 1967. En Estados Unidos se recrudecieron las protestas contra una guerra que cada vez era vista como más inútil y cuya posible victoria final se veía más lejana. En Vietnam se seguía la estrategia militar de "Búsqueda y Destrucción", *Seek and Destroy*, que consistía en abatir el mayor número de enemigos, que alcanzó en 1967 la cifra de 186.000 guerrilleros comunistas abatidos. Sin embargo, el avance y ocupación de territorio vietnamita no avanzaba.

El 31 de enero de 1968 la guerra dio un giro total, al lanzar el Vietcong la ofensiva del Tet, la fiesta del Año Nuevo Lunar Vietnamita. El ataque conjunto del ejército norvietnamita y del Vietcong pilló por sorpresa a las fuerzas estadounidenses y de Vietnam del Sur. Lograron llegar en su avance hasta el centro de Saigón y ocuparon la ciudad imperial de Huê. A pesar del éxito inicial del avance de las tropas comunistas, el número de bajas sufridas, que ascendía a unos 40.000 hombres al mando del general Giap, no les permitieron mantener las ciudades tomadas en el ataque. Aun así, consiguieron aislar a más de 6.000 marines en Khe Sanh durante dos meses y medio. Al final, aunque las fuerzas estadounidenses sufrieron grandes pérdidas, la ofensiva norvietnamita fracasó. Sin embargo, las imágenes que los periodistas destinados en Vietnam ofrecieron a sus espectadores sacudieron la conciencia del pueblo estadounidense.

La primera consecuencia política de la guerra de Vietnam fue la

dimisión del secretario de Defensa estadounidense Robert McNamara, uno de los hombres clave, el 29 de febrero de 1968. Al mes siguiente, el 31 de marzo, el presidente estadounidense acabó con la táctica de la guerra de desgaste al paralizar los bombardeos masivos de Vietnam del Norte. A su vez, en Estados Unidos se produce un magnicidio que conmocionó al mundo. El asesinato del líder de los derechos civiles, Martin Luther King, el 4 de abril de 1968, provocó una serie de oleadas de violencia que se unieron a las que se venían produciendo en contra de la guerra.

El presidente Johnson, que había querido una victoria militar antes de las elecciones de 1969, anunció que no se presentaría como candidato a la reelección. Esto supuso la derrota de los demócratas y la llegada a la Casa Blanca del republicano Richard Nixon. Los republicanos iniciaron la "vietnamización" del conflicto, es decir, la retirada gradual de las tropas estadounidenses; asimismo abrieron negociaciones formales de paz en París, el 25 de enero de 1969. A pesar del propósito de conseguir un acuerdo pacífico para la finalización de la guerra, la administración Nixon volvió a la política de durísimos bombardeos masivos sobre el territorio vietnamita, fundamentalmente para romper la ruta Ho Chi Minh y evitar el envío de suministros al Vietcong en la zona sur de Vietnam.

Mientras, las manifestaciones contra la guerra se recrudecían en Estados Unidos. El Congreso, a su vez retiraba la "Resolución del Golfo de Tonkín" el 31 de diciembre de 1970.

Ante una guerra que no podían ganar, el 15 de enero de 1973 cesaron los ataques estadounidenses. El 27 de enero de 1973, Henry Kissinger, consejero del Departamento de Estado de Estados Unidos, y Le Duc Tho, por parte norvietnamita, firmaron los Acuerdos de Paz de París, por los que Vietnam del Norte podía mantener sus territorios ocupados en Vietnam del Sur, Estados Unidos terminaría su ocupación en Vietnam del Sur y finalmente Vietnam se reunificaría en un solo Estado. Sin embargo, el presidente de Vietnam del Sur, Nguyen Van Thieu, no aceptó las condiciones de los acuerdos de paz.

El 29 de marzo de 1973, las últimas tropas estadounidenses abandonaron Vietnam. En los dos años siguientes, Hanói se rearmó,

mientras que en el sur se deterioraba la situación debido a la reducción de las ayudas estadounidenses. Al final, el 5 de marzo de 1975 Vietnam del Norte desencadenó el ataque final, que fue imparable. El ejército survietnamita se rendía a las tropas del norte el 30 de abril de 1975. La guerra de Vietnam había acabado. La imagen televisada de la retirada *in extremis* de los últimos estadounidenses saliendo de Saigón en un helicóptero desde la azotea de la embajada de Estados Unidos aquel día simbolizaba el duro golpe que suponía para la conciencia estadounidense una guerra en la que la mayor potencia bélica del mundo no pudo vencer a un pueblo indomable.

Oriente Próximo en el atolladero bélico

No era el Sureste asiático la única zona caliente a mediados de los sesenta del siglo XX. En Oriente Próximo la situación también era explosiva. Tras la Crisis de Suez de 1956, Egipto, así como el ejército sirio se habían rearmado con ayuda soviética. Por su parte, el Tzahal, las Fuerzas de Defensa de Israel, había reforzado considerablemente sus efectivos bélicos, ya de por sí los más poderosos de la zona, con el auspicio de Estados Unidos.

Para asegurar la precaria paz en dicho territorio, la ONU tenía destinado desde 1956 un contingente de su Fuerza de Emergencia de las Naciones Unidas o UNEF en la península del Sinaí y Gaza. Sin embargo, Gamel Abdel Nasser, el presidente egipcio, solicitó a las Naciones Unidas que se retiraran los miembros de la UNEF. U Thant, el presidente del organismo internacional, accedió a la petición egipcia el 21 de mayo de 1967. Desde ese momento, Egipto reforzó militarmente la península del Sinaí y las fronteras con Israel. Dos días después de la retirada de las tropas de la ONU, Nasser bloqueó el golfo de Aqaba por el estrecho de Tirán, lo que impedía la navegación de los barcos israelíes hacia el mar Rojo. Algunos miembros del gobierno de Levi Eshkol, primer ministro israelí, y los mandos militares eran partidarios de la acción preventiva, porque consideraban una declaración de guerra el bloqueo del estrecho de Tirán; no obstante,

triunfó la vía diplomática. Sin embargo, un acontecimiento inesperado vino a enturbiar aún más las relaciones entre Israel y los países árabes limítrofes. El rey Hussein I de Jordania, de tendencia hasta ese momento pro occidental, viajó hasta El Cairo para unirse a Nasser en su política antiisraelí. Este fue un duro golpe para Israel, cuyas fronteras se habían convertido en potenciales áreas de conflicto bélico, tanto las de Egipto, como las de Siria y ahora las de Jordania. Ante esta situación, Israel no se iba a quedar de brazos cruzados, sino que inició la guerra preventiva que habían preconizado los más beligerantes del gobierno y del ejército israelí.

En la mañana del 5 de junio de 1967, las tropas del general Moshé Dayán iniciaban la "Operación Focus", cuyo objetivo era destruir en un ataque sorpresa la mayor parte de la fuerza aérea de Egipto. Los aviones del comandante israelí Mordejai Hod realizaron impecablemente su cometido en una suerte de "Pearl Harbor" egipcio entre las 5 y las 9 horas de la mañana del 5 de junio. Por la noche, la aviación israelí bombardeó las vías de comunicación en torno a Port Saíd y Suez. En el frente del este, el ejército jordano atacó Jerusalén y ocupó el monte Gólgota. Este fue uno de los escasos logros del ataque del ejército conjunto árabe. Aun así, el ejército israelí inició la invasión de la península del Sinaí, que el día 7 de junio estaba ocupada por completo, incluida la ciudad de Sharm el-Sheij, la puerta del golfo de Aqaba, y la Ciudad Vieja de Jerusalén, Nablus, Judea y Hebrón. Los ejércitos egipcio y jordano habían sido derrotados. El día 8 de junio se firmó una tregua que no fue aceptada por Siria. Israel ya solo tenía un frente: el sirio. El avance del ejército israelí hacia su frontera norte fue imparable. Mediante un ataque en pinza desde el norte y desde el sur, ocupó los Altos del Golán y la ciudad siria de Quneitra. De esta manera tenía la ruta hacia Damasco expedita, pero los carros de combate israelíes no se dirigirían a la capital siria. El Consejo de Seguridad de la ONU presionó para que se aceptara un alto el fuego el día 10 de junio de 1967. A esta fecha, una semana después de que empezara la guerra, Israel se había anexionado la franja de Gaza, todo el Sinaí, Jerusalén, Cisjordania hasta el Jordán y los Altos del Golán. Pero la paz total entre árabes e israelíes era todavía una mera utopía.

Las revueltas del 68

Debido al coste de vidas humanas, a la brutalidad de las escenas emitidas por televisión y al desgaste por su duración, la guerra de Vietnam ocasionó una oleada de protestas en Estados Unidos que se fueron recrudeciendo desde 1964 hasta el final del conflicto. Al principio, las voces contra la guerra partieron de círculos intelectuales y universitarios cuyo germen lo encontramos en la Universidad de Michigan en Ann Arbor, en marzo de 1965, aunque ya anteriormente, en 1960 el SDS (Estudiantes por una Sociedad Democrática) había iniciado unas protestas aún muy débiles. A estas reivindicaciones se les fue añadiendo otro movimiento contestatario nuevo, abanderado de la contracultura, que empezó a desarrollarse en el barrio Haight Ashbury en San Francisco. Estos jóvenes, conocidos como *hippies*, representaban un movimiento que se oponía al modo de vivir establecido y buscaba nuevas alternativas, propugnando el amor libre, la experimentación en el uso de drogas psicodélicas, el rechazo a las normas y estructuras sociales existentes y por un marcado pacifismo, patente en el principal eslogan de la contracultura: “Paz y amor”. Debido a esta postura antibelicista, los *hippies* se manifestaron contrarios a la guerra de Vietnam.

El incremento de la intervención estadounidense en Vietnam, que en 1965 pasó de 50.000 hombres a 200.000 a finales del mismo año, y que llegó a su cifra máxima de 540.000 soldados enviados a territorio vietnamita en 1968, la procedencia de los soldados, en su mayor parte del reclutamiento forzoso y de las minorías negra e hispana, aumentó el papel cada vez más protagonista en las protesta contra la guerra de Vietnam de la población afroamericana. El movimiento negro en Estados Unidos no tenía una postura uniforme ante el conflicto vietnamita. Mientras la Organización de la Unidad Afroamericana, liderada por Malcolm X, el Partido de las Panteras Negras de Huey Newton y Bobby Seale, y el Movimiento del Poder Negro, cuyo líder era Stokely Carmichael, eran radicalmente contrarios a la intervención estadounidense en Vietnam, el reverendo Martin Luther King, presidente de la Conferencia Sur de Liderazgo Cristiano, la SCLC, consideraba que era fundamental para los

intereses de los afroamericanos mantener buenas relaciones con los líderes del Partido Demócrata en el poder y con Lyndon B. Johnson, el presidente estadounidense, al apoyar sus medidas sociales. Sin embargo, a partir de abril de 1967, ante la presión de los jóvenes más radicales de la SCLC, entre los que se encontraba Jesse Jackson, uno de sus colaboradores más cercanos, la postura de King cambió radicalmente ante Vietnam. El pastor que postulaba por la desobediencia civil y la no violencia alzó su voz contra la guerra. El pueblo afroamericano, a pesar de sus divergencias en la acción, se manifestaba al unísono contra el conflicto vietnamita.

A partir de enero de 1968, cuando se inicia por parte del ejército norcoreano y el Vietcong la Ofensiva del Tet y se intensifica la guerra de Vietnam, se recrudecieron las protestas antibélicas con un carácter cada vez más violento. El presidente Johnson se convirtió en el blanco de todas las iras de los grupos contra la guerra, al ser considerado el responsable máximo de este conflicto, como le demostraban todas las noches los jóvenes activistas que le cantaban ante la Casa Blanca *Hey, hey, LBJ, how many childs did you kill today?*, “Hey, hey, LBJ, ¿cuántos chicos has matado hoy?”. Lyndon B. Johnson fue la gran víctima política de la guerra de Vietnam; al ser superado por las circunstancias, a finales de marzo de 1968 anunció su retiro de la campaña para la reelección. El candidato demócrata a las elecciones a presidente fue Robert Francis Kennedy, el hermano del asesinado presidente John F. Kennedy, claramente partidario de terminara la guerra de Vietnam.

Un sueño roto: el asesinato de Martin Luther King

Un terrible acontecimiento enturbió aún más las agitadas aguas de la revuelta social. El 4 de abril de 1968, Martin Luther King fue asesinado en Memphis, Tennessee, por James Earl Ray.

El doctor King inició su actividad a favor de los derechos de la población afroamericana cuando era pastor de la iglesia bautista en la

ciudad de Montgomery, capital del estado de Alabama, tras un acontecimiento que, a simple vista, parecería anecdótico. El 1 de diciembre de 1955, una costurera negra, Rosa Parks, de camino a su casa, se sentó en uno de los asientos de un autobús reservados a los blancos; tras ella, tres pasajeros de color imitaron su gesto. Cuando el conductor avisó a la policía, Rosa Parks se negó a levantarse de su asiento; ante su negativa a obedecer las órdenes de los agentes, fue arrestada. Martin Luther King, al conocer el incidente, incitó a los ciudadanos negros a que no utilizaran los servicios de transporte público, si no les dejaban sentarse libremente en cualquier sitio. El boicot a los autobuses en Montgomery por parte de la población negra, que era su usuaria mayoritaria, fue un éxito. La noticia del plante de los afroamericanos se extendió por todos los medios de comunicación del país. Las presiones para acabar con la segregación en los autobuses llevó al Tribunal Supremo de Estados Unidos a declarar su inconstitucionalidad el 21 de diciembre de 1956. Ese fue el primer paso para la igualdad de la población negra en Estados Unidos. Martin Luther King no paró en sus reivindicaciones; continuó con las protestas pacíficas para acabar con la segregación racial en las cafeterías, los bares, los parques, las piscinas e incluso en las iglesias. La población negra utilizaba como modo de protesta las manifestaciones no violentas y la resistencia pasiva mediante las sentadas. El reverendo King fue encarcelado y ultrajado un sinnúmero de veces, pero siempre salía reforzado ante la población afroamericana. Sus exigencias reivindicaban la plena igualdad entre blancos y negros; según él, ésta no llegaría en una democracia hasta que la población de color en su totalidad tuviera el derecho al voto en igualdad de condiciones que los hombres y mujeres blancos. Así, el 6 de agosto de 1965 fue firmada la Ley de Derecho al Voto por el Congreso de Estados Unidos. Un año después de que le fuera concedido el Premio Nobel de la Paz, el líder negro había conseguido consumar el sueño que ya anteriormente les había transmitido a los 250.000 conciudadanos congregados en el Lincoln Memorial de Washington, el 28 de agosto de 1963. Sin embargo, sus enemigos habían aumentado considerablemente, desde los segregacionistas más radicales, hasta el director del FBI, John Edgar Hoover. La muerte del reverendo líder del movimiento por los derechos civiles afroamericanos a manos de un convicto blanco desató las más fuertes

olas de violencia racial en la historia de Estados Unidos. Para la población negra no había sido un simple fanático estadounidense el que había asesinado a Martin Luther King, sino que había sido todo el poder blanco de Estados Unidos, no sólo el gobierno sino también la población blanca. Las revueltas callejeras se extendieron por diversas ciudades, fundamentalmente Washington, en la que se llegó a declarar el estado de sitio al día siguiente del asesinato del líder negro, ya que la ciudad se convirtió en un verdadero campo de batalla, entre los enfurecidos seguidores de Martin Luther King y las fuerzas del orden. Las masas se lanzaron al asalto de las calles, produciendo incendios y disturbios callejeros. Tras unos días infernales, los disturbios se saldaron con 10 muertos, 1191 heridos, 7.500 detenidos y 1.130 incendios en la capital federal.

No tardaría mucho la población estadounidense en sufrir otro duro varapalo. El 6 de junio de 1968 en el *Ambassador Hotel* de Los Ángeles es asesinado Robert F. Kennedy, inmediatamente después de que ganara las elecciones primarias de su partido a la Presidencia de Estados Unidos en California. Sirhan Bishara Sirhan, un palestino cristiano cometió el magnicidio debido al apoyo de Robert F. Kennedy al gobierno de Israel. El candidato republicano a las elecciones presidenciales, Richard Milhous Nixon, que había perdido las elecciones de 1960 ante John Fitzgerald Kennedy, aunque por una margen mínimo (un 49,71% frente a un 49,55%), el 20 de enero de 1969 juró como trigésimo séptimo presidente de los Estados Unidos, tras su victoria electoral. El éxito en las urnas de Nixon se debió en parte a su mensaje “Ley y Orden” y a la escisión del Partido Demócrata, cuya ala más radical en contra de la política del candidato demócrata, Hubert Horatio Humphrey, a favor de los derechos sociales de los negros, había fundado el Partido Independiente Americano, cuyo candidato era George Wallace.

Nixon, ya en el poder, propugnó la política de “paz con honor” para terminar con la guerra de Vietnam. Como hemos visto anteriormente, la administración estadounidense se proponía iniciar negociaciones directas con el Vietcong y la República Democrática de Vietnam, con el fin de conseguir una salida política a la guerra, así como la retirada gradual de los soldados estadounidenses de dicho

país asiático, dejando en manos del ejército vietnamita del sur todo el peso de la guerra, lo que se denominó la "vietnamización" del conflicto; sin embargo, durante los primeros años de su mandato se intensificaron los bombardeos masivos de Vietnam del Norte por parte de la aviación estadounidense.

Mientras, a lo largo de 1969 las revueltas se recrudecieron en Estados Unidos. El sector más radical del sindicato estudiantil SDS se escindió y creó los *Weathermen*, un grupo que utilizó métodos terroristas para luchar contra el sistema, al atentar con bombas contra el Capitolio, el Pentágono y el edificio Harry S. Truman del Departamento de Estado. Ante esta violencia terrorista, el gobierno de Nixon reaccionó con una dura represión de todos los grupos en contra de la guerra de Vietnam, tanto los que practicaban la violencia como los que abogaban por las protestas pacíficas. El año 1969 se convirtió en el más represivo; los principales líderes de los movimientos contrarios al conflicto fueron encarcelados, aun así, las manifestaciones continuaron a lo largo de 1970. No obstante, a fines de este año fueron decreciendo cada vez más hasta el fin de la guerra de Vietnam.

La masacre de Tlatelolco

Las protestas estudiantiles se extendieron como un fenómeno global por diversas partes del mundo. En 1968 México estaba preparado para celebrar los XIX Juegos Olímpicos, que iban a ser el escaparate en el que se iba a reflejar el país azteca como un modelo de sociedad avanzada y democrática. No obstante, en la Universidad Nacional Autónoma de México, los estudiantes iniciaron una serie de asambleas para pedir una reforma universitaria. Los movimientos de protesta estudiantiles se alargaron durante todo el verano, acercándose peligrosamente a las fechas de celebración de los Juegos. Desde agosto de 1968 las represiones policiales se multiplicaron por cada protesta estudiantil. El presidente mexicano, Gustavo Díaz Orgaz, y su secretario de Gobernación, Luis Echavarría

Álvarez, no estaban dispuestos a que las revueltas en México, Distrito Federal, perturbaran el ambiente previo a los Juegos. Para garantizar la seguridad de éstos se creó un grupo paramilitar denominado *Batallón Olimpia*, cuyo principal objetivo se centró en la represión de las protestas estudiantiles. El 18 de septiembre el ejército, apoyado por el Batallón Olimpia, ocupó la ciudad universitaria de la UNAM. Ante este hecho, el rector Javier Barros Sierra presentó su dimisión, ya que la autonomía de la Universidad no había sido respetada. Con todo, los enfrentamientos entre estudiantes y soldados y granaderos de la policía mexicana continuaron. Más de 350 universitarios son detenidos. Tras esta masiva redada, el 1 de octubre de 1968, el ejército se retiró de la universidad.

Al día siguiente se produjo una multitudinaria concentración de manifestantes en la Plaza de las Tres Culturas, también conocida como Plaza de Tlatelolco. La vigilancia de los más de cuatro mil participantes en la protesta fue férrea. Al ejército y los granaderos policiales se les unieron miembros del Batallón Olimpia que se infiltraron incluso entre los dirigentes de la manifestación estudiantil, con el fin de radicalizar las protestas. Este fue el detonante para la intervención de las fuerzas del orden. Desde diversos puntos de la Plaza de Tlatelolco los miembros del ejército y de los granaderos rodearon a los miles de manifestantes. Tras el lanzamiento de varias bengalas, desde algunos pisos de los edificios de la plaza se efectuó una serie de disparos, según algunos testigos, realizados por individuos que llevaban un guante blanco, distintivo propio de los miembros del Batallón Olimpia. Ante el desconcierto y el terror de la multitud allí reunida, la policía y los granaderos situados en la plaza comenzaron a disparar a la muchedumbre de manifestantes. El trágico resultado, según las fuentes gubernamentales, fue de 28 muertos y 200 heridos. Sin embargo, numerosos testigos de la matanza aseguran que los muertos superaban los dos centenares. La masacre de Tlatelolco fue la página más trágica de las revueltas del 68. El gobierno de Díaz Orgaz, que se había propuesto dar una imagen de modernidad democrática a todo el mundo durante los XIX Juegos Olímpicos, mostró la versión más horrenda de las más crueles dictaduras latinoamericanas.

El Mayo francés

Europa no fue ajena a la conmoción que se generó durante el año 1968. Hubo revueltas en Alemania, Italia, incluso en España, sometida al régimen dictatorial del general Francisco Franco, que no dudó en declarar el 24 de enero de 1969 el estado de excepción para todo el territorio nacional. Pero el movimiento estudiantil que se convirtió en el paradigma de todas las protestas en la Europa occidental fue el de los universitarios franceses durante mayo del 68. Las revueltas de los estudiantes franceses tuvieron su origen en la Universidad de Nanterre. El 8 de enero de 1968, el ministro francés de Juventud y Deporte, François Missoffe, se desplazó hasta ella para inaugurar su nueva piscina olímpica. Allí se produjo un enfrentamiento verbal entre el ministro y un estudiante hasta la fecha desconocido, pero que se convertiría en uno de los líderes de la revuelta inmediata. Dicho estudiante era Daniel Cohn Bendit, llamado “Dany el Rojo”, tanto por sus ideas anarquistas como por ser pelirrojo. A partir de entonces, el clima de agitación estudiantil fue aumentando. El 22 de marzo un grupo de estudiantes izquierdistas tomó la sala del Consejo de la Facultad para realizar una asamblea para protestar por la detención de un compañero. Allí nació lo que poco después se llamaría “el Movimiento 22 de marzo”. La agitación en la universidad no cesaba; el 29 de marzo, tras una concentración masiva de estudiantes, la Universidad de Nanterre fue cerrada durante dos días. Esto exacerbó aún más los ánimos de los universitarios. Un acontecimiento acaecido en Berlín aumentó las protestas en Nanterre. Un joven de ultraderecha, Josef Bachmann, le disparó tres tiros en la cabeza al líder de las revueltas estudiantiles berlinesas, Rudi Dutschke el 11 de abril de 1968. El caso Dutschke tuvo graves repercusiones, ya que los estudiantes de izquierdas, representados por el movimiento 22 de marzo, tuvieron violentos enfrentamientos con los estudiantes de ultraderecha del grupo Occidente. Estas confrontaciones llevaron a la policía a rodear el recinto universitario de Nanterre y a su posterior cierre el 2 de mayo. Al día siguiente, las protestas juveniles se trasladaron a la Sorbona parisina, donde se realizó una asamblea multitudinaria. El rector de dicha universidad, Jean Roche, solicitó a la policía que desalojara el edificio tomado para la asamblea. Tras la

intervención policial, 596 alumnos fueron detenidos. Los alumnos desalojados protagonizaron los primeros enfrentamientos, que tuvieron su momento álgido el lunes 6 de mayo con la toma del Barrio Latino de París. Se levantan las primeras famosas barricadas del que ha pasado a ser conocido como el *Mayo francés* y se produce una verdadera lucha campal en las calles parisinas. Se vuelcan e incendian coches; se arrancan los adoquines del pavimento para ser lanzados contra la policía. El saldo de heridos se eleva a 800. Aún así, las manifestaciones continuaron. El martes día 7 una enorme multitud de estudiantes recorrió el centro de París hasta llegar a las inmediaciones del palacio del Elíseo, que estaba custodiado por un fuerte dispositivo policial. Todo apuntaba a que los enfrentamientos entre los manifestantes, si intentaban acceder al palacio presidencial, tendrían unas consecuencias fatales; sin embargo, no ocurrió ningún acontecimiento infausto. Al día siguiente se reabría la Universidad de Nanterre, pero la Sorbona seguía cerrada. Las protestas continuaron hasta llegar al momento culminante del Mayo francés. La tarde del viernes día 10 se organizó una multitudinaria manifestación de estudiantes, tanto de los liceos como de la universidad, en la que participaron casi 30.000 personas. Al llegar al Barrio Latino y comprobar el despliegue policial que había en la zona, iniciaron la reconstrucción de las barricadas. Por la noche, el barrio estaba en poder de los manifestantes, sin embargo, ya en la madrugada, hacia las 2:15, los policías arremetieron contra los estudiantes. Las refriegas fueron muy duras; los concentrados soportaron la represión violenta de las fuerzas del orden hasta las 5:30 de la madrugada, con el apoyo de los vecinos del barrio, ajenos a las protestas, que les ofrecían comida, bebida, paños con agua para protegerse de las bombas lacrimógenas e incluso dándoles asilo.

La crudeza de la violencia ejercida por la policía transformó la revuelta de mayo, ya que pasó de ser una protesta estudiantil a protesta social, cuando el día 13 los sindicatos franceses iniciaron una huelga y se unieron a los estudiantes en las manifestaciones. La unión entre los obreros y los universitarios tuvo su ejemplo más patente cuando ocuparon la Sorbona en una asamblea conjunta. Las huelgas obreras se extienden por las provincias durante los días posteriores, hasta declararse la huelga general el 19 de mayo, que fue

masivamente seguida. Durante los siguientes días los huelguistas continúan ocupando fábricas por todo el país. La situación empieza a tener repercusiones políticas. El día 22 el gobierno francés salva, por un estrechísimo margen de votos, una moción de censura. El día 24 el presidente de la República, Charles de Gaulle, propuso un referéndum para llevar a cabo una reforma profunda (su primer ministro, George Pompidou, había declarado a la televisión: "Reforma, sí; desorden, no") que sirviera para ratificar la confianza que tenía el pueblo francés en él. La respuesta de los manifestantes fue una segunda noche de barricadas. La situación política es insostenible. El 30 de mayo De Gaulle anuncia la disolución de la Asamblea y la convocatoria de elecciones para el mes de junio. Las huelgas y las protestas van cesando hasta el momento de la consulta popular. En un principio todo parece que va a cambiar tras las elecciones; sin embargo, De Gaulle basó su campaña electoral en el miedo, planteándole a su electorado una clara disyuntiva: o él y el orden, o la revolución roja. Su mensaje caló profundo en la sociedad francesa. El partido gaullista Unión por la Defensa de la República consiguió la mayoría absoluta (293 escaños de 487 posibles). Sin embargo, a pesar del triunfo por encima de todos los grupos políticos que habían confraternizado con las protestas de Mayo del 68, en el referéndum del 27 de abril de 1969 para la reforma de la Constitución que propugnaba De Gaulle, el 52,41% votó en su contra. De Gaulle, que había vinculado su permanencia en el poder al resultado de las votaciones, dimitió automáticamente y se retiró de la vida política.

La Primavera de Praga

En el bloque comunista también hubo una experiencia política inédita en el año 1968. El 4 de enero de dicho año se celebró en Praga, la capital checoslovaca, una reunión del Comité Central del Partido Comunista de Checoslovaquia presidida por Antonín Novotný, que ostentaba en su persona los cargos de presidente de Checoslovaquia y secretario general del Partido Comunista. Novotný era un férreo estalinista, fiel a Moscú, que a duras penas se había adaptado a los

cambios propugnados a raíz del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética en 1956. Aún así, en su país las tendencias más liberales dentro del partido se habían extendido y eran cada vez más fuertes. En la reunión de enero, los miembros del comité Central del Partido Comunista checoslovaco tomaron la determinación de separar los poderes que ostentaba Novotný, de tal manera que seguía siendo el presidente de la República, pero cesaba en su cargo de secretario general del partido. El elegido para este último cargo fue un eslovaco de 46 años, Alexander Dubček. Su elección fue muy bien vista por Leonid Brezhnev, el entonces secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética, ya que lo consideraba un hombre fiel a Moscú. El nuevo líder de la República Checoslovaca inició una suerte de medidas liberalizadoras que ya se habían ido planteando años atrás. Dubček liberalizó los medios de comunicación y puso en marcha una profunda reforma económica y social. Para llevar a cabo los nuevos planes económicos, el pueblo checoslovaco contribuyó, de una manera solidaria con el gobierno, trabajando voluntaria y gratuitamente en los llamados “domingos de Dubček”.

En Moscú, todos estos cambios empezaron a causar una cierta preocupación, que se puso de manifiesto en la reunión del Pacto de Varsovia en Praga el 24 de febrero de 1968. En ella participaron el líder comunista húngaro János Kádár, el búlgaro Todor Zhivkov, el alemán Walter Ulbricht, el polaco Władisław Gomułka y el soviético Leonid Brezhnev, que tuvo una seria confrontación con Dubček por el curso que estaban tomando los acontecimientos en Checoslovaquia. Los cambios seguían imparables en el país comunista. El presidente checoslovaco Novotný fue sustituido por el general Ludvik Svoboda, más partidario de las reformas. Dubček continuó con su programa de cambios que pretendía instaurar un “socialismo de rostro humano”. Para ello, el partido comunista checoslovaco aprobó el “Programa de Acción” el 6 de abril de 1968, mediante el cual el partido, aun manteniendo su papel dirigente, dejaba de tener el poder autoritario, ya que se separaba el Gobierno del Partido, por lo que el primero debería responder ante el Parlamento; se autorizaba a partidos no comunistas a expresar sus puntos de vista divergentes, para ello se abolía completamente la censura. Además se descentralizaba la economía y se adoptaba un sistema de autogestión, en el que las

empresas eran dirigidas por los consejos de obreros y no por el partido comunista directamente. Aunque estas medidas escandalizaron a los dirigentes soviéticos, y a algunos de los restantes países del Pacto de Varsovia, el pueblo checoslovaco mostró un apoyo total durante la manifestación el 1º de mayo a sus dirigentes reformadores, Alexander Dubček, Oldřich Černík, Josef Smrkovský y Ludvik Svoboda. Pero las presiones de los países comunistas, con la Unión Soviética a la cabeza, eran cada vez más fuertes, aunque el comité Central del Partido Comunista de Checoslovaquia no cejaba en conseguir la instauración de un sistema con mayores libertades en todo su territorio. Sin embargo, el "socialismo de rostro humano" sucumbió el 20 de agosto de 1968, cuando las fuerzas militares del Pacto de Varsovia invadieron Checoslovaquia. Dubček pidió a su pueblo que no se derramara sangre, que no se levantara en armas contra el ejército invasor; todavía estaba en la memoria de todos la cruel represión de Budapest de 1956 y los líderes checoslovacos no querían que las calles de Praga se sembraran de cadáveres ante los tanques soviéticos y un contingente de 600.000 soldados del Pacto de Varsovia; sin embargo, fue inevitable el enfrentamiento. Checoslovaquia estaba bajo el poder de las tropas de sus "países hermanos". La cúpula del poder checoslovaco fue depurada a finales de agosto de 1968. La "Primavera de Praga" había acabado.

La Revolución Cultural China

Las tensiones en el mundo comunista no se reducían a los problemas intestinos de los países del Pacto de Varsovia entre la Unión Soviética y sus países satélites. También durante la década de los 60 en la República Popular China se produjeron enfrentamientos entre las dos facciones del Partido Comunista chino y entre los dos colosos comunistas, China y la Unión Soviética.

Mao Zedong, tras llegar al poder después de la guerra civil china, se había propuesto la reconstrucción nacional. Para ello aplicó dos

reformas que regeneraran el sistema; en 1956 impulsó la “Campaña de las Cien Flores” y en 1958 el “Gran Salto Adelante”. Con la primera reforma, en la que las “cien flores” simbolizaban cien escuelas de pensamiento, Mao buscó la colaboración de las clases medias y los intelectuales, pero las críticas a las medidas propuestas por el partido comunista condujeron a una dura represión. Con el “Gran Salto Adelante” se produjo una gigantesca movilización de la sociedad para la construcción de infraestructuras y se llevó a cabo la socialización de la agricultura con la creación de comunas populares campesinas. Sin embargo, no se alcanzaron los objetivos, antes bien fue un fracaso al haber cambiado radicalmente el modo de vida y producción agrícola tradicional chino. Millones de campesinos fueron obligados a colaborar en fabricación de acero, en pequeños hornos que se diseminaron por todo el territorio. China sufrió una gran hambruna, que, unida a una grave epidemia, diezmó a los campesinos, provocando millones de muertos. Este fracaso debilitó a Mao dentro del Partido Comunista de China, provocando una lucha interna por el poder, entre Mao y sus seguidores y los opositores a Mao, entre los que destacaban Liu Shaoqi, segundo presidente de la República Popular China, y Deng Xiaoping, entonces secretario general del Partido Comunista chino. Ambos tomaron las riendas del poder para realizar cambios en las estrategias económicas, abandonando las ideas impuestas por Mao en la economía durante los años anteriores. Shaoqi, que tenía el apoyo del comité del partido, salió reelegido como presidente de la República Popular de China en enero de 1965. Sin embargo, Mao no se iba a quedar indiferente ante esta relegación del poder; estaba dispuesto a volver a conseguir el liderazgo que había perdido. Con este fin realizó una enorme campaña de desprestigio de los líderes opositores calificándolos de “revisionistas”. Esta ofensiva maoísta, que marcó el comienzo de la primera etapa de la Gran Revolución Cultural Proletaria, fue lanzada en noviembre de 1965. El líder comunista quería un mayor protagonismo del pueblo, frente a la burocratización del partido y del Estado. El ejército, con Lin Biao a su cabeza, apoyó al sector maoísta; asimismo, miembros destacados del gobierno chino, como su primer ministro Zhou Enlai, se mantuvieron fieles a Mao. El mundo cultural y universitario también se sumó a la Revolución Cultural de Mao. Las manifestaciones y mítines, así como la propaganda, contra los políticos y burócratas “revisionistas” se

extendieron. Mao aprovechó este movimiento popular volviéndose hacia las masas, frente al inmovilismo del partido. A partir de julio de 1966, Mao movilizó a los “guardias rojos”, jóvenes comunistas, contra las críticas de los dirigentes del partido. Los “guardias rojos” estaban constituidos por asociaciones de estudiantes, que aparecieron por primera vez en la Universidad de Pekín y que se convirtieron en la punta de lanza de la Revolución Cultural, la cual fue comunicada oficialmente al país el 8 de agosto de 1966, al publicarse en el *Diario del Pueblo* de Pekín la *Decisión en 16 puntos* del Comité Central del Partido Comunista Chino. En ella se instaba a luchar contra “los derechistas burgueses ultrarreaccionarios y contra los revisionistas antirrevolucionarios” (punto 5), ya que “a estos hay que desenmascararlos a fondo, derribarlos, aplastarlos, desacreditarlos y eliminar su influencia” (punto 8). Estas consignas se extendían por todo el territorio chino, bajo la guía intelectual de las *Citas del Presidente Mao*, el volumen más conocido como el *Libro Rojo de Mao*. No obstante, en algunas ciudades y núcleos de población campesina hubo mucha resistencia a la Revolución Cultural que pretendían implantar los guardias rojos. En algunas poblaciones se produjeron verdaderos enfrentamientos armados entre las distintas facciones. Las universidades permanecían cerradas, las industrias paradas y la producción agrícola descendió hasta niveles mínimos. China estaba sumiéndose en el caos más absoluto. Mao, que ha asumido en su persona la figura del Gran líder, el Gran Timonel del Estado, el Gran Comandante Supremo del ejército y el Gran Maestro, decide la desmovilización de los guardias rojos, de aquellos que lo habían encumbrado en el liderazgo de nuevo, con la ayuda y la intervención del ejército chino, siempre fiel al líder. Era la única manera de volver al orden y la normalidad. Se reorganizó el gobierno, con fuerte influencia de los militares. La celebración del IX Congreso del Partido Comunista de China entre el 1 y el 23 de abril de 1969 selló definitivamente el fin de la Revolución Cultural Proletaria china.

La crisis de los dos gigantes comunistas

El enfrentamiento entre las posturas revisionistas y ortodoxas maoístas que se dieron durante la Revolución Cultural Proletaria china era una proyección a nivel interno de las discrepancias ideológicas que cada vez separaban más a la Unión Soviética y a la República Popular China. Aun así, diversas son las causas que condujeron al deterioro de las relaciones sino-soviéticas y a su posterior ruptura.

Stalin consideraba que, con el triunfo de la revolución maoísta, la Unión Soviética había ganado un gran aliado con China. Sin embargo, tras la muerte de Stalin y la llegada al poder de Nikita Jruschov, las relaciones entre los dos gigantes se fueron haciendo cada vez más inestables. El proceso de desestalinización que siguió a la celebración del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética supuso una fractura ideológica entre el gobierno chino y el de Moscú. Desde Pekín se consideró que los soviéticos se habían plegado a las exigencias capitalistas y que el revisionismo de la política de Jruschov les impedía seguir siendo el timón que gobernara el rumbo del comunismo en el mundo.

Asimismo, Mao consideraba que la Unión Soviética había traicionado a China al no prestarle el apoyo en la crisis del Estrecho de Taiwán de 1958 entre la República Popular China y la República de China, a la que apoyó Estados Unidos. Tampoco encontró China ayuda económica de Moscú durante la hambruna acaecida tras el fracaso del Gran Salto Adelante. Incluso la visita de Jruschov a China en septiembre de 1959 no sirvió para mejorar las relaciones, sino que, al contrario, los expertos soviéticos que estaban ayudando a los chinos a construir su propia bomba atómica fueron retirados, los estudiantes chinos que estaban en la Unión Soviética fueron repatriados y se interrumpieron los acuerdos de cooperación; la visita del líder soviético, que debía durar siete días en tierras chinas, acabó al tercer día.

A pesar de todos estos desencuentros y de las crisis entre las relaciones de China y la Unión Soviética no llegaron a ningún conflicto armado hasta el año 1969, en el que se produjeron una serie de enfrentamientos fronterizos entre tropas soviéticas y chinas en la zona del río Ussuri, un afluente del río Amur, que servía de frontera entre la

Unión Soviética y la provincia china de Heilongjiang. Los conflictos fronterizos entre la Unión Soviética y la República Popular China provenían de la división de los territorios que se fijó en tres tratados entre la Rusia zarista y el Imperio chino durante el siglo XIX. A lo largo de la década de los sesenta del siglo XX los enfrentamientos se multiplican. Pero el incidente más peligroso y dramático llegará el día 2 de marzo de 1969. Ese día una patrulla fronteriza soviética fue interceptada por tropas chinas en la isla Damanski, para los soviéticos, o Zhenbao, según el nombre chino, situada en el río Ussuri. El resultado del enfrentamiento fue la muerte de 31 soldados soviéticos. El día 15 volvió a producirse otro conflicto fronterizo en el mismo lugar, cuando tropas soviéticas abrieron fuego contra los soldados fronterizos chinos, causándoles cerca de 800 bajas. La confrontación fronteriza estaba llegando a niveles muy preocupantes, por ello se sucedieron las protestas diplomáticas entre ambos colosos comunistas, pero no consiguieron parar los choques fronterizos. Otro incidente ocurrió el 13 de agosto de 1969 en la frontera entre la provincia china de Xinjiang y la República Soviética de Kazajistán cuando tropas chinas invadieron el territorio soviético. La escalada continuó con la instalación por parte de la Unión Soviética de un sistema de misiles antibalísticos en la frontera con Xinjiang, lo que parecía confirmar las sospechas chinas de que los soviéticos planeaban un ataque preventivo contra la instalación nuclear china en esa zona.

La sombra de la guerra planeaba entre la República Popular China y la Unión Soviética. Para evitar el posible conflicto, el 11 de septiembre de 1969, Alexéi Kosygin visitó Pekín para reunirse con Zhou Enlai, aprovechando el viaje por los funerales de Ho Chi Minh. En la reunión se trató fundamentalmente la resolución del conflicto fronterizo. Ambas partes llegaron a un acuerdo basado en tres principios, que eran mantener las fronteras en su estado actual, no emplear la fuerza militar para resolver los desacuerdos y prevenir futuros encontronazos bélicos. Aunque estas negociaciones consiguieron un leve progreso en las relaciones, el ejército soviético siguió aumentando su presencia en la frontera a lo largo de la década de los años setenta del siglo XX y el gobierno chino continuaba viendo este despliegue militar como una amenaza.

Por su parte, Estados Unidos aprovechó esta coyuntura de ruptura entre las dos grandes potencias comunistas para establecer sus lazos diplomáticos con China. El resultado de este acercamiento, conocido como la “diplomacia del ping-pong”, vio sus frutos a partir de 1971, cuando el 15 de marzo se suprimen por primera vez las trabas para que los ciudadanos estadounidenses viajen a China o con la invitación del equipo nacional de Estados Unidos de tenis de mesa a visitar el gigante asiático el 10 de abril. No obstante, el fortalecimiento de las relaciones sino-estadounidenses da el gran paso con la visita secreta de Henry Kissinger entre el 9 y el 11 de julio de 1971, que preparó el posterior viaje del presidente de Estados Unidos Richard Nixon a la República Popular de China el 21 de febrero de 1972. El acercamiento entre los dos países de tendencias políticas tan antagónicas fue el fruto también de la época de distensión que abrió nuevas perspectivas de paz para el mundo en la década de los años setenta.

En busca de la distensión

Antes de que se iniciara el proceso de distensión entre las grandes potencias durante los respectivos mandatos de Richard Nixon y Leonid Brezhnev, ya en la década de los sesenta se dio entre Estados Unidos y la Unión Soviética un cierto deshielo de sus relaciones. La crisis de los misiles de Cuba en 1962 puso al mundo al borde de una guerra nuclear. Esto condujo a los dirigentes de las entonces tres potencias nucleares, el presidente de Estados Unidos, Lyndon Johnson, el primer ministro soviético, Alexéi Kosygin, y el primer ministro británico, Harold Wilson, a ratificar la firma del Tratado de No Proliferación Nuclear. El peligro de la Destrucción Mutua Asegurada, así como la toma de conciencia por parte de Estados Unidos, la Unión Soviética y la República Popular de China, de que su poder era limitado, como demostró la Guerra de Corea, pero especialmente la Guerra de Vietnam para los estadounidenses, las tensas y a menudo frágiles relaciones sino-soviéticas y la ya mencionada crisis de Cuba entre los soviéticos y los estadounidenses, convencieron a sus líderes de la necesidad de una relación más estable y de colaboración. La

distensión no suponía la sustitución de la Guerra Fría por una paz mundial, sino la gestión del conflicto de una manera más segura, sobre todo para las grandes potencias, y un mayor control de la rivalidad entre ellas.

La distensión en Europa tuvo su principal referente en el canciller alemán Willy Brandt. El político germano se propuso acabar con la "Doctrina Hallstein", que toma su nombre de Walter Hallstein, secretario de Estado de Asuntos Exteriores del anterior canciller Konrad Adenauer, que propugnaba la ruptura de relaciones diplomáticas de la República Federal de Alemania con todos aquellos países que reconociesen a la República Democrática de Alemania. Era, pues, una política dura propia de los tiempos de mayor tensión entre los bloques durante la Guerra Fría. Willy Brandt inicio una política de acercamiento diplomático a la Europa del Este, conocida como *Ostpolitik*, con la que se pretendía normalizar las relaciones con el bloque comunista, fundamentalmente con la República Democrática de Alemania. Willy Brandt estableció una serie de acuerdos diplomáticos fundamentales dentro del marco de la *Ostpolitik*. Entre ellos, el Tratado de Moscú, firmado por el canciller alemán y por Alexéi Kosygin y Andréi Gromyko, por parte soviética, el 12 de agosto de 1970; el otro acuerdo de gran trascendencia fue el Tratado de Varsovia, firmado por Willy Brandt y el primer ministro polaco, Józef Cyrankiewicz, el 7 de diciembre del mismo año. Mediante ambos tratados, la República Federal de Alemania, la República Popular de Polonia y la Unión Soviética se comprometieron con la no violencia y con el respeto de la frontera Oder-Neisse, que separaba a los dos primeros países, tal como se impuso a los alemanes tras la posguerra en la conferencia de Postdam. Como ejemplo de buena voluntad, Willy Brandt sorprendió a todos con un acto de desagravio al arrodillarse ante el monumento conmemorativo al levantamiento del gueto de Varsovia contra las tropas nazis. Otra importante consecución de la *Ostpolitik* de Brandt fue la firma el 3 de septiembre de 1971 del Acuerdo cuatripartito sobre Berlín, en el que Moscú se comprometía a no realizar cambios unilaterales en la ciudad alemana, así como a permitir los desplazamientos de los ciudadanos alemanes entre ambos lados de la frontera.

Aunque en Estados Unidos no se veía con buenos ojos la *Ostpolitik* de Brandt, porque había sido implementada de un modo unilateral, es decir, sin contar con la administración Nixon, y, por ello, la consideraban un acercamiento a la Unión Soviética y un cierto distanciamiento de la OTAN que pudiera conllevar la salida de las tropas estadounidenses de sus bases en la Alemania Occidental, el gobierno estadounidense continuó con su política de distensión entre los dos bloques. Tras el viaje de Nixon a la República Popular de China, los soviéticos temieron que el acercamiento entre las otras dos potencias pudiera romper el frágil equilibrio entre el bloque comunista y el capitalista. Por lo tanto, apostaron también por buscar una distensión con los estadounidenses. El resultado fue la visita de Nixon a Moscú en mayo de 1972, durante la Cumbre de Moscú. Allí se firmó el Tratado sobre Misiles Antibalísticos firmado el día 26 de dicho mes, en el que ambas potencias declaraban su intención de lograr lo antes posible el cese de la carrera nuclear y tomar medidas efectivas para la reducción de armas estratégicas y del armamento nuclear; era la culminación de las llamadas "Conversaciones sobre Limitación de Armas Estratégicas" o SALT I. El fruto de estos tratados se materializó en la Conferencia de Helsinki, que tuvo lugar a lo largo de tres sesiones entre el 3 de julio de 1973 y el 1 de julio de 1975. Al final culminó con el Acta final de la Conferencia sobre la Seguridad y Cooperación en Europa, firmada por treinta y cinco países, entre ellos la Unión Soviética y Estados Unidos. Sus resoluciones supusieron un paso importantísimo para reducir las tensiones de la Guerra Fría y el momento cumbre de la *deténte*. No obstante, la imagen más icónica de la distensión, el acercamiento y la colaboración de las dos grandes potencias fue el primer acoplamiento espacial realizado el 15 de julio de 1975 por una nave estadounidense y una soviética en la misión Apolo-Soyuz. En la carrera espacial había tomado ventaja la Unión Soviética al enviar al primer hombre al espacio, el cosmonauta Yuri Gagarin, el 12 de abril de 1961. Posteriormente, Estados Unidos había superado a su competidor al conseguir que Neil Armstrong pisara por primera vez la Luna el 21 de julio de 1969. Sin embargo, ambas potencias llegaron juntas al primer acoplamiento en el espacio.

Movimientos terroristas en Europa

A pesar de que la Guerra Fría parecía conducir a un camino hacia la convivencia más pacífica entre las dos grandes potencias antagónicas al final de la década de los sesenta y durante la de los setenta, Europa sufrirá las consecuencias de una terrible escalada terrorista llevada a cabo por diversos movimientos revolucionarios. Las razones para este aumento de los grupos terroristas son obviamente distintas en cada caso; sin embargo, se puede establecer un germen en las revueltas del 68 como la raíz de algunos movimientos. El fracaso de las expectativas de los grupos de izquierda más radicales del 68 hizo que los elementos más extremistas continuaran su lucha por medio del terrorismo. Dos grupos terroristas europeos, la *Rote Armee Fraktion*, más conocida como los Baader-Meinhof, en Alemania, y las Brigadas Rojas italianas tienen su origen en estas revueltas. Ambas tienen en común que sus dirigentes querían romper con la sociedad que se había fraguado a lo largo de la Guerra Fría a partir de la generación de sus progenitores, culpables de haber llevado a sus países al fascismo y de haberlos abocado a la Segunda Guerra Mundial. Asimismo, estos grupos terroristas siempre han sido minoritarios, con un apoyo popular exiguo o inexistente, centrado escasamente en los movimientos más extremistas de la izquierda.

Orígenes muy distintos tienen los dos movimientos terroristas independentistas, como el de ETA (Euskadi Ta Askatasuna) en España, o el IRA Provisional, Ejército de la República Irlandesa. Ambos se asienten en una cuestión territorial. En Irlanda la división del territorio por parte del Imperio Británico en 1921 entre el Estado Libre del Eire, que a partir de 1949 pasó a llamarse República de Irlanda e Irlanda del Norte, no solucionó la “cuestión irlandesa”. En los seis condados del Ulster, gobernados por la mayoría protestante, los unionistas leales a la unión con la Gran Bretaña conservaban incluso en la década de los sesenta del siglo XX una serie de privilegios frente a los católicos de dicho territorio, por ejemplo, en el reparto de viviendas sociales, o en la adjudicación de puestos de trabajo dependientes del gobierno de Irlanda del Norte. A partir de 1968 nació el Movimiento de los Derechos Civiles para acabar con estas

discriminaciones sociales y políticas entre protestantes y católicos. Las protestas de los católicos del Movimiento de los Derechos Civiles fueron brutalmente reprimidas por las fuerzas británicas desplegadas en Irlanda del Norte. Por otro lado, los enfrentamientos entre los unionista de la Orden de Orange, encabezados por el extremista reverendo Ian Paisley, y los católicos, obligaron al gobierno del Ulster a solicitar la intervención del ejército británico para acabar con los enfrentamientos. Con este fin, los paracaidistas llegaron a trazar una línea de paz mediante un muro de planchas metálicas que aislaba los guetos católicos de Falls Road, la calle principal de Belfast. En este caldo de cultivo de violencia, reapareció el IRA Provisional, que optó por la vía del terrorismo. La escalada de actos violentos se inició a partir de 1970 y tuvo su momento más brutal el 21 de julio, el "Viernes Sangriento", durante el cual el IRA hizo explotar 22 bombas en el centro de Belfast, causando nueve muertos y más de cien heridos. La política británica para evitar la violencia en Irlanda del Norte se basó en una mayor represión, con el envío cada vez de más tropas y la aplicación de leyes de excepción, proceso al que se denominó "ulsterización". Esta actitud extremadamente represiva volvió a dar como resultado otro día trágico para la historia del Ulster. El domingo 30 de enero, en la ciudad de Derry, también conocida como Londonderry, se celebraba una manifestación de la asociación por los derechos civiles de Irlanda del Norte. En principio, la marcha era totalmente pacífica hasta que un grupo de radicales católicos comenzó a lanzar piedras contra las barricadas donde estaban asentados los soldados británicos. Sin embargo, tras ser repelidos los alborotadores con botes de gas y pelotas de goma, miembros del Primer Batallón de Paracaidistas del Reino Unido abrieron fuego contra los manifestantes. El macabro resultado fue catorce muertos y más de treinta heridos. El "Domingo Sangriento" había pasado cruelmente a la historia del conflicto de Irlanda del Norte.

Por su parte, ETA nace como una escisión de las juventudes del Partido Nacionalista Vasco en 1958. ETA diseñó el ideario de la organización en las dos asambleas celebradas en mayo de 1962 y en marzo de 1963. En ellas establecieron sus objetivos fundamentales como la independencia del País Vasco, territorio constituido por las cuatro provincias vascas españolas, más todo el territorio de la Alta

Navarra, en España, y el de la Baja Navarra en Francia, así como los territorio franceses de Labort o Lapurdi y Sola o Zuberoa. También establecieron como objetivo conseguir un sistema democrático representativo, en el que se respetaran los derechos humanos, rechazando tanto el fascismo como el comunismo; sin embargo, posteriormente la ya banda terrorista adoptaría principios ideológicos marxista-leninistas; la defensa de la lengua vasca era uno de las metas capitales del grupo así como la aconfesionalidad del futuro Estado vasco independiente. Para conseguir todos estos objetivos propugnaba la acción directa, la lucha armada como herramienta para luchar contra el régimen dictatorial del general Franco. Su primer atentado político premeditado y planeado por ETA tuvo lugar el 2 de agosto de 1968. Ese día acabaron con la vida de Melitón Manzanas González, jefe de la Brigada Político-Social de Guipúzcoa, cargo desde el que dirigió los interrogatorios de muchos opositores al régimen de Franco, y por lo que fue acusado de ser un torturador brutal. El atentado de mayor repercusión política de la banda ETA se produjo a las 9 horas y 28 minutos del 20 de diciembre de 1973, cuando acabaron con la vida del presidente de gobierno, Luis Carrero Blanco. Con su muerte moría también la posibilidad del continuismo de la dictadura franquista. La actividad terrorista de ETA no finalizó con la llegada de la democracia a España, antes bien se multiplicaron hasta llegar a las 829 personas ejecutadas. Entre los atentados más sangrientos destaca el que tuvo lugar en el supermercado Hipercor de Barcelona, el 19 de junio de 1987, que causó 21 muertos y 45 heridos. Tanto el IRA como ETA, han sido los movimientos terroristas que más han durado en el tiempo, debido al mayor o menor apoyo de una parte de la población local de sus respectivos territorios. Aun así, ETA anunció el cese de la actividad armada el 20 de octubre de 2011, mientras que, por el contrario, grupos disidentes del IRA Provisional, desmantelado el 3 de septiembre de 2008, contrarios a la paz, como el IRA auténtico, continuaron su actividad violenta, de “baja intensidad”.

De la Masacre de Múnich a la Guerra del Yom Kippur

Otro de los grupos terroristas que más convulsionó el mundo durante la década de los setenta fue Septiembre Negro, grupo terrorista palestino que ganó terrible notoriedad al atentar contra la representación israelí en los Juegos Olímpicos de Múnich de 1972. En el atentado, perpetrado entre el 5 y el 6 de septiembre de 1972, el comando terrorista asesinó a seis entrenadores y cinco atletas israelíes y a un policía alemán. Cinco de los terroristas fueron abatidos por la policía.

Como consecuencia de este acto terrorista, el gobierno israelí de Golda Meir dio luz verde a la *Operación Cólera de Dios*, también conocida como *Operación Bayoneta*. Consistía en una operación encubierta ideada y ejecutada por miembros de los servicios de inteligencia israelíes, el Mossad, que tenía como objetivo eliminar a los terroristas de Septiembre Negro que fueron responsables del atentado de Múnich y liberados posteriormente por la Republica Federal de Alemania: asimismo, también fueron objetivos de la *Operación Cólera de Dios* los miembros de la Organización para la Liberación de Palestina, la OLP, que pudieran estar implicados en la matanza, según las informaciones del Mossad.

Mientras Israel daba caza a los ejecutores y planificadores de las muertes de sus atletas, a las dos de la tarde del 6 de octubre de 1973 el ejército egipcio, bajo las órdenes de Anwar el-Saddat, atravesaba el Canal de Suez e iniciaba un duro ataque contra las defensas israelíes. Al mismo tiempo, las tropas sirias de Hafez al-Asad irrumpieron en los Altos del Golán. Israel se enfrentaba a una nueva guerra por cuarta vez contra los países árabes. Pero en este caso el ataque había cogido por sorpresa al ejército israelí, ya que había tenido lugar el día del Yom Kippur, la festividad del día de la Expiación, el día del arrepentimiento judío, el día más santo y solemne del año. El ejército israelí lanzó su aviación contra las tropas egipcias que se habían adentrado en territorio ocupado; pero al contrario de lo que había ocurrido en los anteriores conflictos árabe-israelíes, los aviones se encontraron con una barrera de misiles de fabricación soviética *Sam-2* y *Sam-3* que derribaron un gran número de efectivos de las escuadrillas aéreas. Además, los carros de combate de Israel eran inutilizados por misiles antitanque lanzados por la infantería egipcia. El

ejército israelí comprendió que Anwar el-Saddat había reforzado y modernizado su ejército y la primera consecuencia fue que los israelíes debían batir en retirada su ejército. El frente abierto por los sirios también supuso un duro revés para las fuerzas de Israel que veían impotentes cómo el avance de los blindados de Hafez el-Asad era imparable en los dos días siguientes. No obstante, el 9 de octubre, se inició una ofensiva israelí con las divisiones blindadas contra territorio sirio al tiempo que la aviación atacaba objetivos militares y la central hidroeléctrica de la ciudad de Homs. El día 10 las tropas israelíes habían recuperado el terreno perdido al principio de la guerra. Las pérdida en material bélico por parte de los tres países enfrentados en la contienda eran tan numerosas que podían decidir el final de la guerra en cualquier momento; sin embargo, las dos facciones del conflicto eran apoyadas por las dos superpotencias antagónicas. Estados Unidos surtía de materiales militares a sus aliados tradicionales, los israelíes; por su parte, la Unión Soviética apoyaba con suministros bélicos a los árabes. De esta manera, la guerra podía seguir su curso. Los éxitos en el campo de batalla de Israel le permitieron soportar la lucha en los dos frentes. Otro factor beneficioso para los intereses de Tel Aviv vino de las desavenencias entre los generales sirios y egipcios, ya que estos últimos no lanzaron una ofensiva simultánea a la que estaban realizando los sirios. Esto permitió que las fuerzas israelíes rompieran las líneas sirias en dirección a su capital, Damasco. Hafez al-Asad pidió ayuda a Iraq, que envió sus brigadas acorazadas a los Altos del Golán. En el frente egipcio, los carros de combate avanzaron 30 km por la península del Sinaí abandonando la línea de seguridad que les proporcionaba sus misiles antiaéreos. Por ello, la aviación israelí pudo atacarlos tras dejar el frente de los Altos del Golán. La guerra dio un giro inesperado por una de las hazañas bélicas más destacadas de todo el siglo XX. El general Ariel Sharon, con sólo 400 hombres, sin apoyo aéreo, ni de carros de combate, cruzó el Canal de Suez y consiguió destruir las baterías de misiles antiaéreos egipcias. El día 18 de octubre la aviación y el ejército terrestre israelí tenían el camino libre hacia El Cairo y la ciudad de Suez. El día 22, el Consejo de Seguridad de la ONU aprobaba una resolución que pedía el alto el fuego, auspiciada por el gobierno de Nixon para moderar la victoria del ejército israelí y conseguir que Egipto siguiera contando con Estados Unidos como un

futuro aliado; Moscú también apoyaba dicha resolución para evitar la debacle de sus aliados árabes. Al fin, el día 27 de octubre terminaba el conflicto. A 100 kilómetros de Damasco había llegado la artillería de Israel y a 80 kilómetros de El Cairo los carros de combate israelíes. El 11 de noviembre Israel y Egipto firmaron el alto el fuego.

La primera crisis del petróleo

Dos días después de que empezara la Guerra del Yom Kippur o Guerra del Ramadán, tal como la denominaron los contendientes árabes, el 8 de octubre de 1973, la economía del mundo empezó a tambalearse porque los países miembros de la OPAEP, la Organización de Países Árabes Exportadores de Petróleo, grupo de naciones árabes inserto dentro de la OPEP, decidieron unilateralmente, en una reunión celebrada en Kuwait, incrementar el precio del petróleo en más de un 70%. El precio del barril de crudo pasó de 3,01 dólares a 5,12, en octubre de 1973. Además, en otra reunión celebrada el 16 de octubre decidieron recortar la producción petrolífera en un mínimo del 5 % hasta que Israel se retirara de los terrenos ocupadas desde 1967 tras la Guerra de los Seis Días y hasta que se restituyeran los derechos del pueblo palestino. Algunos países optaron por no vender ni una gota de petróleo a todas aquellas naciones que apoyaban a Israel, entre las que estaban Países Bajos y Estados Unidos.

La OPAEP tomó estas medidas de espaldas a las grandes empresas petrolíferas, las llamadas “Siete Hermanas”: Exxon, Mobil Oil, Texaco, Gulf, British Petroleum, Socal/Chevron y Shell, que eran las que dominaban el mercado y por tanto las que fijaban el precio del crudo. Sin embargo, con la decisión unilateral de los países exportadores de petróleo árabes, el precio del barril regresó a su máximo histórico en enero de 1974, cuando volvió a subir de 5,12 dólares a 11,651. Con este aumento se estabilizó la situación y la primera crisis del petróleo se fue superando. Aun así, las repercusiones económicas en Occidente fueron muy duras. La subida

de los precios de la energía elevó los costes de producción y los precios. Esto tuvo como consecuencias más directas la aparición del déficit público y una situación de paro masivo. Las economías entraron en un proceso de fuerte desaceleración; los años dorados de la década de los sesenta dieron paso a los “años de plomo” de los setenta; la era del pleno empleo había desaparecido. Las sociedades del bienestar se tambalearon al no poder hacer frente a la crisis, porque el gasto público se había disparado. Por el contrario, los países de Oriente Próximo productores de petróleo vieron cómo crecía su economía exponencialmente. La entrada de divisas enriqueció las arcas de los respectivos estados. Sin embargo, las diferencias entre la población se abismaron; la fractura social y económica era cada vez más grande, ya que los ricos aumentaron sus ganancias de manera vertiginosa, mientras las bolsas de pobreza crecían cada vez más.

Del sah al ayatolá

Uno de los casos paradigmáticos de este abismo social se dio con meridiana claridad en Irán. Durante el reinado del sah Mohammad Reza Pahlaví, un 10% de la población atesoraba la riqueza del país. Las divisas que entraban por la explotación de los fructíferos pozos petrolíferos, así como las ayudas de Estados Unidos para mantener en el poder al sah, no sirvieron para cohesionar un país cuya estructura social y económica era caótica. Reza Pahlaví lanzó una serie de medidas de modernización, llamadas pomposamente la “Revolución Blanca”, entre las que estaban el sufragio femenino, la tendencia al laicismo, la expropiación de los latifundios… A pesar de ser unas reformas de corte liberal, alcanzaron sólo a un pequeño núcleo de la población, es decir, únicamente se beneficiaron las clases sociales ligadas al poder. Mientras tanto, la gran masa de población campesina, con una agricultura totalmente devastada, había optado por emigrar a las grandes ciudades, fundamentalmente a la capital, Teherán, que había absorbido a una masa de miles de personas sin trabajo, desarraigadas y sin futuro. Pero, la gran obsesión del sah era mantenerse en el poder. Para ello, abolió el

sistema de gobierno multipartidista, de manera que el sah ostentaba todo el poder de manera autocrática. La represión ejercida por el gobierno contra cualquier movimiento político contrario fue brutal. La temible SAVAK, el servicio de inteligencia iraní, asesorado y entrenado por miembros de la CIA, aparte de aplicar la censura sobre la prensa, los libros y las películas, se ocupaba de reprimir todo tipo de oposición al régimen. El núcleo de oposición más fuerte en Irán provenía de los mulás o ulemas, de los guías espirituales, que daban a la mayoría del pueblo iraní un mensaje de esperanza, cuyos principios morales y religiosos estaban fuertemente enraizados en el chiismo, que choca frontalmente con el laicismo del poder iraní, y la corrupción que rodeaba la corte del sah.

El imán que lideraba todas las protestas contra el régimen de Reza Pahlaví era el ayatolá Ruhollah Musaví Jomeini, que había sido expulsado de Irán en octubre de 1964. Era un hecho insólito que un gobierno expulsara a un miembro tan destacado del poder religioso. En su peregrinaje por el exilio, vivió en Turquía, de ahí pasó a la ciudad santa de Najaf, en Irak, de donde fue expulsado, hasta instalarse en Neaufle-le-Château, en Francia. Desde allí, aprovechando la libertad de prensa francesa, las soflamas de Jomeini contra el régimen del sah iban siendo cada vez más encendidas. Y las protestas de los seguidores del ayatolá, cada vez más numerosas. La mecha que encendió los desórdenes que dieron paso a la revolución islámica en Irán fue un artículo publicado el 6 de enero de 1978 en el periódico *Ettela'at* firmado al parecer por el ministro de Información y Turismo Daryoush Homayoun, con el pseudónimo Ahmad Rashidi-Motlaq. El artículo tenía por título "Irán y el Imperialismo Negro y Rojo". En él se acusaba a Jomeini de ser un agente del espionaje británico; además se le menospreciaba al declarar el articulista que era "un poeta indio loco"; la difamación se debía a que su abuelo paterno Sayid Musawi Ahmad Hindi, pasó muchos años en la India. Pero los insultos más lacerantes fueron las acusaciones de ser un borracho e incluso un homosexual no declarado. Los estudiantes de la ciudad santa de Qom, seguidores radicalizados de Jomeini, se manifestaron violentamente; las protestas fueron salvajemente reprimidas por la policía, que abatió a disparos a 70 manifestantes. Pero la acción más cruenta perpetrada por la policía y el ejército del

régimen tuvo lugar el 8 de septiembre de 1978, tras una serie de manifestaciones y protestas durante la primavera y el verano de ese mismo año, después de que se decretara la ley marcial. En la plaza de Yalé en Teherán, la capital de Irán, se habían concentrado miles de manifestantes contrarios a las políticas del sah. El ejército para disolverlos empezó a disparar, causando más de cien muertos. Estas muertes fueron la condena total del régimen de Reza Pahlaví, La situación política y social en Irán era cada vez más insostenible. Los manifestantes contra el sah, espoleados por Jomeini desde su exilio, multiplicaron los actos de protesta. En noviembre de 1978, más de un millón de personas se congregaron en las calles de Teherán para protestar contra el régimen del sah; un mes después, por todo el territorio de Irán se manifestaron más de nueve millones de iraníes. El ejército y las fuerzas del orden se vieron superadas por el cariz de los acontecimientos; asimismo, facciones del ejército se unieron a los revolucionarios, con lo que el sah perdió todo el control de la situación en su país. Únicamente le quedaba una salida. El 16 de enero de 1979, Reza Pahlaví, junto con su familia y sus más llegados colaboradores, partía del aeropuerto de Teherán en dos Boing 707 hacia el exilio, huyendo de Irán.

Irán se convierte en República Islámica

Jomeini regresó a Irán, triunfante y aclamado por las masas, el 1 de febrero de 1979. Con él se iniciaba la Revolución Islámica iraní. El nuevo régimen fue dominado por los líderes religiosos más extremistas, ya que los miembros más moderados del primer gobierno fueron depuestos. El 31 de marzo de 1978 se celebra un referéndum para elegir si se proclama la república islámica. El voto afirmativo venció por una aplastante mayoría absoluta; así se daba luz verde a la República Islámica. Jomeini encargó a un grupo de expertos en el islam la redacción de la constitución iraní. Se prohibió el derecho a la huelga, se conculcaron los derechos de las mujeres… El nuevo régimen dominado por los religiosos, depuró, encarceló o fusiló no sólo a los antiguos colaboradores del antiguo régimen, tanto militares

como civiles, implicados o no en las torturas y represión ejercida por al anterior gobierno, sino a toda persona susceptible de ser un opositor, ya por sus ideas políticas o religiosas, a la República Islámica. De esta manera se persiguió todo cuanto tuviera relación con el laicismo, ya que se suponía que estaba infectado de las ideas occidentales del "Gran Satán", es decir, Estados Unidos. En Irán no se perdonaba el apoyo que había tenido el sah en sus últimos años por el entonces presidente Jimmy Carter. El furor antiestadounidense tuvo su máxima expresión el 4 de noviembre de 1979, cuando varios centenares de estudiantes fanáticos asaltaron la embajada de Estados Unidos en Teherán y tomaron como rehenes a 52 estadounidenses durante 444 días. La reivindicación fundamental de los exaltados asaltantes era la extradición del sah, que se encontraba en Estados Unidos para operarse de un cáncer linfático.

Pero, además de la crisis de los rehenes, el gabinete de Carter tuvo que afrontar otra crisis que rompió el proceso de distensión establecido entre las dos grandes superpotencias durante la Guerra Fría. El día 27 de diciembre de 1979 el ejército de la Unión Soviética cruza la frontera de Afganistán y da comienzo la invasión del territorio afgano.

La Guerra de Afganistán

La revolución islámica de Irán fue un motivo de preocupación muy grande para algunos países con un número muy elevado de población musulmana, porque consideraban que el fundamentalismo chií podía influir en sus propios habitantes y alimentar revueltas que acabaran con los gobiernos en el poder. Los actos violentos protagonizados por los chiitas en diversos países árabes hacían temer lo peor. En noviembre de 1979, un grupo de guerrilleros asaltó la Gran Mezquita de La Meca. Los apoyos a los iraníes se sucedieron desde Arabia Saudí hasta Argelia. En Libia, manifestantes exaltados prendieron fuego a la embajada estadounidense en Trípoli el 4 de diciembre de 1979. La Unión Soviética, aunque había apoyado diplomáticamente la

revolución de Jomeini debido a la política pro estadounidense del sah, también veía con gran preocupación la propagación de los movimientos islamistas más radicales, no sólo por sus propios territorios con una amplia población musulmana, sino por la República Democrática de Afganistán, donde, tras la Gran Revolución de Abril en 1978 y el derrocamiento del presidente Mohammed Daud Khan, se había instaurado un régimen comunista. En septiembre de 1979, había tomado el poder Jafizulá Amín, tras haber mandado asesinar al anterior presidente de la República Democrática de Afganistán, Nur Mohammad Taraki. Amín, líder de la facción comunista afgana *Jalaq*, en su mayoría de etnia pastún, contraria a la facción *Parcham*, también comunista, cuya mayorías étnicas eran tayikos, acaparó todo el poder al acumular los cargos de presidente del país, primer ministro y secretario general del Partido Democrático Popular de Afganistán. Dirigió el país con mano dura, acabando con todo atisbo de rivalidad. La represión se centró tanto en objetivos políticos, incluso dentro de las filas del partido comunista afgano, como religiosos. Las ejecuciones se contaban por miles. La oposición al régimen autoritario de Amín provenía tanto de las filas de su propio partido, como de las guerrillas islamistas de muyahidines.

La Unión Soviética veía cada vez con mayor preocupación la situación de Afganistán. Por ello, determinó intervenir directamente en el conflicto y envió a sus tropas el 27 de diciembre de 1979 a territorio afgano. Ese mismo día, tropas de élite soviéticas dieron un golpe de Estado que derrocó a Jafizulá Amín y puso en el poder al ex embajador afgano en Praga, Babrak Karmal, líder de la facción *Parcham*. Amín fue detenido, juzgado y acusado de crímenes contra el pueblo afgano. Fue ejecutado junto a su hermano Abdullah Amín, jefe del ejército del y su sobrino Assadullah Amín, el temido jefe de la policía secreta. Karmal se mostró en el poder conciliador y prometió la instauración de libertades, mejoras sociales para el pueblo afgano y diálogo con las facciones rebeldes. Sin embargo, la intervención soviética que había aupado al poder al nuevo presidente, provocó un mayor rechazo del nuevo régimen entre los rebeldes

La intervención de la Unión Soviética en la guerra de Afganistán motivó que el presidente estadounidense Carter llamara a su

embajador en Moscú y se comunicara por el “teléfono rojo” con Leonid Brezhnev para que éste suspendiera el envío de tropas a Afganistán, a lo que el líder soviético obviamente respondió con una negativa, al justificar su acción ante la solicitud del gobierno afgano de ayuda material y militar para defender la revolución de afgana de abril de 1978, la integridad territorial y la independencia de su nación. Ante esta respuesta, el gobierno de Estados Unidos hizo que se aplazaran las resoluciones del tratado SALT II, que se proponían limitar la producción del Misil Balístico Intercontinental (ICBM), canceló la venta de 17 millones de toneladas de cereales pactada con la Unión Soviética, vendió armamento moderno y dio asesoramiento militar a Pakistán y a las milicias rebeldes afganas, suspendió los privilegios pesqueros a los barcos soviéticos en aguas estadounidenses, cesó la venta de tecnología así como los intercambios económicos y culturales con Moscú, lo que produjo el boicot de Estados Unidos a los Juegos Olímpicos de 1980, que se celebrarían en la capital soviética. Volvió, en fin, la mentalidad de la línea dura de la Guerra Fría. Había llegado el final de la *deténte*.

Capítulo 5

El final de la Guerra Fría

Mientras la Unión Soviética seguía embarcada en su Vietnam particular en la guerra de Afganistán, la crisis de los rehenes en Teherán continuaba siendo el gran meollo de la política exterior estadounidense. Se había roto la distensión propugnada por las administraciones de los anteriores presidentes de Estados Unidos, que culminara con Nixon y su diplomacia de acercamiento a las dos potencias comunistas; que su sucesor Gerald Ford, tras la renuncia de Nixon por el escándalo Watergate, había continuado con la firma de los Acuerdos de Helsinki, durante la Conferencia sobre la Seguridad y Cooperación en Europa que tuvo lugar en Finlandia entre el 30 de julio y el 1 agosto de 1975. Cuatro años después todo había cambiado.

El final de la crisis de los rehenes

La política interior llevada a cabo por Carter, muy centrada en temas sociales como los derechos de los homosexuales o la amnistía para los insumisos de la guerra de Vietnam, con la que quiso cerrar, en cierto modo, la “herida vietnamita” de la sociedad estadounidense, no sirvió para mejorar la imagen interna del presidente. Tampoco lo consiguieron sus logros en política exterior, con la que intentó entablar un diálogo abierto entre las naciones más ricas y las más pobres, promoviendo los derechos humanos en el mundo; asimismo se implicó activamente en la reducción de la carrera armamentística entre la

URSS y Estados Unidos e intentó acabar con la obsesión anticomunista que presidía la diplomacia de Richard Nixon y Henry Kissinger. En el terreno internacional, Carter consiguió la negociación y la firma de los Tratados del Canal de Panamá en septiembre de 1977, por los que se transfería la administración y el gobierno del canal a la República de Panamá. Pero el mayor logro diplomático fueron los Acuerdos de Camp David del 17 de septiembre de 1978, firmados por el presidente egipcio Anwar el-Sadat y el primer ministro israelí Menachen Begin, con la mediación del presidente estadounidense. Los principales acuerdos establecieron la devolución de la península del Sinaí a Egipto, así como el reconocimiento del Estado de Israel por parte del gobierno egipcio. El firme respaldo a la distensión entre las dos superpotencias condujo a la firma de los acuerdos tomados en la conversaciones Sobre la Limitación de las Armas Estratégicas (SALT II) en Viena el 18 de junio de 1979, entre Carter y el líder soviético Leonid Brézhnev, por los que se limitaba el número y el tipo de misiles nucleares intercontinentales, tanto de Estados Unidos como de la URSS. Sin embargo, el tratado no fue ratificado por el Senado estadounidense, ya que la invasión soviética de Afganistán produjo la inevitable suspensión de dichos acuerdos.

Los acontecimientos internacionales, fundamentalmente el secuestro de los ciudadanos estadounidenses en la embajada de Teherán a manos de los estudiantes iraníes, fueron minando la popularidad de Jimmy Carter, que era considerado por el pueblo estadounidense como un presidente débil ante el cariz que tomaba la situación internacional. Con el fin de acabar con la crisis de los rehenes, Carter aprobó una misión secreta militar para el rescate de los estadounidenses secuestrados en la embajada de la capital iraní. La operación recibió el nombre en clave de “Garra de Águila” y se llevó a cabo el 24 de abril de 1980. La complejidad de la acción, que implicaba a unos doscientos individuos, ocho helicópteros y varios aviones de transporte, así como los fallos mecánicos que se produjeron en varios helicópteros que participaban en la misión, hicieron fracasar estrepitosamente el intento de rescate de los rehenes estadounidenses. La única opción que le quedaba a la administración Carter para liberar a sus compatriotas secuestrados era la vía diplomática. Con la mediación del gobierno de Argelia y,

sobre todo, del diplomático argelino Abdelkrim Gharabieb, Washington y Teherán llegaron a un acuerdo para la liberación de los rehenes.

Ronald Reagan: el renovado orgullo estadounidense

A pesar de que Carter cumplió su promesa de liberar a los 52 estadounidenses secuestrados en Irán, en las elecciones celebradas el 4 de noviembre de 1980 fue ampliamente derrotado por el candidato republicano Ronald Reagan, un ex actor, convencido anticomunista y antiguo colaborador en la "caza de brujas" del senador Joseph McCarthy, cuando era presidente del Sindicato de Actores de Cine. Reagan se propuso realizar una revolución conservadora en Estados Unidos y recuperar la importancia de su país en el mundo. Su campaña electoral se basó fundamentalmente en la crítica a la presunta debilidad de la política exterior del gobierno de Carter. Firme enemigo de la distensión, fue contrario a los acuerdos SALT II, ya que, según su opinión, daban ventaja a la Unión Soviética. El mensaje electoral de la campaña republicana *America is back* ('Estados Unidos ha vuelto') era claro; apelaba al orgullo de una nación que, desde el punto de vista de amplios sectores de la población, se había debilitado y necesitaba reafirmar su poder mundial. Ronald Reagan juró su cargo como cuadragésimo presidente de Estados Unidos el 20 de enero de 1981; ese mismo día eran liberados los rehenes estadounidenses. Lo que había sido un logro de la diplomacia de la administración Carter, se convirtió en una conquista de Ronald Reagan.

Al llegar al poder, Reagan adoptó una dura postura hacia la Unión Soviética. El agresivo discurso anticomunista del presidente estadounidense ya se había materializado previamente en la elección en abril de 1980 de sesenta y siete asesores, de los cuales más de la mitad eran ex militares o civiles que habían desempeñados cargos en el Pentágono; el resto eran hombres de negocios y académicos ligados a la derecha estadounidense. Con el triunfo de Reagan el

republicanismo más radical tuvo la sensación, tras las controvertidas presidencias de Nixon y Gerald Ford, de que había ganado verdaderamente uno de los suyos, un presidente que prometía una "nueva aurora" en Estados Unidos y una imagen renovada de fuerza en la escena internacional.

Reagan acusaba a la Unión Soviética de haberse embarcado en la mayor escalada armamentística en la historia de la humanidad, a la vez que argumentaba que Estados Unidos se había quedado a la zaga en esta carrera armamentística y que, por lo tanto, los soviéticos tenían superioridad militar. Para contrarrestar esta presunta desigualdad, la Casa Blanca comenzó el rearme más elevado en tiempos de paz en la historia de Estados Unidos. Siguiendo esa misma línea de fortalecimiento militar, la administración Reagan rechazó el no ratificado Tratado de Limitación de Armas Estratégicas (SALT II), al considerar que reforzaba el desequilibrio militar. En su lugar, la Casa Blanca propuso las Conversaciones para la Reducción de Armas Estratégicas (START). La intención era reducir el número total de armas estratégicas en los arsenales de las superpotencias. Sin embargo, la propuesta de Reagan no fue aceptada por el Kremlin, ya que suponía que los soviéticos destruyeran más de la mitad de su arsenal, mientras que permitía a Estados Unidos incrementar su número.

Asimismo, en 1981 el gobierno de Reagan anunció que respetaría la 'doble decisión' tomada por la OTAN el 12 de diciembre de 1979, según la cual se desplegarían en Europa 572 misiles estadounidenses –108 Pershing II, en la República Federal de Alemania, y 464 misiles de crucero, que se repartirían entre el Reino Unido (160), Alemania Occidental (112), Italia (96), Bélgica (48) y Holanda (48) – para contrarrestar los misiles SS-20 soviéticos que apuntaban hacia Europa occidental, si Washington y el Kremlin no llegaban a un acuerdo para obtener un equilibrio en la presencia de armas nucleares de alcance medio en territorio europeo, antes de finales de 1983. El anuncio de Reagan levantó públicas protestas por toda Europa y generó un movimiento por la paz. En respuesta a esta presión, la administración estadounidense propuso la llamada "opción cero", en la que Estados Unidos renunciaría al despliegue de sus misiles de alcance intermedio

en Europa si los soviéticos estuvieran de acuerdo en desmantelar sus SS-20. La propuesta de Washington era totalmente innegociable, ya que requería que los soviéticos desmantelaran las armas existentes mientras que no requería virtualmente nada de Estados Unidos. El Kremlin rechazó inmediatamente la “opción cero”.

Latinoamérica y la administración Reagan (y la guerra de las Malvinas)

Otro foco de confrontación entre las superpotencia fueron las disputas regionales. La Casa Blanca pretendía impedir a toda costa la influencia soviética por todo el globo, ayudando en todos los países a aquellas facciones que luchaban contra los comunistas. En Afganistán, al tiempo que exigía la retirada de las tropas de Moscú, Reagan aumentó la ayuda a los insurgentes muyahidines que luchaban contra el ejército soviético. En Centroamérica es donde se hizo más patente el enfrentamiento entre la administración Reagan y los regímenes prosoviéticos. Asimismo el presidente estadounidense no dudó en reforzar militarmente los gobiernos dictatoriales de Guatemala o El Salvador para frenar al revolucionario Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, y el de Honduras. De esta manera se formaba una especie de glacis para aislar al gobierno nicaragüense del Frente Sandinista de Liberación Nacional, que había derrocado al dictador Anastasio Somoza Debayle. Reagan, obsesionado por la tan manida “teoría del dominó”, según la cual un régimen enemigo, comunista en este caso, podría influir en los países en las políticas de los territorios vecino, promovió un apoyo militar masivo, en forma de asesores, material bélico y recursos, al ejército salvadoreño y asistencia militar directa e indirecta, mediante la Agencia Central de Inteligencia (CIA), a las fuerzas antisandinistas, más conocidas como “contra” nicaragüense, que operaban desde Honduras y Costa Rica.

Aunque esta situación convirtió a Centroamérica en un foco de tensión bélica entre los dos mundos antagónicos, la mayor guerra

convencional tuvo lugar entre dos países pertenecientes al mismo bloque ideológico. En la madrugada del 2 de abril de 1982 unidades del Ejército, la Marina y la Aviación argentinos desembarcaron en las islas Malvinas, archipiélago bajo dominio británico, cuya soberanía reclamaba Argentina. Como la dictadura militar del país sudamericano atravesaba una profunda crisis a principios de 1982, su presidente, el general Leopoldo Fortunato Galtieri, ordenó la ocupación de las Malvinas, rebautizadas desde hacía muchos años por los británicos como Falklands. La intención de los militares argentinos era desviar las protestas populares, embarcándose en una acción patriótica que devolviera el antiguo territorio, cuya reivindicación por parte de Argentina había sido constante desde el 3 de enero de 1833. El día 3 de abril se rendía el escaso destacamento militar británico; Argentina volvía a izar su bandera en el territorio reivindicado durante tanto tiempo. Mientras la euforia patriótica se extendía por todo el pueblo argentino, la respuesta no se hizo esperar en Londres. La primera ministra Margaret Thatcher no dudó en enviar la mayor flota de guerra reunida desde la Segunda Guerra Mundial. La escuadra de la Royal Navy partió del puerto de Portsmouth el 5 de abril. La administración de Reagan veía con gran preocupación la inminente guerra entre dos países aliados. El secretario de Estado estadounidense Alexander Haig intentó por todos los medios conseguir una solución diplomática a la crisis, pero fracasó. La “Dama de Hierro”, como fue conocida Margaret Thatcher, estaba decidida a recuperar las Falklands a cualquier precio; la guerra era ineludible. El ataque masivo británico comenzó el 1 de mayo. Dos días después, el submarino nuclear británico *HSM Conqueror* hunde el crucero *ARA General Belgrano*, con un saldo de 368 soldados argentinos muertos. A pesar de que el rumbo de la guerra era totalmente favorable a los británicos, en Argentina la prensa no paraba de lanzar mensajes de falsa euforia con respecto al conflicto; cada uno de los hundimientos de buques británicos, conseguido por las fuerzas argentinas, era festejado por los rotativos como un paso más hacia una victoria, que cada vez estaba más lejos del ejército argentino. Finalmente, la guerra de las Malvinas terminó el 14 de junio de 1982, día en que el general Benjamín Menéndez, gobernador argentino de las islas se rindió al general británico Jeremy Moore. El final del conflicto tuvo como principal consecuencia la caída del poder del general Galtieri. Las *Falklands*

volvían a manos del Reino Unido.

Ronald Reagan y sus asesores respiraron tranquilos tras la resolución de la crisis bélica entre sus dos aliados. El enemigo, según la administración estadounidense, no estaba para entonces entre los países amigos, sino en una minúscula isla del mar Caribe llamada Granada o Grenada. Gobernada desde 1979 por Maurice Bishop, su política había acercado a Granada a los países comunistas. Desde Washington se veía con gran recelo esta deriva del poder granadino, ya que podría incrementar la influencia y la expansión comunista en los países latinoamericanos circundantes. El 12 de octubre de 1983 se produjo un golpe de Estado encabezado por el general granadino Hudson Austin. El gobierno de Reagan, con la excusa de la preocupación por la seguridad de unos 1.000 estadounidenses presentes en Granada, la mayoría de ellos estudiantes universitarios, planeó una invasión de la minúscula isla caribeña. La operación, que recibió el nombre clave de "Furia Urgente", se llevó a cabo el 25 de octubre de 1983, y fue comandada por Joseph Metcalf. Tres eran los objetivos estratégicos de la invasión: proteger y evacuar a los ciudadanos estadounidenses, restaurar un gobierno democrático y eliminar la influencia e intervención de soviéticos y cubanos. Se achacaba a estos la construcción de un gran aeropuerto que se sospechaba que podría servir para que aterrizaran en Granada los grandes bombarderos soviéticos; sin embargo, el gobierno granadino siempre defendió que su construcción tenía como fin que pudieran aterrizar aviones comerciales de grandes dimensiones. Con todo, la invasión se inició a escala, con el desembarco de *marines* y *rangers* estadounidenses y tropas de la Organización de Estados del Caribe Oriental. Los invasores sobre el terreno ascendieron a más de 7.000, frente a las escasas 1.500 del ejército granadino, apoyadas por más de 700 cubanos presentes en la isla. Aún así, la resistencia de los defensores fue mayor de la esperada, lo que produjo 19 víctimas mortales y 116 heridos entre las tropas estadounidenses. Por el otro bando, hubo 25 cubanos muertos, 59 heridos y 638 fueron capturados; las tropas granadinas sufrieron la baja de 45 muertos y 358 heridos. La invasión de la isla caribeña no solo fue un claro aviso para los países latinoamericanos donde estaban afianzándose los regímenes marxistas, como por ejemplo Nicaragua, así como a las

guerrillas que propugnaban revoluciones comunistas, también supuso un golpe de efecto para el orgullo estadounidense que tanto había proclamado Ronald Reagan, puesto que la invasión de Granada era la primera victoria del ejército estadounidense desde el fracaso de Vietnam.

Los fantasmas de la Guerra Fría: la "Guerra de las Galaxias"

La invasión de Granada no fue, ni mucho menos, el acontecimiento de 1983 que más tensión creó entre Moscú y Washington. Ya el 8 de marzo de ese año, Ronald Reagan se había referido a la URSS en un discurso ante la Asociación Nacional Evangélica, en la ciudad de Orlando, en Florida, como el "imperio del mal", continuando con la dura retórica anticomunista de que venía haciendo gala desde antes de su elección. Quince días después, el presidente anunció en un discurso la Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE o SDI, según las siglas inglesas). El proyecto consistía en un sistema defensivo capaz de inutilizar misiles nucleares que pudiesen ser lanzados contra objetivos estadounidenses o de sus aliados, mediante el empleo de satélites, sensores y armas, capaces de detectar el lanzamiento, seguir el objetivo y destruirlo antes de llegar a su objetivo. La propuesta levantó en Estados Unidos firmes críticas por su elevado coste y por su inviabilidad científica para poder llevarla a cabo. Debido a que en su tiempo esta iniciativa parecía más propia de la ciencia ficción fue llamada "Guerra de las Galaxias", en referencia a la película homónima dirigida por George Lucas en 1976. Si los estadounidenses conseguían superar las limitaciones tecnológicas de la época y la Iniciativa de Defensa tuviera éxito, se rompería el equilibrio de fuerzas nucleares entre las dos potencias. La precaria estabilidad que daba la idea de la *Destrucción Mutua Asegurada*, imperante durante gran parte de la Guerra Fría (y de la que ya hemos hablado anteriormente), se desmoronaba ante esta nueva tecnología de guerra. El entonces secretario general soviético, Yuri Andrópov, que había sucedido a Leonid Brezhnev el 10 de noviembre de 1982,

veía con gran temor esta iniciativa de Reagan. En el Kremlin la IDE se consideraba el primer paso para una nueva escalada militar. Sin embargo, Reagan la concebía como un verdadero escudo defensivo, de protección, no destinado a la agresión bélica; aun así, tanto dentro de sus fronteras como fuera de Estados Unidos, se la tenía por una peligrosa militarización del cielo. El planteamiento de la IDE, en realidad, obedecía al miedo y al rechazo que sentía, en su fuero interno, por la Destrucción Mutua Asegurada, según la cual habría estabilidad y paz mientras que las dos partes tuvieran suficientes armas nucleares para tomar represalias pagando con la misma moneda.

Otro desgraciado acontecimiento vino a minar aún más las ya de por sí muy deterioradas relaciones entre las superpotencias. El 1 de septiembre de 1983, los soviéticos derribaron un avión de pasajeros KAL 007, matando a los 269 viajeros a bordo, incluyendo 61 estadounidenses. Inicialmente Moscú negó los hechos; sin embargo, posteriormente, alegó que el avión derribado era militar y que realizaba misiones de espionaje al sobrevolar el territorio soviético de la península de Kamchatka y de la isla de Sajalín, donde fue abatido. La condena estadounidense fue tajante y se prohibió el permiso de la flota aérea soviética comercial, la Aeroflot, para realizar vuelos por el territorio estadounidense.

Pero el momento más crítico entre los dos bloques durante aquellos tiempos se dio en noviembre de ese fatídico año 1983, cuando la OTAN realizó unas maniobras militares desde el día 2 hasta el 11 de dicho mes en la zona de Europa Occidental. El ejercicio, cuyo nombre era *Able Archer 83*, simulaba un ataque con armas nucleares entre dos contendientes, el bando Azul, los países miembros de la OTAN, y el bando Naranja, el oponente, que de una manera obvia se refería al bloque comunista. En una hipotética situación, la facción Naranja comenzaba las hostilidades en regiones pertenecientes a los países de la OTAN, con armas químicas, al que respondía con un ataque nuclear el bando Azul. El realismo con el que fue ejecutado el ejercicio puso en estado de alerta al bloque comunista e hizo pensar a los dirigentes soviéticos que Occidente realmente iba a iniciar una guerra nuclear contra los países satélites. La crisis desapareció

cuando acabaron las maniobras militares de la OTAN.

Sin embargo, a pesar de la acritud entre Reagan y Andrópov, el presidente estadounidense, en un importante discurso emitido el 16 de enero de 1984 sobre las relaciones entre las superpotencias, desveló su deseo de mejorar sinceramente la cooperación y la comprensión entre Washington y el Kremlin. En su alocución, el presidente estadounidense, en lugar de pedir cambios en el comportamiento soviético, con las habituales diatribas de sus intervenciones anticomunistas en el pasado, habló de la necesidad de afrontar los problemas comunes de manera conjunta, así como los intereses mutuos, de los cuales el principal era evitar la guerra y reducir el nivel armamentístico de ambas naciones. Además de estos dos objetivos prioritarios, la tercera meta que se propuso Reagan fue la resolución de los conflictos regionales, tales como Afganistán y Latinoamérica.

Poco después Ronald Reagan se quedó sin interlocutor. Un mes después de su discurso a favor de la cooperación con la URSS, el 9 de febrero de 1984 murió el secretario general soviético Yuri Andrópov. Lo sustituyó al frente de la Unión Soviética Konstantín Chernenko. El Kremlin había optado por la continuidad de gerontocracia al mando del Politburó, al elegir a un nuevo líder que tenía 73 años cuando consiguió el poder, y una frágil salud. Chernenko prosiguió con la línea dura respecto a la Guerra fría y a las relaciones con Estados Unidos, mientras que fortaleció las relaciones bilaterales con la República Popular de China.

La nueva orientación de la política de Reagan no solo fue ignorada por el nuevo mandatario de Moscú, sino que incluso dentro de Estados Unidos tampoco fue tomada en consideración, al tiempo que miembros de su propio gobierno, como el secretario de Defensa Caspar Weinberger y el director de la CIA, William Casey, directamente no apoyaban su nuevo punto de vista. Entre los demócratas se consideraba que esta nueva estrategia de acercamiento era una estratagema para ganar las futuras elecciones. Esta última perspectiva era la que también compartían los asesores nacionales del presidente, cuya mayor preocupación era la elección presidencial de 1984. Por ello creían que una estrategia de menor

confrontación ganaría puntos con respecto a los votantes. Asimismo, la esposa del propio presidente, Nancy Reagan, que siempre tuvo mucha influencia en su esposo, también le aconsejaba que persiguiera la senda hacia la paz. Consciente del legado de su marido, la Primera Dama le animó a dejar detrás algo más permanente a las futuras generaciones que una simple escalada armamentística y el hecho, por muy importante que fuera, de que Estados Unidos estuviera en una posición mucho más fuerte que la que había tenido en años y superior a la de la Unión Soviética, tal como el presidente se propuso al ser elegido en 1980.

Aires de cambio en el bloque comunista: Solidaridad

Mientras el equipo electoral de Ronald Reagan se embarcaba en la campaña que elevó a la presidencia al ex actor, en Polonia un electricista junto a un grupo de compañeros de trabajo fundó un sindicato que cambió el rumbo de la política polaca y, posteriormente, la de los países de la órbita comunista.

Los trabajadores de los astilleros Lenin, en la ciudad polaca de Gdańsk, se declararon en huelga para protestar por la subida de precios en los productos de primera necesidad que había establecido el 1 de julio de 1980 el gobierno polaco, liderado por el primer ministro Edward Babiuch y el primer secretario del partido comunista Edward Gierek. La protesta obrera se fue extendiendo por diversas ciudades del país durante la primera quincena de julio. El líder sindical de dicha huelga era un trabajador de la fábrica Elektromontaz llamado Lech Wałesa. Esta no era la primera vez que los obreros polacos de la zona del Báltico protestaban por la carestía de la vida en Polonia y por sus pésimas condiciones de trabajo. Diez años antes ya se habían declarado en huelga por las mismas razones, pero en aquella ocasión, el gobierno polaco dio la orden de disparar a los manifestantes. Un total de 44 obreros resultaron muertos. En 1980, ni Babiuch ni Gierek estaban dispuestos a una acción tan represiva y cruel contra sus compatriotas. Asimismo, la visita del primer papa polaco, Juan Pablo

II, de nombre secular Karol Józef Wojtyła, a su país natal en junio de 1979, recibido por enfervorizadas multitudes de polacos, había puesto en el punto de mira al gobierno. Por su parte, la poderosa Iglesia polaca se había situado del lado de los obreros en sus reivindicaciones. Pronto las peticiones laborales se transformaron en políticas, a la par que la revuelta iba prendiendo en todo el país, coordinados por el recién fundado Comité de Huelga Interempresas (*Międzyzakładowy Komitet Strajkowy* o MKS). Mientras, los huelguistas de los Astilleros Lenin se atrincheraron en las fábricas y complejos portuarios. Desde allí el MKS planteó un manifiesto con veintiuna demandas entre las que destacaban la creación de sindicatos autogestionarios independientes del partido comunista, el derecho a la huelga, el respeto de la libertad de expresión, la elaboración de una plan de reforma económica, la liberación de los huelguistas detenidos, el aumento de los salarios y el principio de elección de los cuadros dirigentes. Ante esta situación, al gobierno envió una comisión encabezada por Tadeusz Pyka, viceprimer ministro polaco, el 17 de agosto, a Gdańsk. Ante los informes de Pyka, al día siguiente el primer secretario Gierek realizó una alocución radiofónica en la que advertía del peligro de politizar las reivindicaciones obreras. Gierek aceptó a las exigencias que no tuvieran tinte político; sin embargo, esto no satisfizo las pretensiones de los líderes sindicales, principalmente a Lech Wałesa, Andrzej Gwiazda y Anna Walentynowicz, por lo que las jornadas de huelga prosiguieron recrudeciéndose. Ante el fracaso de las negociaciones, Pyka fue sustituido por el también viceprimer ministro del gobierno polaco, Mieczysław Jagielski. El primer paso al frente de la comisión fue aceptar la representatividad del MKS y sentarse a negociar con Lech Wałesa el 23 de agosto. Ante la presión de los huelguistas y por orden del primer secretario del Partido Obrero Unificado Polaco (POUP), el partido comunista de Polonia, Jagielski aceptó sus veintiuna demandas. Gierek quería evitar a toda costa que las revueltas obreras se convirtieran en una verdadera sublevación que provocase la intervención de la Unión Soviética. Los acuerdos de Gdańsk fueron ratificados el 31 de agosto por el comité Central del Partido Obrero Unificado Polaco, que fue perdiendo paulatinamente su masa de afiliados. Esta crisis del partido condujo al relevo de Gierek por un nuevo primer secretario, Stanisław Kania, el 5 de septiembre.

Unas semanas antes, el primer ministro polaco Edward Babiuch había sido relevado de su cargo por Jósef PiÕkowski.

El 22 de septiembre, reunidos bajo la dirección de Lech Wałesa, más de cien delegados sindicales fundaron *Solidarnoíº* ('Solidaridad'), que fue registrado como sindicato el 10 de noviembre, tras una dura lucha con los tribunales polacos. A principios de 1981 Solidaridad tenía diez millones de afiliados. Su líder indiscutible, Lech WaÓesa, se había convertido en un verdadero héroe para el proletario polaco y a los ojos de la Iglesia y de Occidente en un paladín de la libertad. Las huelgas promovidas por Solidaridad continuaron, lo que empeoró aún más la situación de la ya de por sí maltrecha economía polaca. El 10 de febrero el primer ministro PiÕkowski fue sustituido en su cargo por el general Wojciech Witold Jaruzelski. Durante el año 1981 continuaron las movilizaciones. Los campesinos polacos exigían un sindicato como Solidaridad, que hasta la fecha solo tenía fuerza entre los obreros industriales. El gobierno accedió a la petición el 6 de mayo de 1981. Desde Moscú se observaba con mucha preocupación la deriva de la política polaca. Leonid Brézhnev dio un ultimátum a Kania y Jeruzelski para que acabaran con el caos reinante en Polonia. Por su parte, el sindicato Solidaridad no cejaba en pedir más medidas democratizadoras, como la celebración de elecciones libres; asimismo WaÓesa hizo un llamamiento a todos los trabajadores de los países de la órbita soviética para que formaran sindicatos libres. Esta fue la gota que colmó el vaso. El 13 de septiembre de 1981, cuatro días antes de que se celebrara la huelga general que había convocado solidaridad en todo el territorio polaco, Jaruzelski, que ya ostentaba también los cargos de primer secretario del POUP, y ministro de Defensa, proclamó la ley marcial y estableció un Consejo Militar de Salvación Nacional, formado por quince generales y cinco coroneles y presidido por él mismo. Hubo una dura represión por todo el país. Lech WaÓesa y toda la dirección de Solidaridad fueron detenidos, así como miles de trabajadores. La presión y las sanciones que le llegaron del exterior a la cúpula militar que gobernaba Polonia la obligaron a liberar a WaÓesa y a levantar parcialmente la ley marcial en 1982. Jaruzelski había evitado una intervención soviética en Polonia, pero también había segado las aspiraciones democráticas de los sindicatos y la clase obrera polaca; asimismo, de manera colateral,

las relaciones entre los dos bloques se habían deteriorado aún más por el caso polaco.

Mijaíl Gorbachov o el triunfo reformista en la Unión Soviética

Por otra parte, en la Unión Soviética se rompió con la gerontocracia reinante; tras la muerte el 11 de marzo de 1985 del anciano Konstantin Chernenko, se eligió a un secretario general de 53 años, Mijaíl Gorbachov. El nuevo líder soviético se propuso realizar una serie de reformas que se plantearon durante el XXVII Congreso del PCUS celebrado entre febrero y abril de 1986, al exponer la necesidad de *glásnost* o 'transparencia' para hacer progresar la *perestroika* o 'reconstrucción' de la URSS.

Uno de los principales objetivos del cambio de Gorbachov fue el acercamiento entre Estados Unidos y la URSS. Aunque había importantes desacuerdos entre las dos superpotencias, Gorbachov y sus compañeros reformadores compartían un mismo objetivo con la Casa Blanca en relación con los asuntos más importantes. El principal entre estos asuntos compartidos era el deseo de Reagan y de Gorbachov de eliminar las armas nucleares. Fue este sueño común el que inicialmente condujo a los dos hombres a comprender que podían trabajar juntos, abriendo así la puerta a una nueva colaboración, ya que ambos rechazaban el concepto de Destrucción Mutua Asegurada. Tanto Reagan como Gorbachov temían un accidente nuclear involuntario, debido a la existencia de vastos silos armas atómicas, ya que aumentaba la probabilidad de un accidente.

Un desgraciado accidente en una central atómica aumentó las preocupaciones soviéticas sobre un intercambio nuclear accidental. El 26 de abril de 1986 en la planta de energía nuclear de la ciudad ucraniana de Chernóbil, uno de los cuatro reactores explotó, esparciendo enormes cantidades de material radiactivo a la atmósfera; la nube tóxica, que alcanzó los 2 kilómetros de altura, se extendió por

casi toda Europa. El accidente nuclear de Chernóbil fue el más grave ocurrido en la historia y el único calificado como nivel 7, el más alto, en la Escala Internacional de Accidentes Nucleares. Tras el desastre, el Kremlin optó, como en los tiempos más oscurantista de la URSS, por el silencio. Esta actitud chocaba frontalmente con las propuestas de cambio y de transparencia de Gorbachov. Aunque, en realidad, la incapacidad de los expertos soviéticos para contener los desastrosos efectos del desastre y la presión internacional obligaron al líder soviético a hacer una declaración pública sobre lo ocurrido, aunque de manera muy parcial, así como a pedir ayuda a especialistas extranjeros. La actitud de los responsables del desastre al ocultar al mundo las posibles consecuencias, urgió a Gorbachov a acelerar los cambios a partir de 1986 siguiendo su promesa de *glásnost*. En primer lugar realizó una serie de sustituciones radicales en su gabinete, promoviendo a miembros más liberales, tales como Anatolii Dobrynin, Vadim Medvedev, Aleksandr Iakolev o Eduard Shevardrnadze, relegando a políticos de corte más continuista, que habían servido bajo los mandatos de Brezhnev, Andrópov y Chernenko; de esta manera, se aseguraba el apoyo interno a su intento de acercamiento a posturas más cooperativas con Washington. También inició Gorbachov una política de reducción de la censura y de liberación de disidentes soviéticos, entre ellos a Andréi Sájarov, físico y activista pro derechos humanos, exiliado en su propia patria, al ser confinado en Gorki, hoy Nizhni Nóvgorod, ciudad cerrada a los extranjeros. La estrategia de cambio y reformas fue presentada formalmente durante al XXVII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética. Gorbachov debía afrontar una situación económica en la URSS tan crítica que hacía imprescindible una profunda reforma que recuperase la productividad y que aumentase la producción de bienes de consumo y potenciase la investigación. Pero para poder llevar a cabo estas reformas económicas había que recortar parte de los elevados presupuestos destinados al sector militar, debido a la carrera armamentística en que se había embarcado la Unión Soviética. Para ello, como ya hemos visto, era necesario mejorar las relaciones con los países occidentales, fundamentalmente con el que había sido su némesis durante toda la Guerra Fría, Estados Unidos. Sin embargo, las directrices propuestas en el XXVII Congreso deberían conllevar cambios sustanciales en las estructuras socioeconómicas del país que

deberían afectar al núcleo mismo del sistema comunista soviético. Por ello había que introducir la *glásnost*, que impulsaba la libertad de expresión, de información y de opinión. Estas nuevas libertades en la sociedad soviética plantearían un debate sobre los aspectos políticos y la crítica al sistema comunista en su conjunto, que exigiría de la sociedad una mayor democracia y participación del pueblo en la elección de sus dirigentes. Esta situación dio lugar a diversas posturas contrapuestas dentro del propio PCUS; por un lado los miembros más conservadores no se oponían a los cambios socioeconómicos en la Unión Soviética, pero se oponían a los cambios políticos que propugnaba la *glásnost*; por otro lado, los miembros reformistas liderados por Gorbachov preconizaban los cambios socioeconómicos en profundidad y una parcial democratización posterior de los órganos del aparato del Estado. Además apareció una corriente más radical liderada por Boris Yeltsin que apoyaba cambios más rápidos y drásticos. Como estas reformas no se aplicaban con la celeridad y la intensidad que defendían los reformistas más radicales, Yeltsin dimitió de su cargo como primer secretario del PCUS en la ciudad de Moscú. Su dimisión produjo una profunda crisis política en el seno del gobierno de Gorbachov. El primer ministro soviético se encontraba entre dos frentes irreconciliables dentro del Politburó, que protagonizarán el futuro de la URSS a final de la década de los noventa.

Otro momento clave en el proceso de cambio de la Unión Soviética se produjo en la XIX Conferencia del PCUS, celebrada en Moscú entre el 28 de junio y el 1 de julio de 1988, en la que se implantaron las principales reformas legislativas, como la creación de un Congreso de Diputados del Pueblo, que elegiría al Sóviet Supremo, la creación del cargo de presidente de dicho organismo, elegido por el Congreso de Diputados del Pueblo, y, por último, la elección de los primeros secretarios de los Comités del Partido, para ocupar los puestos de presidentes de los sóviets locales, regionales y republicanos. Con estas reformas institucionales, los reformistas aspiraban a reducir el poder de los miembros del PCUS, que lo habían ostentado de una manera absoluta. Los cambios en la Unión Soviética, que se inician de una forma paulatina y sosegada en un principio, empiezan a ser más rápidos. Las fuerzas sociales y los

grupos nacionalistas de las distintas repúblicas soviéticas pedían reformas más drásticas. Así, el 26 de marzo de 1989, se celebraron elecciones por sufragio universal y secreto al Congreso de los Diputados del Pueblo de la Unión Soviética. Aunque los candidatos eran todos miembros del PCUS, en las grandes ciudades y en las repúblicas más claramente independentistas, hubo una gran oposición a la elección de los miembros nominados por el Partido, que apenas tuvieron respaldo por parte del electorado. El Congreso Soviético se conformó tanto con miembros conservadores del Partido Comunista, como de diputados reformistas; entre estos últimos, el gran triunfador en las elecciones fue Boris Yeltsin, que fue elegido como diputado al Congreso por Moscú, con un 89% de los votos; de esta manera, se convertía en uno de los hombres fuertes de la política soviética.

La hora del cambio

La reputación de Mijaíl Gorbachov en el mundo crecía por momentos a lo largo de su mandato. Su capacidad como estadista era reconocida tanto en el bloque occidental como en los países comunistas, ávidos como estaban de un cambio en sus propias políticas internas. Su política exterior, como ya hemos visto, tenía como objetivo principal conseguir mejorar la relación con Estados Unidos y acabar con la carrera nuclear. Sin embargo, el mayor impedimento en las relaciones entre las superpotencias seguía siendo la Iniciativa de Defensa Estratégica o IDE (SDI en sus siglas inglesas). Aunque los soviéticos dudaban de la viabilidad de la IDE, en público inexorablemente se oponían al proyecto desde octubre de 1986 por diversas razones. Gorbachov inicialmente rechazó la IDE porque su propósito primario era terminar la carrera armamentística. Pero este objetivo era mucho más difícil para él, ya que en algunos sectores del ejército soviético se veía a la IDE como una militarización del espacio. Además, algunos expertos militares soviéticos advirtieron de que una de las más efectivas maneras de responder a la IDE era superar el sistema, produciendo más misiles de los que el sistema defensivo

espacial pudiese derribar. Tal advertencia hizo incluso más difícil perseguir la reducción de armas.

A pesar de las continuas objeciones de los soviéticos al proyecto militar estadounidense, el presidente Reagan desoyó sus críticas y continuó con la Iniciativa de Defensa. Repetidamente rehusó los intentos soviéticos para que la IDE tuviera simplemente un desarrollo en el laboratorio, tal como se pidió en la cumbre de Reikiavik entre el 11 y el 12 de octubre de 1986. A pesar de que en dicho encuentro se inició un franco intercambio de puntos de vista que sentaron las bases de un éxito futuro para reducir en su totalidad sus arsenales nucleares, sin embargo, el fantasma de la "Guerra de las Galaxias" evitó que se lograra un acuerdo que hubiera sido histórico ya que el presidente Reagan no estaba dispuesto a ceder en su proyecto de Iniciativa de Defensa. Para convencer a Gorbachov de que el objetivo de su objetivo era exclusivamente defensivo, el presidente estadounidense les ofreció la tecnología de la IDE, pero el líder soviético no encontró estos argumentos convincentes.

El callejón sin salida al que la IDE había abocado a las dos superpotencias terminó a finales de 1986, después de que Gorbachov decidiera dejar de poner el énfasis en el programa de la "Guerra de las Galaxias". En este momento los científicos militares soviéticos habían concluido que la IDE simplemente no era factible, y algunos sospechaban que era un engaño pensado para incitar a los soviéticos a unas inversiones militares masivas. Lo que es más importante, después de la cumbre de Reikiavik, Gorbachov empezó a convencerse de que Estados Unidos se planteaba no amenazar la seguridad soviética. Este entendimiento desafiaba a la mayoría de los críticos soviéticos de la IDE. Hacia 1987, las preocupaciones del Politburó sobre la IDE se habían disipado hasta el punto de que pretendió cambiar el foco de las conversaciones y centrarlas en la eliminación de los misiles de alcance intermedio y no en el programa de defensa estratégica estadounidense

Por fin, el 8 de diciembre de 1987, el presidente estadounidense, Ronald Reagan, y el líder soviético firmaron en Washington el tratado INF (*Intermediate-Range Nuclear Forces*), para la eliminación de

fuerzas nucleares de alcance medio en Europa y en Oriente Próximo. Gorbachov continuó con sus importantes medidas que lo convertirán en el principal actor del final de la Guerra Fría. El 15 de abril de 1988 inició la retirada de tropas soviéticas de Afganistán, pero su golpe de efecto más espectacular lo dio el 7 diciembre de 1988 ante la Asamblea General de la Naciones Unidas, cuando anunció su compromiso con la libertad de elección de todas las naciones y la retirada unilateral de gran parte del contingente de tropas soviéticas de Europa del Este, lo que se materializó el 18 de enero de 1989. Con ello envió un claro mensaje a los pueblos de Europa del Este; la Unión Soviética no intervendría militarmente en sus países mientras él fuera el líder soviético.

1989: Europa del Este cambia el rumbo

Estos aires de cambio liberalizador de la URSS se extendieron por el resto de los países del área soviética. El propio Gorbachov instaba a los dirigentes de los estados del Este a que implementaran la *perestroika* en sus propios países, de manera que tuvieran como modelo de la nueva transición política a la propia Unión Soviética; pero esos mismos deseos nacionales de libertad condujeron a cambios más radicales, que tomaron como referente a los países de la Europa Occidental. El rumbo que tomaron los cambios en los antiguos países satélites de la Unión Soviética causó sorpresa y perplejidad no solo en Estados Unidos, sino también los países europeos occidentales. Nadie se imaginaba el nuevo derrotero que tomarían los acontecimientos y aún más la celeridad con la que ocurrieron. El punto de inflexión fue el cambio operado desde Moscú al abandonar la Doctrina Brezhnev, que abogaba por la intervención e injerencia en las políticas internas de los países satélites, y al abrazar la llamada *Doctrina Sinatra*, denominada así por la canción *My Way* de Frank Sinatra, ya que el Kremlin permitiría a cada estado de Europa del Este realizar los cambios “a su manera”.

En cada uno de los países de la esfera soviética, los procesos en los cambios políticos fueron distintos. Así, Polonia, que ya había intentado desligarse del comunismo a principios de los ochenta, lo consiguió de una manera mucho menos revolucionaria. En septiembre de 1986, el general Jaruzelski había decretado una amnistía para todos los presos políticos. El régimen polaco iniciaba así su propia política de *glásnost*. Consciente del poder de Solidaridad, Jaruzelski inició el 6 de febrero una ronda de conversaciones con Wałesa, en la que pusieron sobre la mesa todos los objetivos a tratar, excepto la política exterior polaca, ya que las relaciones con la URSS eran innegociables. El objetivo principal era la reducción del poder del partido comunista. Por fin, el 7 de abril de 1989 se firmó un acuerdo mediante el cual se reconocía a Solidaridad no solo como un sindicato, sino también como una legítima fuerza política de oposición. Crucial para el gobierno de Jaruzelski fue acordar la celebración de elecciones el 4 de junio de 1989 en Polonia, aunque se celebrarían conforme a unas reglas que preservaban el papel preponderante del partido comunista, de tal manera que los partidos de la oposición optaran al 35% de los 460 escaños del *Sejm*, o Parlamento polaco; sin embargo, los 100 escaños del Senado se elegirían en elecciones libres y competitivas. Tras las elecciones, los candidatos de Solidaridad ganaron el 100% de candidatos a los que optaban en el Parlamento, es decir, 161 de los 460 representantes totales, y 99 de los 100 escaños a los que se presentaban por el Senado. El gran perjudicado fue el partido comunista. La ingobernabilidad de esta situación bipartidista sólo tenía una solución: el consenso. Así pues, se llegó a un pacto mediante el cual el partido comunista conservaría la Presidencia de la República y la oposición alcanzaría la dirección de un gobierno de gran coalición. Como presidente, el Parlamento designó el 19 de julio al general Wojciech Jaruzelski. El 18 de agosto, después de duras negociaciones, Wałesa accedió a aceptar a ministros comunistas en el gobierno liderado por Solidaridad. Por su parte, el presidente Jaruzelski designó al candidato de Wałesa, Tadeusz Mazowiecki, como primer ministro, para que formara un nuevo gobierno. La formación del renovado gabinete presagió el final de la hegemonía del Partido Obrero Unificado Polaco en la política de Polonia.

Por su parte, en Hungría las transformaciones democráticas partieron desde el propio Partido Socialista Obrero Húngaro, el partido comunista, puesto que fue el más osado al implementar las reformas, que se iniciaron incluso en épocas en las que desde Moscú se aplicaba la intolerante Doctrina Brezhnev, la cual propugnaba la injerencia soviética en la política de los países del Este. El líder comunista húngaro János Kádár, en el poder tras la brutal represión de la revolución húngara de 1956, había iniciado una política de reconciliación en su país, al tiempo que había introducido una incipiente economía de mercado, al permitir un considerable sector privado. Ciertamente, las medidas económicas tomadas por el gobierno de Kádár elevaron el nivel de vida de los ciudadanos húngaros en relación con los del resto de los países del Pacto de Varsovia. Sin embargo, el pueblo húngaro estaba muy lejos de haber alcanzado el estado de bienestar al que habían llegado los países de Europa Occidental. Asimismo había una fuerte oposición en el país magiar al régimen de Kádár, puesto que seguía siendo visto como el heredero de las revueltas húngaras de 1956. Esta oposición afectó de manera interna al partido comunista húngaro con la llegada al poder en la URSS de Mijaíl Gorbachov. Kádár rehusó implantar reformas más atrevidas, a tenor de los cambios operados con la política de *glásnost* y *perestroika* soviética. No obstante, los más reformistas, incluso dentro del partido comunista húngaro, consideraban que los cambios preconizados por Gorbachov abrirían nuevos horizontes en la política, economía y sociedad húngaras.

El obstáculo para estas deseadas reformas en Hungría lo representaba el propio líder del partido. Cuando el 22 de mayo de 1988, János Kádár dejó la Secretaría General del Partido Socialista Obrero Húngaro, a los 76 años, en manos de Károly Grósz, los cambios en Hungría se aceleraron. Los reformistas, tanto dentro del partido, como entre los opositores anticomunistas, exigían reformas más radicales a las que él proponía. Ante esta ola de inconformismo, Károly Grósz es sustituido por un reformista, Miklós Németh, como primer ministro el 24 de noviembre de 1988, un firme partidario de las corrientes de cambio propugnadas por el Kremlin. El 22 de marzo de 1989 se formó la Mesa Redonda de la Oposición, en la que los distintos grupos políticos planearon unos acuerdos entre los que

figuraban la reforma de la Constitución, las selecciones multipartidistas, la reforma del Código Penal, por la que se suprimían los delitos de carácter político.

Dos de los principales reformadores dentro del partido, Imre Pozsgay y RezsÞ Nyers, trataban de cerrar las heridas abiertas en la sociedad húngara desde los acontecimientos de 1956. Para ello propusieron crear un Comité para la Justicia Histórica, que realizara una investigación acerca de la sublevación húngara. El propio Pozsgay declaró que el levantamiento de 1956 en Hungría no fue una contrarrevolución, sino una legítima insurrección popular. Con esta declaración se reivindicaba la figura de Imre Nagy, ex primer ministro húngaro ejecutado tras la revuelta de 1956. Tal reivindicación se hizo explícita el 16 de junio de 1989, al celebrarse el trigésimo aniversario de la muerte de Nagy. Dicho día, en la Plaza de los Héroes de Budapest se reunió una multitud de más de un cuarto de millón de ciudadanos, para honrar los cuerpos de Nagy y otros cuatro líderes de la revuelta de 1956, Pál Maléter, Miklós Gimes, Géza Losonczy y József Szilágyi, que habían sido exhumados y vueltos a enterrar con todos los honores como héroes de la revolución húngara. Esta segunda inhumación de los líderes asesinados, convertida en un funeral de Estado, cavó la propia fosa del Partido Socialista Obrero Húngaro, que se transformó en el Partido Socialista de Hungría, de corte socialdemócrata como los de Europa Occidental. Por otra parte, el sector más inmovilista del antiguo partido creó el Partido Comunista Obrero Húngaro.

Otro acontecimiento que se produjo en Hungría un mes antes de las honras fúnebres de los líderes de la revolución de 1956, tuvo unas consecuencias en el bloque comunista, que ningún analista político podría haber previsto. El 2 de mayo de 1989, Miklós Németh decidió desmantelar la verja fronteriza que separaba su país de Austria. La razón que se dio para retirar la alambrada electrificada que separaba ambas naciones fue el alto coste en su mantenimiento. Esta brecha fronteriza se convirtió en un punto de fuga fundamental para miles de alemanes de la República Democrática de Alemania, que aprovechaban su estancia en Hungría para huir de las condiciones de vida de su país. Así ocurrió durante el “Picnic Paneuropeo” que se

celebró en la ciudad húngara de Sopron el 19 de agosto de 1989. En este evento, la frontera entre Hungría y Austria se abrió durante tres horas, desde la 15:00 hasta las 18:00 horas, en el puesto fronterizo de Sopron. Unos seiscientos ciudadanos de la Alemania Oriental aprovecharon para cruzar a Austria, ante la inacción de la policía fronteriza húngara. Erich Honecker, el secretario general del Parido Socialista Unificado de Alemania y jefe de Estado de la República Democrática de Alemania, elevó sus quejas a Moscú por la pasividad de los guardias húngaros. La respuesta fue rotunda: el Kremlin no haría nada que injiriera en las decisiones de cada uno de los países aliados. Según el ejecutivo de Honecker, Hungría había traicionado el socialismo.

Cae el muro de Berlín

La República Democrática de Alemania bajo la dirección de Honecker se convirtió en el Estado comunista con una mayor represión política, ejercida por la temible Stasi, el Ministerio para la Seguridad del Estado, liderada por Erich Mielke. Honecker era un firme crítico de la *perestroika* de Gorbachov, y su política no se separó ni un ápice del marxismo-leninismo. Hasta tal punto era defensor del inmovilismo comunista, que fue el único mandatario que alabó la represión del Ejército Popular de Liberación chino contra los manifestantes que se concentraron en la Plaza de Tiananmén entre el 15 de abril y el 4 de junio de 1989. El gobierno chino, liderado por Den Xiaoping, había declarado la ley marcial el 20 de mayo, y el 3 de junio envió a sus carros de combate para disolver la protesta. El saldo de muertos varía según las fuentes entre 800 y 2.600; el número de heridos tras la dura represión se estima entre los 7.000 y los 10.000. En la República Democrática de Alemana se habían reprimido duramente las manifestaciones contra el muro de Berlín. En las elecciones municipales de mayo de 1989, el partido y sus representantes conseguían un 98,95 % de los votos, lo que a los ojos de los ciudadanos alemanes fue un pucherazo, criticado incluso por

miembros del propio partido. Aun así, el gobierno de Honecker parecía mantenerse inalterado en un país que conseguía estar al margen de los cambios que había introducido la *perestroika* en el bloque comunista. Sin embargo, los acontecimientos que tuvieron lugar en Hungría el día del Picnic Paneuropeo y la masiva huida de alemanes orientales por la frontera húngaro-austriaca produjeron un cataclismo en la Alemania comunista.

Durante la visita de Mijaíl Gorbachov a la República Democrática de Alemania el 7 de octubre de 1989 con motivo de la celebración del cuadragésimo aniversario de su fundación, se produjeron las primeras manifestaciones multitudinarias en Berlín en contra del régimen de Honecker. En la misma celebración, las masas que desfilaban ante la tribuna presidida por Honecker y Gorbachov, espontáneamente empezaron a gritar "*¡Gorby!, ¡Gorby!, ¡Gorby!*"; esa aclamación al líder soviético significaba la falta de apoyo a los miembros del *politburó* alemán y la súplica de los alemanes por la ayuda de dicho mandatario. El pueblo alemán pedía cambios según las directrices de la *perestroika*. Las protestas en forma de vigilias en la iglesia de San Nicolás de Leipzig se convirtieron en manifestaciones multitudinarias en octubre. La situación de agitación, intranquilidad y convulsión que se vivía en la República Democrática de Alemania fue aprovechada por los opositores dentro del partido al apartar del poder a Honecker y situar en el gobierno de la nación a Egon Krenz el 18 de octubre. La población alemana se dividía entre la que había conseguido huir de su país y la que, presente en la RDA, pedía cambios radicales. Krenz ofreció cambios políticos y entre ellos la libertad de viajar. Sin embargo, el pueblo alemán no aceptaba a su nuevo líder, porque lo consideraban un miembro continuista del régimen que había reprimido sus libertades. El 9 de noviembre de 1989, el secretario general del partido comunista del sector de Berlín Este, Günter Schabowski, anunció en una rueda de prensa ante los periodistas enviados, retransmitida en directo por televisión y radio, que las fronteras de Berlín Oriental se abrirían a partir de ese momento; de esta manera se autorizaban los viajes al extranjero sin previo aviso y se permitía el paso por los puestos fronterizos. En realidad fue un error de comunicación por parte de Schabowski, ya que no se había dado aún órdenes pertinentes a los guardias de las fronteras para afrontar esta

nueva situación. Los policías no sabían cómo actuar; ante la disyuntiva de reprimir a los alemanes orientales que intentaban salir o permitir el libre tránsito de las multitudes concentradas, las patrullas fronterizas optaron por no intervenir aunque estaban en orden de alerta. En Moscú también la apertura del muro pilló por sorpresa a los miembros del *Politburó*, aunque ya el 30 de mayo de 1987, Gorbachov, de visita en Berlín con su ministro de Asuntos Exteriores Eduard Shevardnadze, le había propuesto a Erich Honecker la conveniencia de abrir las fronteras y los pasos fronterizos del muro de Berlín. La misma noche del 9 de noviembre, el muro empieza a ser derribado por el pueblo alemán, tanto a un lado como al otro de la frontera. La caída del muro de Berlín fue un hito que simbolizó la unión entre Este y Oeste; los rotativos alemanes resumieron en un titular la situación de la ciudad alemana en aquella noche del 9 de noviembre de 1989: *Berlin ist wieder Berlin*, "Berlín es de nuevo Berlín". Había llegado el comienzo del fin de la Guerra Fría.

La "Revolución de Terciopelo" frente a la sangrienta revolución rumana

Erich Honecker no fue el único líder que se opuso a la *glásnost* y a la *perestroika* dentro del seno de los países del Pacto de Varsovia.

En Checoslovaquia, al igual que Hungría, los líderes del Partido Comunista de Checoslovaquia eran para entonces los mismos que se habían alzado con el poder tras ser reprimida la revuelta de la Primavera de Praga por los carros de combate soviéticos. El secretario general del partido, Gustáv Husák, se había mantenido en el cargo hasta el 17 de noviembre de 1987, momento en el que es sustituido por Miloš Jakeš, aunque permanecía en el poder como presidente de Checoslovaquia. A pesar de que Jakeš se presentaba como un reformista partidario de la *perestroika*, lo cierto es que no se mostraba proclive al diálogo con los opositores reformistas. La oposición checoslovaca, en principio, estaba restringida a grupos de disidentes, formados fundamentalmente por intelectuales, escritores y

artistas. Su núcleo fundamental fue Carta 77, que tomaba su nombre del manifiesto en el que se reclamaba la aplicación de los derechos humanos, tal como había ratificado el propio gobierno checoslovaco en los Acuerdos de Helsinki, firmados el 1 de agosto de 1975. Entre los miembros más destacados de Carta 77 estaban el dramaturgo Vaclav Havel y el filósofo Jan Patočka. La reacción del gobierno checoslovaco no se hizo esperar; tras la publicación del manifiesto en enero de 1977, los miembros más relevantes fueron encarcelados. El filósofo Patočka murió el 3 de marzo tras diez horas de interrogatorio policial. El gobierno de Husák no permitía ningún tipo de oposición a la política del partido.

Con Miloš Jakeš, como primer secretario del Partido Comunista de Checoslovaquia, y Ladislav Adamec como primer ministro, se anunciaron reformas económicas en julio de 1989, pero ninguna de carácter político, ya que desde el poder se seguía considerando la Primavera de Praga como un levantamiento contrarrevolucionario. Sin embargo, los cambios que se habían producido en Polonia y en Hungría, así como la caída del muro de Berlín, precipitaron las manifestaciones masivas de estudiantes en las calles de ciudades como Bratislava o Praga, el 16 y 17 de noviembre, que fueron dispersadas violentamente por la policía. El día 19, por iniciativa de Vaclav Havel, los distintos grupos de oposición formaron el Foro Cívico. A partir de ese momento, las manifestaciones se incrementaron al tiempo que se hacían más multitudinarias. El gobierno no tenía capacidad de reacción ante estas muestras multitudinarias de rechazo. Desechada la intervención del ejército porque podría producirse una matanza mayor que las de la Primavera de Praga, la única salida que le quedaba era el diálogo. El 21 de noviembre, el primer ministro Adamec anunció que entablaría conversaciones con el Foro Cívico, para proponer cambios políticos que resolvieran la crítica situación por la que atravesaba el país. Miloš Jakeš dimitió el 24 de noviembre; lo sustituyó en el cargo de primer secretario del Partido Comunista Karel Urbánek. Para meter mayor presión al gobierno, el 27 de noviembre se convocó una huelga general que prácticamente colapsó el país. Finalmente, el 3 de diciembre el ejecutivo planteó la creación de un gobierno en el que los opositores no comunistas ocuparían cinco escaños en un gabinete de

21 miembros. Esta propuesta fue rechazada por el Foro Cívico, ya que no se acababa así con la hegemonía política del Partido Comunista. El 4 de diciembre, Adamec asistió a una reunión de los países miembros del Pacto de Varsovia en Moscú. En ella, las esperanzas de apoyo por parte de Gorbachov al liderazgo del Partido Comunista en Checoslovaquia se vieron totalmente defraudadas. Por una parte, los dirigentes de los países del Pacto de Varsovia condenaron su intervención en la represión de la Primavera de Praga, a la que Adamec había catalogado de contrarrevolucionaria; por otra parte, declararon observar los principios de soberanía, independencia y no injerencia en los asuntos internos de los Estados. Ante esta situación, a su vuelta a Praga, Adamec retomó las conversaciones con el Foro Cívico. La única opción que tenía en las negociaciones era aceptar formar parte en un nuevo gobierno, en el que el Partido Comunista fuera minoría; ante esta disyuntiva renunció a su cargo el 7 de diciembre de 1989. Tres días después lo sustituyó Marián Čalfa, que también asumió el cargo de presidente de Checoslovaquia en funciones, tras la renuncia de Gustáv Husák, el 10 de diciembre. Čalfa, como nuevo primer ministro, formó un nuevo gobierno con mayoría de miembros no comunistas. El desmantelamiento del régimen comunista se completó el 29 de diciembre, cuando el Parlamento, presidido entonces por el antiguo líder de la Primavera de Praga, Alexander Dubček, eligió a Vaclav Havel como presidente de Checoslovaquia. Aunque el país se mantendría inicialmente dentro de las obligaciones internacionales del Pacto de Varsovia, Havel y el Foro Cívico consiguieron la retirada de las tropas soviéticas de su territorio. Por fin, la revolución pacífica, la llamada Revolución de Terciopelo, había triunfado en Checoslovaquia.

En Rumania los acontecimientos de 1989 no sucedieron tan moderada y pacíficamente como en Checoslovaquia. El líder rumano, Nicolae Ceauşescu, había instaurado un régimen de corte estalinista, caracterizado por el culto a su persona, en el que concentró todo el poder del Estado en sus manos y en las de su familia, fundamentalmente su mujer, Elena Ceauşescu, que llegó a ser nombrada viceprimera ministra. El nepotismo, la megalomanía y el despotismo con el que dirigía su país, tenían sumidos a sus conciudadanos en una de las peores dictaduras al este del Telón de

Acero. Mientras Nicolae se hacía llamar el *Conducător*, es decir, el "Líder", así como el "Gran Hombre" o el "Genio de los Cárpatos", entre otros grandilocuentes epítetos, su mujer era la "Madre de la Nación". Ceauşescu no fue nunca partidario de la implantación de los cambios preconizados desde Moscú, por lo que en Rumania no se produjo ninguna reforma tendente a introducir cambios democráticos dentro de la política del partido. Bajo el yugo férreo del ejército y de la policía secreta o *Securitate*, Departamento de Seguridad del Estado, Ceauşescu se sentía seguro en su Casa del Pueblo, el ciclópeo edificio construido sobre las ruinas de varios barrios de la ciudad de Bucarest, para servir de sede al Partido Comunista de Rumanía. Sin embargo, los vientos de cambio no pudieron frenarse en las fronteras de Rumania; sólo faltaba una chispa que encendiera la mecha de la revolución. Este punto de inflexión llegó el 16 de diciembre de 1989, momento en el que las autoridades de Timişoara dieron la orden de deportación del pastor evangélico László TÞkés, uno de los principales opositores al régimen de Ceauşescu. Para evitar que el párroco de dicha ciudad fuese trasladado forzosamente a una parroquia remota del norte del país, muchos de sus fieles se manifestaron en contra; varios miles de ciudadanos se dirigieron hacia la sede del Comité Provincial del Partido Comunista Rumano, donde se manifestaron cantando el antiguo himno de Rumania, anterior a la llegada al poder de los comunistas, el *Deşteaptă-te, române!* , "¡Despierta, rumano!". Esta espontánea provocación del pueblo de Timişoara, fue el comienzo de la revolución en Rumania. El ejército realizó un desfile por las calles de dicha ciudad rumana, mostrando su poder intimidatorio, pero no consiguió que la gente dejara de manifestarse. Desde Bucarest se envió a jefes militares y de la *Securitate* para que se encargaran de contener las concentraciones; la policía y el ejército no dudó en disparar a los manifestantes; hubo 73 muertos. Al día siguiente se declaró el estado de excepción en Timişoara. Sin embargo, las manifestaciones se extendieron hasta Bucarest. Al regresar de un visita oficial a Irán, Ceauşescu, como *Conducător* de la nación, decide dar un mitin desde el edificio del Comité Central del Partido Comunista Rumano en Bucarest el día 21 de diciembre, con el fin de ganarse la adhesión del pueblo rumano y de criticar a los manifestantes de Timişoara. Prometió mejoras económicas, aumento de los salarios, más ayudas sociales…, pero

nada de lo que prometía calmó a los manifestantes, que llegaron a silbarlo y a increparlo. El líder rumano atónito ante la situación, intentó calmar a la muchedumbre, pero no lo consiguió y optó por retirarse. La masa de concentrados se dispersó por la ciudad, pero los más jóvenes se enfrentaron con la policía y los militares, que respondieron con disparos. El día 22 de diciembre se unieron a los manifestantes los trabajadores de las fábricas que llegaban a Bucarest de los puntos más dispares de Rumania. Ante esta nueva situación, el ejército se unió también a los manifestantes. Ceauşescu se encontraba solo, y solo salió por última vez a calmar a las masas, cada vez más agitadas, desde balcón del edificio del Partido Comunista. El viejo líder volvió a ser abucheado; los manifestantes asaltaron el edificio; Nicolae Ceauşescu y su mujer Elena hubieron de huir desde la azotea del edificio en helicóptero. El vacío de poder generó un caos durante los primeros momentos de la revuelta. En las calles se formaron dos facciones enfrentadas; por un lado, los leales a Ceauşescu, fundamentalmente miembros de la *Securitate*, y, por otro lado, el ejército, unido, como hemos visto, a los manifestantes contrarios al régimen derrocado. La gestión gubernamental cayó en manos del Frente de Salvación Nacional, formado en su mayor parte por excomunistas disidentes, que eligieron a Ion Iliescu como presidente de Rumania, fundamentalmente por la influencia que tenia sobre las fuerzas armadas y sobre la *Securitate*. El día 23 de diciembre, la Televisión Rumana, en manos del Frente de Salvación Nacional, dio la noticia de que el matrimonio Ceauşescu había sido detenido cerca de la ciudad de Târgovişte. Allí mismo, en su cuartel militar, Nicolae y Elena fueron juzgados y sentenciados a la pena capital por un tribunal castrense. El 25 de diciembre de 1989 fueron fusilados; la dictadura más megalómana y excéntrica de toda Europa había terminado. No obstante, con el Frente de Salvación Nacional al mando del gobierno, muchos opositores rumanos al régimen de Ceauşescu tenían la sensación de que les habían despojado de su revolución, ya que la habían convertido en un simple golpe de Estado.

Más tranquila, sin duda, fue la transición acaecida en Bulgaria. Todor Zhivkov, secretario general del Partido Comunista Búlgaro y presidente de la República Popular de Bulgaria, llevaba las riendas del poder durante treinta y cinco años, manteniéndose siempre como un

fiel aliado de Moscú y adaptándose a los cambos alentados por el Kremlin. Zikhov aplicó la *perestroika* al lanzar un vasto programa de radicales cambios administrativos y organizativos que transformaron muchos aspectos, excepto los mecanismos de su poder personal. Esta nueva situación desalentó y levantó las suspicacias de los tecnócratas del Partido Comunista Búlgaro, que barajaron la posibilidad de separarlo del poder. Al mismo tiempo que realizaba estos cambios, comenzó una campaña de fortalecimiento del nacionalismo búlgaro. La consecuencia inmediata fue el éxodo forzado de más de 200.000 búlgaros de origen turco. La condena internacional por esta medida no se hizo esperar. Zhivkov estaba cada vez más aislado en el poder tanto en su país como en el extranjero. Algunos miembros del *politburó* búlgaro estaban dispuestos a dar el paso adelante para separar a Zhivkov del gobierno, pero dudaban ante la postura que adoptaría el Kremlin. El ministro de Asuntos Exteriores búlgaro, Petar Mladenov, durante la cumbre del Pacto de Varsovia celebrada en julio de 1989, se reunió con Mijaíl Gorbachov para plantearle la determinación de algunos miembros del *politburó* búlgaro que apostaban por un cambio de dirección en el poder de Bulgaria. Gorbachov tácitamente les dio luz verde al mantener su disposición a no intervenir en los asuntos propios de los países amigos. Mladenov se granjeó el apoyo del ministro de Defensa, Dobri Zhurov, del primer ministro Georgi Atanasov y del viceprimer ministro Andrey Lukanov, junto con otros miembros del Comité Central del Partido Comunista Búlgaro. En la reunión del *politburó* búlgaro que tuvo lugar el 9 de noviembre de 1989, Zhivkov fue forzado a presentar su dimisión en la reunión del Comité Central del Partido Comunista Búlgaro que se celebraría al día siguiente. Así ocurrió; el día 10 de noviembre de 1989 Todor Zhivkov dejaba el poder en Bulgaria. Semanas después, los nuevos líderes reformistas liberaron a los presos políticos, legalizaron los partidos políticos, prometieron elecciones libres y acabar con el papel preponderante del Partido Comunista en la política búlgara. Asimismo, dicho partido se convirtió en el Partido Socialista Búlgaro al abandonar el marxismo-leninismo. El paso siguiente fue organizar una mesa de negociaciones con los partidos de la oposición para la celebración de los comicios para la Asamblea Constitucional Búlgara, que se fijaron para el 10 de junio de 1990. La “revolución palaciega” búlgara había acabado con más de

medio siglo de comunismo, pero los antiguos dirigentes comunistas siguieron en el poder.

Hacia una Alemania unida

En plena época de cambios radicales en la esfera soviética, el vicepresidente de Ronald Reagan, George Herbert Walker Bush, ganó las elecciones de 1988 y se convirtió en el cuadragésimo primer presidente de los Estados Unidos el 20 de enero de 1989. Los estadounidenses se mantenían cautos ante la rapidez de los cambios en el mundo soviético. Aun así, en cierto modo, estuvieron al margen de los cambios, en una especie de "pacto de caballeros", de tal manera que ninguna acción llevada a cabo por el ejecutivo estadounidense fuera un obstáculo que pudiera perjudicar las reformas de la política de Gorbachov.

Como muestra del buen entendimiento entre las dos potencias, Bush y Gorbachov celebraron su primera cumbre en Malta entre los días 2 y 3 de diciembre de 1989. El bloque comunista se estaba tambaleando; las revoluciones en los antiguos países satélites de la esfera soviética, así como el derrumbamiento del muro de Berlín, habían pillado por sorpresa a los líderes mundiales. El mundo estaba cambiando y esta cumbre cobró gran importancia para el futuro. Algunos asesores del presidente Bush le aconsejaron que la reunión era demasiado prematura, dada la celeridad con que se estaban sucediendo los acontecimientos en Europa del Este; otros miembros del gabinete estadounidense, al igual que los líderes europeos, le instaron a que la celebraran para conseguir un acercamiento entre las dos potencias en un momento tan convulso. Ciertamente, no se esperaban grandes decisiones, pero sí una aproximación de pareceres y puntos de vista entre Gorbachov y Bush sobre los cambios que se estaban produciendo en Europa y que estaban acabando con el mundo que se había generado tras la Segunda Guerra Mundial. Los dos líderes de las superpotencias ya no se disponían a dialogar como dos enemigos que representaban a cada

una de las facciones de un mundo bipolar, puesto que caminaban “hacia un mundo sin tiranía ni temor”, “un mundo mejor para todos los pueblos de la totalidad de los continentes”, como afirmaron George H. W. Bush y Mijaíl Gorbachov respectivamente. En la reunión se trataron los acontecimientos más importantes acaecidos en 1989, los cambios en los países del Este, las relaciones económicas entre Estados Unidos y la URSS, los conflictos regionales, los derechos humanos, la reducción de los arsenales militares por parte de ambas potencias y la cuestión alemana, ante la que Bush había anunciado su apoyo. La cumbre de Malta, aunque no estableció ningún acuerdo firmado representó para muchos observadores y analistas el fin de la Guerra Fría; tal como afirmó el propio Gorbachov en el mundo terminaba ”una época de guerra fría” y se iniciaba “un periodo de paz prolongada”.

A pesar de los buenos propósitos y de las afirmaciones de paz prolongada que se declararon en la cumbre de Malta, lo cierto es que el gabinete de George H. W. Bush el 20 de diciembre de 1989, mientras en Rumania el pueblo y el ejército se alzaba contra el dictador Ceauşescu, aprobaba la invasión de Panamá. La operación, denominada “Causa Justa”, tuvo como fin derrocar del poder al general Manuel Antonio Noriega, acusado del delito de narcotráfico. El operativo militar estadounidense, que movilizó unos 27.000 hombres, demostró que, mientras la política de Gorbachov abogaba por la no injerencia en los asuntos de terceros países, Estados Unidos no iba a permitir ningún gobierno contrario a sus propios intereses en su área de influencia.

Por el contrario, al igual que ocurrió con las revoluciones de los países del Este, en el proceso de reunificación alemana la postura de la Unión Soviética fue la que venía defendiendo desde hacía años: no interferir en la política de los países comunistas. Tras la caída del muro de Berlín, la República Democrática de Alemania aceleró su proceso de reformas, siguiendo las pautas de la *perestroika*. Durante el mandato de Hans Modrow como presidente del Consejo de Ministros de la RDA, la Cámara Popular o *Volkskammer*, es decir, el Parlamento de Alemania Oriental, aprueba la celebración de elecciones libres para el 18 de marzo de 1990. El partido ganador por

mayoría es la Alianza por Alemania, formada por la Unión Demócrata Cristiana (CDU), la Unión Social Alemana y Despertar Democrático. El líder de CDU, Lothar de Maizière, se convirtió en presidente del Consejo de Ministros de la República Democrática de Alemania. La primera medida que tomó el nuevo ejecutivo fue afirmar el compromiso de unificación de las dos Alemanias. En la República Federal de Alemania, el mayor partidario de la reunificación era el propio canciller Helmut Kohl, líder por su parte de la Unión Demócrata Cristiana en Alemania Occidental. El primer paso para la reunificación se da el 18 de mayo de 1990, al firmar las dos Alemanias el Tratado para la Unión Económica, Monetaria y Social. Así, el 1 de julio de 1990 se introduce el marco alemán como moneda unitaria de los dos países. Sin embargo, la reunificación tan ansiada por los alemanes no dependía de ellos exclusivamente, sino de los países vencedores de la Segunda Guerra Mundial. Y entre estos no había una posición unánime en pro de la unidad de las dos Alemanias. Las principales reticencias a la reunificación alemana partían de Gran Bretaña y de Francia más que de la Unión Soviética. La primera ministra británica Margaret Thatcher, así como su homólogo francés François Miterrand, temían una Alemania fuerte, poderosa, en el centro de Europa. Temían también cómo repercutiría en el gobierno soviético la posibilidad de una Alemania unida. Sin embargo, Gorbachov no se manifestó en contra de la reunificación de Alemania y, por lo tanto, no vetó un proceso que era ya imparable. De esta manera, después de múltiples negociaciones y discusiones, el 12 de septiembre de 1990 firman en Moscú el tratado Dos más Cuatro la República Federal de Alemania, la República Democrática de Alemania y las cuatro potencias vencedoras en la Segunda Guerra Mundial: la Unión Soviética, Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia. Al fin el 3 de octubre de 1990 se proclamó frente al edificio del Reichstag en Berlín, la nueva capital germana, la reunificación de Alemania.

Yugoslavia se desintegra. La URSS también

La reunificación de Alemania había cerrado las heridas que

producidas por la división de Europa tras la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, en otras zonas de la Europa del Este explotaron los sentimientos nacionalistas a raíz de la disolución de los antiguos países. Así, Checoslovaquia, se dividió en dos nuevas naciones, la República Checa y Eslovaquia a partir del 1 de enero de 1993. La división se realizó pacíficamente, así como fue su revolución en 1989, dirigida por los políticos. El Parlamento Federal estableció la disolución de la Republica Federal Checa y Eslovaca como país el 25 de noviembre, de una manera democrática y acordada por los representantes de los pueblos checo y eslovaco.

La disolución de Yugoslavia no tuvo unos tintes tan pacíficos como en Checoslovaquia. La antigua República Federativa Socialista de Yugoslavia estaba constituida por las repúblicas socialistas de Bosnia y Herzegovina, Croacia, Eslovenia, Macedonia, Montenegro y Serbia, y dos provincias autónomas, Vojvodina y Kosovo, todas bajo el mandato de Josif Broz Tito, presidente vitalicio de la República Federativa. Tras la muerte de Tito el 4 de mayo de 1980 y los cambios ocurridos en el bloque comunista, con la *perestroika* y la *glásnost* impulsadas por Gorbachov, empiezan a estallar los conflictos separatistas en Yugoslavia. La primera republica en declararse independiente fue Eslovenia, que celebró unilateralmente un referéndum el 23 de diciembre de 1990 en el que por una amplia mayoría ganó el sí a la independencia. El 19 de mayo de 1991 se celebró en Croacia otro referéndum en el que también ganaron los partidarios de la independencia. El 25 de junio de 1991 los parlamentos de ambas repúblicas declaran su independencia. El gobierno de la República Federal tenía obviamente solo dos posibilidades, o la intervención militar o aceptar la desmembración del territorio. Belgrado optó por la intervención militar, que duró diez días, desde el 26 de junio hasta el 6 de julio de 1991. El Ejército Popular Yugoslavo fue sorprendido durante la corta contienda por las fuerzas armadas de Eslovenia, que habían preparado con mucha anticipación la más que probable intervención militar de Belgrado. Finalmente, el ejército yugoslavo se retiró. La *Guerra de los Diez Días*, como se conoce este conflicto, supuso la ruptura total de Eslovenia con la República Federal de Yugoslavia. La República de Eslovenia fue reconocida por todos los miembros de la Comunidad Europea el 15 de

enero de 1992. El Ejército Popular Yugoslavo, cuya base era serbia, tuvo que afrontar una guerra mucho más dura contra el ejército croata, iniciada el 31 de marzo de 1992. La Guerra de Croacia se produjo también por un choque entre dos nacionalismos; por un lado, el serbio, representado por el Slobodan Miloševiº, y el croata, por Franjo Tudjman. El 6 de abril de 1992 se inicia la guerra de Bosnia. En ella se enfrentaron los partidarios bosnios de la independencia de Bosnia-Herzegovina, y por otro lado los serbobosnios, que formaron la República de Srpska o República de los Serbios de Bosnia, cuyo líder era Radovan Karadzic; a su vez el ejército de la República de Srpska estaba apoyado por el líder serbio Slobodan Miloševiº y el Ejército Popular Yugoslavo. Durante esta cruel guerra se produjeron los primeros genocidios en Europa tras los cometidos durante la Segunda Guerra Mundial, como fueron las limpiezas étnicas de la población musulmana bosnia, por parte del ejército serbio, tal como ocurrió en el asedio de la capital de Bosnia-Herzegovina, Sarajevo, que duró desde el 5 de abril de 1992 hasta el 29 de febrero de 1996. Al fin, el Acuerdo Marco para la Paz en Bosnia y Herzegovina, firmado en la ciudad estadounidense de Dayton, en Ohio, por los presidentes de Serbia, Slobodan Miloševiº, de Bosnia Herzegovina, Alija Izetbegoviº, y de Croacia, FranjoTudjman, parecía haber puesto el punto final a las guerras de la antigua Yugoslavia. Sin embargo, los conflictos continuaron en distintos lugares en dicho territorio por una suerte de efecto dominó, como fue la guerra de Kosovo, entre los dos grupos étnicos que habitan ese territorio, el albanés y el serbio. Los albaneses reivindicaban la República de Kosovo como un estado independiente, mientras que los serbios no aceptaban esa separación. El conflicto fue inicialmente una verdadera guerra civil entre las dos facciones de población kosovar, pero a partir del 30 de enero de 1999 la OTAN decidió entrar en el conflicto contra el ejército serbio, debido a las denuncias internacionales de crímenes de guerra perpetrados por los miembros del Ejército Popular Yugoslavo. Como consecuencia última, la República Federal Socialista de Yugoslavia se había desintegrado sangrientamente en siete repúblicas: Serbia, Croacia, Bosnia y Herzegovina, Macedonia, Eslovenia, Kosovo y Montenegro.

Nadie podía pensar que la Unión Soviética, la superpotencia que, dirigida por Gorbachov, había cambiado el rumbo de la Guerra Fría,

abriendo el camino a la libertad con la *perestroika* y la *glásnost*, a sus antiguos países satélites, iba a desintegrarse al aplicarse sus propias medidas políticas. La crisis económica que asolaba a la URSS a comienzos de los noventa demostraba que las reformas introducidas por el líder soviético para dotar de mayor eficacia a un sistema económico heredado ya con un déficit galopante habían fracasado. El cambio de una economía planificada y centralizada a una economía de libre mercado fue aprobado por el Sóviet Supremo en noviembre de 1990. Esta radical reforma tuvo enormes consecuencias, porque requerían cambios en el sistema político, que llevaban a replantearse el papel preponderante del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), y las propias relaciones con las quince repúblicas soviéticas. Debido a la crisis económica, al debilitamiento del poder central y a la pérdida de influencia del PCUS, se produjo el estallido de las tensiones nacionalistas en algunas repúblicas de la Unión Soviética. Las primeras en alzar su voz por la independencia fueron las Repúblicas Bálticas (Estonia, Lituania y Letonia) que habían sido anexionadas a la Unión Soviética tras la Segunda Guerra Mundial. El Parlamento lituano inició en diciembre de 1990 su camino hacia la independencia. El día 20 de ese mismo mes, el ministro de Asuntos Exteriores soviético, Eduard Shevardnadze, presentaba su dimisión, alertando en un discurso ante el *Politburó* sobre la posibilidad de un golpe de Estado en la Unión Soviética que podría implantar una dictadura en la URSS. Casi un mes después, Gorbachov intentó parar la ineludible escisión de la República de Lituania, enviando tropas para sofocar el levantamiento independentista. La acción se cobró la vida de catorce ciudadanos y más de setecientos heridos. Una semana después, tropas soviéticas tomaban el Ministerio de Interior letón, en la ciudad de Riga, matando a cuatro personas. La política de Gorbachov de dejar a los países comunistas que hicieran sus reformas libremente no era aplicada en las propias repúblicas soviéticas. Esta incongruencia, que había conducido al derramamiento de sangre en las Repúblicas Bálticas, marcó el principio del fin de la Unión Soviética. En Moscú más de cien mil ciudadanos se manifestaron en contra de los tiroteos en Lituania y Letonia.

A partir de ese momento, los acontecimientos políticos se precipitaron en la URSS. El 12 junio de 1991, Gorbachov permitió

elecciones para elegir presidente de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia. Boris Yeltsin ganó las votaciones con un 57% de los votos y se convirtió el 10 de julio en su presidente. El 19 de agosto de 1991 se produce un golpe de Estado en la Unión Soviética de la mano de los algunos miembros del gobierno de Mijaíl Gorbachov, que pertenecían a la línea dura del PCUS, entre los que estaban Vladímir Kryuchov, el jefe del KGB, el ministro de Interior, Boris Pugo, el ministro de Defensa, Dmitri Yázov, el presidente del Consejo de Ministros, Valentín Pávlov, y el vicepresidente de la URSS, Guennadi Yanáyev. Gorbachov se encontraba de vacaciones en su dacha de Forós, en Crimea, y fue arrestado allí mismo.

En Moscú, Boris Yeltsin tomó las riendas de la situación, denunciando el golpe de Estado, declarándolo reaccionario e inconstitucional, a la vez que instaba al ejército a no levantarse contra el pueblo y a no participar en la asonada. Sus encendidas alocuciones tuvieron su efecto, ya que buena parte del ejército no apoyó la sublevación. Finalmente, el conato de asonada fracasó el 21 de agosto de 1991. Desde Estados Unidos, Bush dio su apoyo firme a Boris Yeltsin y al presidente de la Unión Soviética Mijaíl Gorbachov. Así le devolvía el apoyo que Gorbachov le había dado, a través de su ex ministro de Asuntos Exteriores Eduard Shevardnadze, en la Guerra del Golfo, iniciada el 16 de enero de 1991, al condenar la invasión de Kuwait por las fuerzas de Sadam Husein, presidente de Irak, tradicional aliado de la Unión Soviética. En la URSS, el fallido golpe de Estado dejó muy desgastado al presidente Gorbachov y abrió la senda de la independencia a las repúblicas de Ucrania, Bielorrusia, Moldavia, Azerbaiyán, Kirguistán, Uzbekistán Georgia, Tayikistán y Armenia, que se declararon independientes entre el 24 de agosto y el 21 de septiembre de 1991. La Unión Soviética era ya solo un nombre vacío de sentido. Boris Yeltsin, consciente de su poder y prestigio, junto con los presidentes de Ucrania y Bielorrusia, Leonid Kravchuk y Stanislav Shushkévich, respectivamente, firmaron el 8 de diciembre de 1991 el Tratado de Belavezha (firmado en ese parque natural situado en Bielorrusia). En esta crucial reunión, acordaron la disolución de la Unión Soviética y la creación de la Comunidad de Estados Independientes.

El mundo bipolar había desaparecido. El sistema capitalista había acabado con su enemigo histórico. El principal actor del final de la Guerra Fría, Mijaíl Gorbachov, acabó su vida política con todo el prestigio intacto en el terreno internacional, pero aislado, solo y desprestigiado en su propia patria.

Capítulo 6

Herederos de la Guerra Fría

Cuando el conflicto geopolítico e histórico entre Estados Unidos y la Unión Soviética cesó, el viejo orden bipolar colapsó pacíficamente, es decir, no acabó tras un conflicto bélico entre los dos grandes contendientes. Pero tras el término de la Guerra Fría, cabe plantearse cuál fue el papel desempeñado por los distintos líderes de las dos superpotencias en dicho final. Tres posturas distintas se han propuesto para responder a esta cuestión. En primer lugar, hay historiadores que sostienen que Estados Unidos fue el triunfador en la Guerra Fría al destruir a su enemigo, la URSS. Estos "triunfalistas" afirman que la administración Reagan fue la que consiguió acabar con la Guerra Fría al acelerar (e incluso causar) el desplome de la Unión Soviética. Según esta opinión, el Gobierno estadounidense adoptó una política de línea dura para empujar a su enemigo hacia la caída. Esta política consistió en un aumento del presupuesto militar sin precedentes, en la introducción de la Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE), y en una dura retórica. Al final, la administración Reagan resultó victoriosa, puesto que el Kremlin fue forzado a rendirse. El último triunfo llegó en 1991, ya con la administración del presidente estadounidense George H. W. Bush, cuando la Unión Soviética dejó de existir. La segunda corriente de pensamiento afirma todo lo contrario. El Gobierno de Reagan, su virulento anticomunismo, su retórica beligerante y, sobre todo, su aumento astronómico del gasto militar, fueron una rémora para la consecución del final de la Guerra Fría. Supuso un freno para la política aperturista de Gorbachov, que tuvo que enfrentarse con la facción más conservadora del Politburó, ya que esta veía a Estados Unidos como un enemigo imperialista. Los comunistas conservadores soviéticos consideraban la política

conciliadora de Gorbachov hacia Occidente como un síntoma de debilidad, por lo tanto, cuanto más beligerante era la actitud de la administración Reagan, más convencidos estaban de que las reformas de Gorbachov eran erróneas y le exigían que las abandonara y continuara con la política más agresiva de sus predecesores. De esta manera, si la actitud estadounidense no hubiese sido tan beligerante Gorbachov habría tenido más apoyo del Politburó para sus reformas internas y, por tanto, la Guerra Fría habría acabado antes. Por último, una tercera corriente de pensamiento se centra exclusivamente en la importancia capital que tuvo Mijaíl Gorbachov como el verdadero artífice de la conclusión de la Guerra Fría. Según la opinión de estos estudiosos, tanto Ronald Reagan como George H. W. Bush tuvieron un papel irrelevante en el final del conflicto ideológico que dominó el mundo durante casi medio siglo. Gorbachov, con su deseo de acabar con la carrera armamentística para desviar los recursos de los gastos militares a la reestructuración interna, fue el líder que transformó el mundo y terminó con la Guerra Fría que había dominado la política global desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Para quienes defienden ese *triunfal* personalismo del último líder soviético, Reagan y después Bush eran los presidentes de Estados Unidos, pero fuera quien fuese el cargo electo que ocupara el sillón del Despacho Oval, la Guerra Fría habría llegado a su fin siendo el líder de la Unión Soviética Mijaíl Gorbachov.

La desaparición del orden bipolar

En cualquier caso… Con el fin de la Guerra Fría acabó el antiguo orden internacional. Gorbachov aspiraba a que la Unión Soviética mantuviera su poder mundial, así como a que se produjera la tan ansiada por él reconciliación entre su país y Estados Unidos. No obstante, tras la implosión del sistema soviético y la posterior desaparición de la URSS, el sistema bipolar desapareció y una nueva distribución del poder tomó forma. El equilibrio de poder existente durante la Guerra Fría podría ser sustituido por un sistema unipolar o por uno multipolar, más complejo, con diversos focos de

concentración de poder. Durante la década de los noventa y prácticamente la primera década del siglo XXI, Estados Unidos se erigió como el poder hegemónico en todo el mundo. En el ámbito académico, el politólogo estadounidense Francis Fukuyama llegó a afirmar que con el término de la Guerra Fría había llegado también "el final de la Historia". Con la desintegración de la URSS, se produjo la virtual consagración del sistema capitalista del libre mercado y la democracia como sistema político universal; de esta manera, Fukuyama afirmaba, desde una perspectiva hegeliana, que el periodo histórico que se extendió durante la Guerra Fría representaba la lucha entre el liberalismo y el comunismo. Tras la caída del bloque comunista, con el predominio absoluto del liberalismo político y económico se llegó al periodo poshistórico. La victoria de la idea de Occidente, defendida por Estados Unidos y sus aliados se presenta como la única ideología capaz de sobrevivir al fin de la Guerra Fría. Esta forma de entender el mundo no se ha limitado exclusivamente al poder hegemónico militar y político de Occidente, sino también al cultural y a la propagación de los medios de consumo occidentales, gracias al fenómeno de la globalización.

El unipolarismo estadounidense tuvo su mayor expresión durante el mandato de George W. Bush. Si bien fue Reagan el que acuñó la expresión "imperio del mal" para referirse a su Némesis, la antigua URSS, reflejando con esa retórica beligerante la esencia de la bipolaridad, George W. Bush –hijo de quien fuera presidente en los años finales de la Unión Soviética, George H. W. Bush– utilizó la expresión "eje del mal" para referirse a un conjunto de países que fueron acusados de apoyar el terrorismo internacional, entre los que se encontraban Irak, Irán y Corea del Norte, a los que se añadieron posteriormente, Libia, Siria, Cuba, Bielorrusia, Birmania y Zimbabue. Bush hizo mención de estos cuatro primeros países en su discurso presidencial el 29 de enero de 2012, en el que dejó patente el unipolarismo estadounidense, que se erigía como verdadero policía del mundo, como juez global que establecía la culpabilidad de aquellos países que pudieran suponer una amenaza para los intereses estadounidenses. Esta actitud de la administración Bush como única potencia hegemónica unipolar se había endurecido tras los ataques terroristas a las Torres Gemelas del World Trade Center y

al Pentágono el 11 de septiembre de 2011, cuatro meses antes del mencionado Discurso del Estado de la Unión. Ya Fukuyama había anticipado que una vez desaparecidos los dos oponentes ideológicos del liberalismo, el comunismo y el fascismo, quedaban otros dos: el fundamentalismo religioso y el nacionalismo. Dada la naturaleza regionalista de esta última ideología, la que más claramente ha influido en la política global es el fundamentalismo religioso, ligado a al activismo político asociado a las tres religiones del Libro: el cristianismo, el islam y el judaísmo. De estas tres ideologías religiosas, la que se ha convertido en el frente de oposición más beligerante ha sido el islamismo más radical.

Una herida no cerrada de la Guerra Fría

El primer ataque del *yihadismo*, tal como se denomina actualmente a las facciones más radicales del islamismo político, contra Estados Unidos se produjo en 1993. El 26 de febrero de dicho año, un camión cargado con 680 kg de explosivos explotó en los aparcamientos de la torre norte del World Trade Center neoyorquino. Aunque el atentado tenía como objetivo derribar la torre norte sobre la torre sur, no lo alcanzó, sin embargo, causó seis muertes y 1.042 heridos. El ataque terrorista fue financiado por Khalid Sheikh Mohammed, tío de Ramz Yousef, un miembro de la célula terrorista que perpetró el atentado. Todos los participantes en este acto terrorista pertenecían a Al Qaeda. Dicha organización yihadista hunde sus raíces en la Guerra Fría, durante la invasión soviética de Afganistán a lo largo de los ochenta. Los muyahidines se alzaron en contra de las transformaciones sociales, económicas y políticas que llevó a cabo la administración comunista afgana. Estados Unidos no tardó en apoyar con importantes sumas de dinero a los que para ellos eran luchadores contra el comunismo. De esta manera se armó a las facciones más radicales de los muyahidines, como las lideradas por Gulbuddin Hekmatyar o Abdullah Yusuf Azzam, que llamaron a la yihad contra el ejército soviético a todos los musulmanes. Azzam creó la Maktab al-

Khadimat (MAK) u Oficina de Servicios Afganos, que tenía como finalidad recaudar fondos y voluntarios para la lucha en apoyo de los muyahidines afganos. A esta llamada acudieron voluntarios de todas las partes del mundo islámico. Entre ellos, un joven saudí llamado Osama bin Laden, que pronto se encargó de dirigir la MAK junto a Azzam. A la muerte de este, la oficina de captación entró en un claro declive que fue aprovechado por Bin Laden para crear su propia organización yihadista, Al Qaeda, 'la Base', que toma su nombre de las bases de campos de entrenamiento de los muyahidines. Tras la finalización de la guerra de Afganistán, los soviéticos abandonaron el territorio, pero la presencia del ejército estadounidense se mantuvo en Arabia Saudí, después de la primera guerra del Golfo, debida a la invasión de Kuwait por parte de Irak en 1990. El país que había apoyado a los islamistas en Afganistán se convirtió en el enemigo del islam. Así, en febrero de 1998 Osama bin Laden proclama una fatua en la que arremete contra Estados Unidos y lo declara un objetivo para los yihadistas del mundo. La respuesta a la intervención occidental en Kuwait no se hizo esperar. Frente a las embajadas de Estados Unidos en Kenia y en Tanzania, dos coches cargados de explosivos estallaron en Nairobi y Dar-es-Salam el 7 de agosto de 1998, causando 224 muertos y más de 1.000 heridos. Tres años después tuvo lugar el ataque más letal en suelo estadounidense en toda su historia. El 11 de septiembre de 2001 se produjeron los anteriormente mencionados ataques a las Torres Gemelas en el World Trade Center de Nueva York y al Pentágono, así como el derribo de un avión en Pensilvania. Los soldados de Alá habían atacado al poder económico, militar y político estadounidense, aunque no pudieron alcanzar su posible objetivo, el Capitolio, ni la Casa Blanca. Inmediatamente después de los atentados, el presidente Bush declaró la guerra contra el terrorismo, cuya primera acción fue la guerra de Afganistán, iniciada el 7 de octubre de ese mismo año, contra el Emirato Islámico de Afganistán, y que continuó con la guerra de Irak, comenzada el 20 de marzo de 2003. La invasión de Irak por parte de Estados Unidos no obtuvo el apoyo de la mayoría de las potencias mundiales, a excepción de Gran Bretaña y otras naciones de menor relevancia; sin embargo, la decisión tomada por George W. Bush confirmaba el absoluto poder estadounidense como única potencia hegemónica, proclive al unilateralismo. El presidente de Irak, Sadam

Husein, fue arrestado el 13 de diciembre de 2003 y finalmente ejecutado en la horca el 5 de noviembre de 2006 en Tikrit. Sin embargo, el hombre que estaba detrás de los atentados del 11S, el líder de Al Qaeda, seguía sin ser capturado. Habría que esperar al 2 de mayo de 2011, ya bajo la presidencia estadounidense de Barack Obama, para que Osama bin Laden fuese abatido en una operación militar secreta, llevada a cabo por unidades de élite del ejército estadounidense, los Navy SEAL, en la ciudad pakistaní de Abbottabad.

Aun así, aunque los dos principales líderes señalados como los principales enemigos de Estados Unidos estuvieran muertos, el radicalismo yihadista, lejos de ser vencido, ha resurgido con mayor fuerza, de la mano de Abu Bakr al-Baghdadi, autoproclamado califa del Estado Islámico de Irak y el Levante, también conocido con el acrónimo árabe Daesh, o con las siglas inglesas ISIS. Ante la situación de inestabilidad política de la zona, tanto en Irak como en Afganistán, así como la guerra civil en Siria, llevaron a Al-Baghdadi en julio de 2014 a proclamar el califato global y a sí mismo como la máxima autoridad política y religiosa de todos los musulmanes del mundo, con el nombre de Ibrahim. Con todo, si Al Qaeda era un grupo terrorista no asentado como un poder político, el Estado Islámico llegó en 2015 a controlar un extenso territorio que se extiende por Irak y Siria, entre Jarablus al norte de Siria, y Fallujah, en el zona central iraquí. Asimismo, está dotado de un ejército numeroso capaz de luchar en varios frentes y además ha logrado autofinanciarse debido al control de los pozos petrolíferos sirios bajo su dominio y a la venta del crudo en el mercado negro, aparte de las lucrativas donaciones particulares provenientes fundamentalmente de Arabia Saudí, Qatar o Kuwait. Por otro lado, no solo en los países musulmanes hay núcleos de captación de futuros soldados del Estado Islámico, sino que cada vez son más numerosos en los países occidentales. Esta globalización del terrorismo, que ya se había dado con Al Qaeda, ha aumentado exponencialmente con el Estado Islámico, fundamentalmente a través de los denominados “lobos solitarios”, nueva amenaza protagonizada por individuos o pequeñas células terroristas que atacan objetivos por cualquier lugar del mundo.

Del unipolarismo al multipolarismo

Ante este nuevo panorama internacional, el 10 de mayo de 2010 el Gobierno de Obama estableció una nueva Estrategia de Seguridad Nacional (la National Security Strategy o NSS). En el documento oficial donde se recogen los contenidos de la estrategia de seguridad se establece la necesidad de cambiar la unilateralidad que ha presidido siempre la política exterior de Estados Unidos, y que ha tenido su reflejo más patente en la "Doctrina Bush", que propugnaba los ataques preventivos y la imposición a los distintos países del mundo el hecho de sumarse a las iniciativas de Estados Unidos o de someterse a las consecuencias de no alinearse con sus políticas exteriores. El fracaso palmario de esta doctrina, sobre todo tras la guerra de Irak, demostró la necesidad del multipolarismo, de la colaboración más estrecha con los países amigos. Ciertamente, Estados Unidos sigue siendo la mayor potencia militar existente en el mundo, sin embargo, ciertos factores determinaron el término del unilateralismo estadounidense. Su poder hegemónico se ha debilitado debido a factores como la crisis del sistema financiero de Estados Unidos acaecida a partir de 2008; otro elemento importante es su pérdida de competitividad industrial y económica, lo que le condujo a unas altas tasas de desempleo y a un bajo crecimiento, y , por último, la consolidación de otras potencias emergentes, como India o China, la última de las cuales se ha convertido en el segundo tenedor extranjero de deuda pública estadounidense, superada solo por el otro gigante asiático, Japón, por primera vez en el año 2015: mientras que China posee 1.223 millones de dólares invertidos en bonos soberanos estadounidenses, el país nipón posee un millón más. Asimismo, a pesar de su poder militar incuestionable, la utilización unilateral de este poderío bélico no es suficiente para resolver los problemas a los que se enfrenta Estados Unidos en el terreno internacional para asegurar la paz y la seguridad global. Las continuas amenazas de Corea del Norte, alentadas por las baladronadas de su líder, el dinasta Kim Jong-un, o las nuevas amenazas asimétricas no convencionales que supone el terrorismo yihadista, son pruebas palpables de que una supremacía aplastante en el campo militar no es suficiente para solucionar los problemas políticos globales sin una acción conjunta

con el resto de las potencias.

¿Hacia una nueva Guerra Fría?

Entre estas nuevas potencias destaca el resurgimiento de Rusia como actor global. Despojada de su protagonismo desde el colapso de la Unión Soviética, con el presidente Vladímir Putin volvió a liderar posiciones en el escenario mundial. Rusia se erigió como la principal potencia que se opuso férreamente a la invasión de Irak por parte de Estados Unidos y sus aliados. Este hecho fue analizado como una especie de vuelta al bipolarismo de la Guerra Fría, en el que el mundo se volvía a dividir entre dos bloques; uno que apoyaba la intervención contra el Gobierno de Saddam Husein y otro que se oponía frontalmente a dicho conflicto, en el que había naciones tradicionalmente aliadas de Estados Unidos, como, por ejemplo, Francia y Alemania. Putin no consiguió evitar la guerra, pero dejó claro que Rusia pasaba a tomar posiciones de liderazgo en la zona y que no cejaría en defender sus posiciones e intereses, como se vería posteriormente con la crisis ucraniana.

Antes de la llegada de Vladímir Putin al poder, se había fijado entre la OTAN y Rusia una negociación que se plasmó el día 27 de mayo de 1997 en la firma en París del Acta Fundacional sobre las Relaciones, Cooperación y Seguridad Mutuas entre la Organización del Tratado del Atlántico Norte y la Federación Rusa. Con este documento, se evidenciaba la voluntad de fortalecer la seguridad en Europa, ya que la OTAN y Rusia no se consideraban adversarias, puesto que compartían el objetivo común de eliminar los vestigios de la época de confrontación y rivalidad y fortalecer la confianza mutua y la cooperación. A pesar de la buena sintonía que denotaba la firma de tan importante acuerdo, sobrevolaba la sombra de la ampliación de la propia OTAN hacia el Este, con la admisión en su seno de antiguos países del área soviética, como ocurrirá el 12 de marzo de 1999, mediante la cuarta ampliación de la Alianza Atlántica con el ingreso de Hungría, Polonia y la República Checa.

Con la administración Bush en el poder, se realizó una nueva ampliación de la OTAN, sin ningún acuerdo previo con Rusia, aplicando la estrategia de hechos consumados, que se venía realizando desde la desintegración de la URSS. En esta quinta expansión de la OTAN, ingresaron Bulgaria, Eslovaquia, Eslovenia, Estonia, Letonia, Lituania y Rumania, el 29 de marzo de 2004. La consecuencia más inmediata es que Putin firmó el 14 de julio de 2007 el decreto de suspensión del Tratado de las Fuerzas Armadas Convencionales en Europa (FACE), firmado el 10 de noviembre de 1990 entre George H. W. Bush y Mijaíl Gorbachov; de esa manera, Rusia ya no tenía que cumplir las obligaciones que le imponía ser miembro del FACE. Desde el 11 de marzo de 2015 ya no participa en las reuniones del Grupo Consultivo Conjunto de dicho Tratado. A partir de aquel momento las relaciones entre Rusia y la OTAN no han dejado de erosionarse. El primer gran desencuentro fue al apoyo de Putin a las fuerzas prorrusas de Osetia del Sur y Abjasia en su enfrentamiento con Georgia durante el verano de 2008. Tanto Osetia del Sur como Abjasia, se habían declarado estados independientes de la república georgiana el 28 de noviembre de 1991 y el 23 de julio de 1992 respectivamente, pero sin reconocimiento internacional, aunque con el apoyo de Rusia. El presidente georgiano Mijeíl Saakashvili, un acérrimo nacionalista, lanzó una ofensiva en la noche del 7 al 8 de agosto de 2008 contra el territorio de Osetia del Sur, dos años después de que hubiera hecho los mismo en Abjasia. Tras la intervención rusa, las tropas georgiana fueron expulsadas, manteniéndose el statu quo previo a la invasión georgiana. El 26 de agosto de 2008, el presidente ruso, Dmitri Medvédev, reconoció la independencia de Osetia del Sur y Abjasia. Dicho reconocimiento separó aún más las posiciones entre la OTAN y Rusia, así como la posibilidad de que Georgia pasara a ser miembro de la OTAN, tal como votaron en referéndum los georgianos el 5 de enero de 2008, con un 79,74 % a favor del ingreso en la Alianza Atlántica

No ha sido este el único choque entre la OTAN y la nueva política exterior rusa. De manera paralela a lo ocurrido en Georgia, acaeció en Ucrania años después. La política ucraniana había estado marcada, desde que el 24 de agosto de 1991 se firmara el Acta de Independencia con respecto a la URSS, por dos facciones que

representan la realidad histórica de un país dividido entre una zona occidental, más europeísta, con una mayoría de hablantes ucranianos, y un territorio situado al sureste, cultural y lingüísticamente ruso. Dicha división histórica responde a que el territorio de la actual Ucrania estaba repartido hasta la Primera Guerra Mundial entre el Imperio Austro-Húngaro, al oeste, y el Imperio Ruso, al sureste. Así pues, en la carrera política por el poder, durante las últimas elecciones a la *Rada* Suprema, el Parlamento ucraniano, se han alternado los partidos políticos filorrusos y los partidos prooccidentales. Víktor Yanukóvich, del prorruso Partido de las Regiones, ganó las elecciones de 2010. Durante su mandato, se negó a firmar el Acuerdo de Asociación y Libre Comercio con la UE, en la reunión celebrada en Vilna, la capital de Lituania, que debía ser ratificado el 29 de noviembre de 2013. La negativa al acuerdo por parte del ejecutivo ucraniano hizo estallar fuertes protestas en la Plaza de la Independencia de Kiev, en contra del Gobierno, impulsadas por el movimiento denominado *Maidán* ('Plaza'), que exigía la celebración de elecciones anticipadas y una reforma constitucional. Un acuerdo firmado el 17 de diciembre por Yanukóvich y Vladímir Putin, que acercaba a Ucrania a posiciones más próximas a Moscú, desató manifestaciones multitudinarias y violentas en Kiev. Los manifestantes más radicales intentaron tomar el Parlamento y edificios gubernamentales; la represión de dichas manifestaciones dejó un saldo de 82 muertos y 645 heridos. Ante las presiones, Yanukóvich anunció el adelanto de las elecciones el 21 de febrero de 2014, pero al día siguiente la multitud que exigía "¡Más Europa!" tomó al asalto las sedes del Gobierno en Kiev, ante la pasividad del ejército y la policía. El presidente ucraniano huyó de Kiev a la ciudad rusa de Rostov del Don. Ante el vacío de poder, la *Rada* ucraniana tomó el poder. La destitución de Yanukóvich fue interpretada por él mismo y por Moscú como un golpe de Estado perpetrado por los prooccidentales.

La crisis ucraniana se recrudece

El Kremlin movió ficha en el turbulento tablero ucraniano. Rusia temía

que con el nuevo gobierno de Kiev, Ucrania terminara ingresando en la OTAN, con lo cual peligraría la permanencia rusa en la base naval de Sebastopol, en la península de Crimea, pactada hasta 2042, donde se encuentra anclada la Flota del Mar Negro de la Armada rusa.

Crimea nunca había pertenecido a Ucrania, hasta el 19 de febrero de 1954, cuando el líder soviético Nikita Jruschov anexionó la península al territorio ucraniano. Tras la desaparición de la Unión Soviética, Crimea declaró su independencia de Ucrania el 5 de mayo de 1992, pero esa decisión fue rechazada por el Parlamento ucraniano. Crimea cedió ante Kiev y renunció a su independencia. Por su parte, el Kremlin anuló el Decreto de anexión de Crimea a Ucrania de 1954 y reclamó la devolución de la antigua península soviética a Rusia. Desde ese momento, la "cuestión de Crimea" continuó a lo largo de las décadas, hasta que eclosionó debido a la crisis ucraniana, cuando el 27 de febrero de 2014 un grupo armado prorruso de 30 personas asaltó el Parlamento y la sede del gobierno de Crimea. Al día siguiente, el parlamento crimeo designa un nuevo gobierno, ya desligado del poder de Ucrania. A la vez se introducen soldados sin identificar, pero con uniformes rusos, en Crimea. Ucrania denuncia que se ha producido una invasión rusa de su territorio. A pesar de las críticas que le llueven de Occidente, Putin consigue el día 1 de marzo el permiso de su Parlamento para intervenir militarmente en Ucrania; al mismo tiempo, sus tropas continúan desplegándose y tomando instalaciones militares estratégicas. Las exigencias de diálogo entre las partes se suceden. Rusia, por medio de su ministro de Asuntos Exteriores, Sergéi Lavrov, justificó la presencia de tropas rusas para defender los intereses y los derechos de la minoría rusa y salvaguardar su integridad. El 11 de marzo, el Parlamento de Crimea aprobó una declaración de independencia y expresó su firme resolución de adhesión a Rusia, para lo cual convocaría un referéndum. Cinco días después, se celebró dicha consulta en la que venció con un 96,7 % la adhesión a Rusia. El 17 de marzo, Putin reconoció la independencia de Crimea y al día siguiente firmó junto con los líderes de Crimea y de la ciudad de Sebastopol el acuerdo de integración de la península a Rusia. La respuesta contraria la dará el 27 de marzo la Asamblea General de la ONU, al aprobar una resolución que apoya la integridad del territorio de Ucrania.

Sin embargo, la independencia de Crimea y su adhesión a Rusia no conllevaron la paz ni la tranquilidad a Ucrania. A partir del mes de abril, activistas prorrusos asaltaron diversas comisarías de policía ucranianas de la zona de Donetsk, territorio con mayoría de población filorrusa. Los enfrentamientos se fueron haciendo cada vez más frecuentes y duros en el este de Ucrania, donde los separatistas se hicieron cada vez más fuertes, hasta tal punto que el 11 de mayo de 2014 se convocaron plebiscitos sobre la soberanía de las autoproclamadas Repúblicas Populares de Lugansk y de Donetsk. Con Petró Poroshenko en el poder ucraniano, tras las elecciones presidenciales del 25 de mayo, se inició una campaña militar calificada de “antiterrorista”, que era en puridad el inicio de una guerra civil en Ucrania. Rusia no dudó en enviar ayuda militar a los insurgentes separatistas prorrusos durante el verano. Como respuesta, la UE estableció sanciones económicas aprobadas en julio de 2014, con medidas que restringían la financiación y el comercio con Rusia, así como una lista de personas y empresas con veto en la UE. El conflicto tuvo un mayor calado internacional cuando el 17 de julio fue derribado un avión malasio en el sur de Donetsk, que causó la muerte a los 298 ocupantes. El primer paso para llegar a la finalización de las hostilidades en Ucrania se dio el 5 de septiembre de 2014 mediante el Protocolo de Minsk, firmado por representantes de Ucrania, de la Federación Rusa, la República Popular de Donetsk y la República Popular de Lugansk, bajo los auspicios de la OSCE, la Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa. Sin embargo, no se respetó el alto el fuego, y los combates continuaron. Esto llevó a la celebración de una segunda cumbre política en Minsk el 11 de febrero de 2015 entre los dirigentes de Ucrania, Rusia, Francia y Alemania, y los líderes de la República Popular de Donetsk y de la República Popular de Lugansk bajo la supervisión de la OSCE. La medida fundamental que se tomó fue el inmediato alto el fuego, la retirada de las armas pesadas del combate, la liberación de los prisioneros de guerra y la reforma constitucional de Ucrania, con el fin de descentralizar el poder. A pesar de fijarse una tregua entre los distintos frentes, la paz no llega, los combates continúan y no se supera el conflicto. Antes bien, ante el cariz de la crisis, Estados Unidos planea el envío de armamento pesado a las bases militares europeas, a la vez que la OTAN triplicará sus fuerzas de intervención

rápida, que pasarán de 13.000 a 40.000 y tendrán como base seis cuarteles en el territorio del Este, para dar mayor seguridad a Polonia, Rumania, Bulgaria, Estonia, Letonia y Lituania. Por su parte Rusia pretende reforzar su arsenal nuclear con 40 nuevos misiles. Es evidente que no solo se ha recuperado el lenguaje bélico de los momentos más críticos de la Guerra Fría en Europa, sino que la escalada militar se ha producido a la par que las posturas parecen más distantes. Ya no separa la ideología a Occidente y a Rusia, sino los intereses geopolíticos y económicos, que a menudo, a lo largo de la historia, han desembocado ineludiblemente en la guerra.

El último deshielo

Sin embargo, mientras en Europa se vive un belicismo más propio de la Guerra Fría del siglo pasado que del siglo XXI, dos de los países que durante la Posguerra Fría fueron considerados por Estados Unidos como parte integrante del eje del mal, Cuba e Irán, han dejado de serlo bajo el mandato del presidente Barack Obama. En la anteriormente citada nueva Estrategia de Seguridad Nacional, se indica el necesario énfasis en la diplomacia y los recursos del llamado "poder blando". Las medidas adoptadas por los distintos gobiernos estadounidenses hacia Cuba habían estado marcadas desde la década de los sesenta siempre por el desencuentro, desde el embargo económico y comercial al que sometió Estados Unidos a Cuba en 1961 y que llegó a ser total a partir del 3 de febrero de 1962. Sin embargo, ese más de medio siglo demostró que el aislamiento no había funcionado para conseguir el fin que se había propuesto: acabar con el régimen socialista de Fidel Castro y su hermano Raúl.

La administración Obama, desde su llegada al poder, dejó claro su deseo de mejorar y cambiar su política exterior con respecto a Cuba. Esta actitud quedó patente en el comunicado dado por la Casa Blanca el 17 de diciembre de 2014, en el que se anunciaba que se estaban tomando medidas para trazar un nuevo rumbo en las relaciones de Estados Unidos con Cuba. Entre estas medidas se hacía principal

hincapié en el establecimiento de relaciones diplomáticas con el país caribeño y la reforma del marco normativo para apoyar al pueblo cubano; también se anunciaba que se favorecerá la ampliación de los permisos generales de viaje a Cuba para los viajeros autorizados, como los que realicen visitas familiares, actividades periodísticas, educativas, deportivas…; se facilitará y ampliará también las relaciones comerciales entre los dos países, como el envío de remesas a Cuba y se autorizará el incremento en las ventas y exportaciones de bienes y servicios desde Estados Unidos; se revisará la catalogación de Cuba como Estado patrocinador del terrorismo. Estados Unidos, además, se compromete con un apoyo decidido a la promoción de la democracia y los derechos humanos en la vida social y política cubana. Algunas de estas medidas se han ido poco a poco implementando a lo largo del año 2015, como por ejemplo la flexibilización de las restricciones para el comercio y los viajes a Cuba. En esta misma línea, el 29 de mayo de 2015 el Departamento de Estado estadounidense retiró a Cuba de su lista de Estados patrocinadores del terrorismo. Pero, sin duda, el gesto más simbólico de este deshielo entre los dos países fue (al menos hasta el verano de 2015) la reapertura de las embajadas en Washington y La Habana en julio de ese mismo año. El camino para la normalización de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos será largo y tortuoso, pero, al menos, ya se han empezado a dar los primeros pasos.

Pero no es Cuba el único país con el que Estados Unidos ha conseguido un acuerdo histórico. El 14 de julio de 2015, en Viena, las seis potencias del grupo P5+1 (las cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU, Estados Unidos, Rusia, China, Reino Unido y Francia, además de Alemania), coordinadas por la alta representante europea de Política Exterior, Federica Mogherini, e Irán, representado por su ministro de Exteriores, Javad Zarif, llegaron a un acuerdo sobre el programa nuclear iraní. De esta manera, la república islámica renunciaba a la creación de la bomba atómica y consentía las inspecciones del Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA); a cambio, se levantarían las sanciones que pesaban sobre Irán siempre y cuando cumpliera las condiciones del acuerdo, antes de enero de 2016, tras una reunión plenaria del OIEA que se celebraría en diciembre de 2015.

Barack Obama y su Gobierno han dejado, sin lugar a dudas, una huella profunda en la política exterior de Estados Unidos, y, por tanto, en la del mundo entero, al haberse propuesto cerrar dos heridas profundas que estaban abiertas desde los duros tiempos de la Guerra Fría. A pesar del camino trazado hacia un mundo en el que durante la Posguerra Fría se pueda ir acabando con los conflictos que quedaron sin solucionarse, el futuro aún es muy incierto. Solo el porvenir tendrá las respuestas para tantos interrogantes.

Bibliografía

- BREMER, Juan José: *El fin de la Guerra Fría y el salvaje nuevo mundo*, Madrid, Taurus, 2007.

- BRUNE, Lester: *Chronology of the Cold War: 1917-1992*, Londres, Routledge, 2005.

- FUKUYAMA, Francis: *El fin de la Historia y el último hombre*, Barcelona, Planeta, 1992.

- GADDISH, John Lewis: *La guerra fría*, Barcelona, RBA, 2008.

- *Nueva historia de la Guerra Fría*, México, Fondo de Cultura Económica, 2009.

- HEFFER, Jean y LAUNAY, Michel: *La guerra fría, 1945-1972*, Madrid, Akal, 1992.

- HOBSBAWN, Eric: *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Barcelona, Crítica, 2012.

- HUBAND, Mark: *África después de la Guerra Fría: la promesa rota de un continente*, Barcelona, Paidós Ibérica, 2004.

- HUNTINGTON, Samuel P.: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, Paidós, 2001.

- JUDT, Tony: *Postguerra, una Historia de Europa desde 1945*, Madrid, Taurus, 2006.

- *Sobre el olvidado siglo XX*, Madrid, Taurus, 2008.

- LaFEBER, Walter: *America, Russia, and the Cold War, 1945-1996*, Nueva York, McGraw-Hill, 1996.

- LEFFLER, Melvin P.: *La guerra después de la guerra: Estados Unidos, la Unión Soviética y la Guerra Fría*, Barcelona, Crítica, 2008.

- LEFFLER, M. P. y WESTAD, Odd Arne (eds.): *The Cambridge History of the Cold War*, 3 vols., Cambridge, Cambridge University Press, 2010.

- LIGHTBODY, Bradley: *The Cold War*, Londres, Routledge, 1999.

- LOZANO, Álvaro: *La guerra fría*, Barcelona, Melusina, 2007.

- MARTÍN DE LA GUARDIA, Ricardo M.: *1989, el año que cambió el mundo: los orígenes del orden internacional después de la Guerra Fría*, Madrid, Akal, 2012.

- MARTÍNEZ REVERTE, Jorge: *Guerreros y traidores: de la guerra de España a la Guerra Fría*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2014.

- MCMAHON, Robert J.: *La Guerra Fría: Una breve introducción*, Madrid, Alianza Editorial, 2009.

- MONTANER, Carlos Alberto: *La última batalla de la Guerra Fría: cómo y por qué se hundió el comunismo*, Madrid, Gota a Gota, 2009.

- PEREIRA CASTAÑARES, Juan Carlos: *Los orígenes de la Guerra Fría*, Madrid, Arco Libros, 1997.

- POWASKI, Ronald E.: *La guerra fría*, Barcelona, Crítica, 2011.

- SALOM, Julio: *La Guerra Fría*, Barcelona, Planeta, 1975.

- SOLAR, David: *La Guerra Fría: Washington y Moscú, el mundo en juego*, Madrid, Anaya, 2012.

- SWIFT, John: *Atlas histórico de la Guerra Fría*, Madrid, Akal, 2008.

- TAIBO, Carlos: *Cien preguntas sobre el nuevo desorden*, Madrid, Suma de Letras, 2003.

- TUCKER, Spencer C (ed.): *Cold War. A Student Encyclopedia*, Santa Barbara, ABC-CLIO Inc., 2008

- VEIGA, F., DA CAL, E. U. y DUARTE, A.: *La paz simulada. Una historia de la guerra fría*, Madrid, alianza Editorial, 2006.

- WESTAD, Odd Arne: *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007.

- ZUBOK, Vladislav M.: *Un imperio fallido: La Unión Soviética durante la Guerra Fría*, Barcelona, Crítica, 2008.